This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

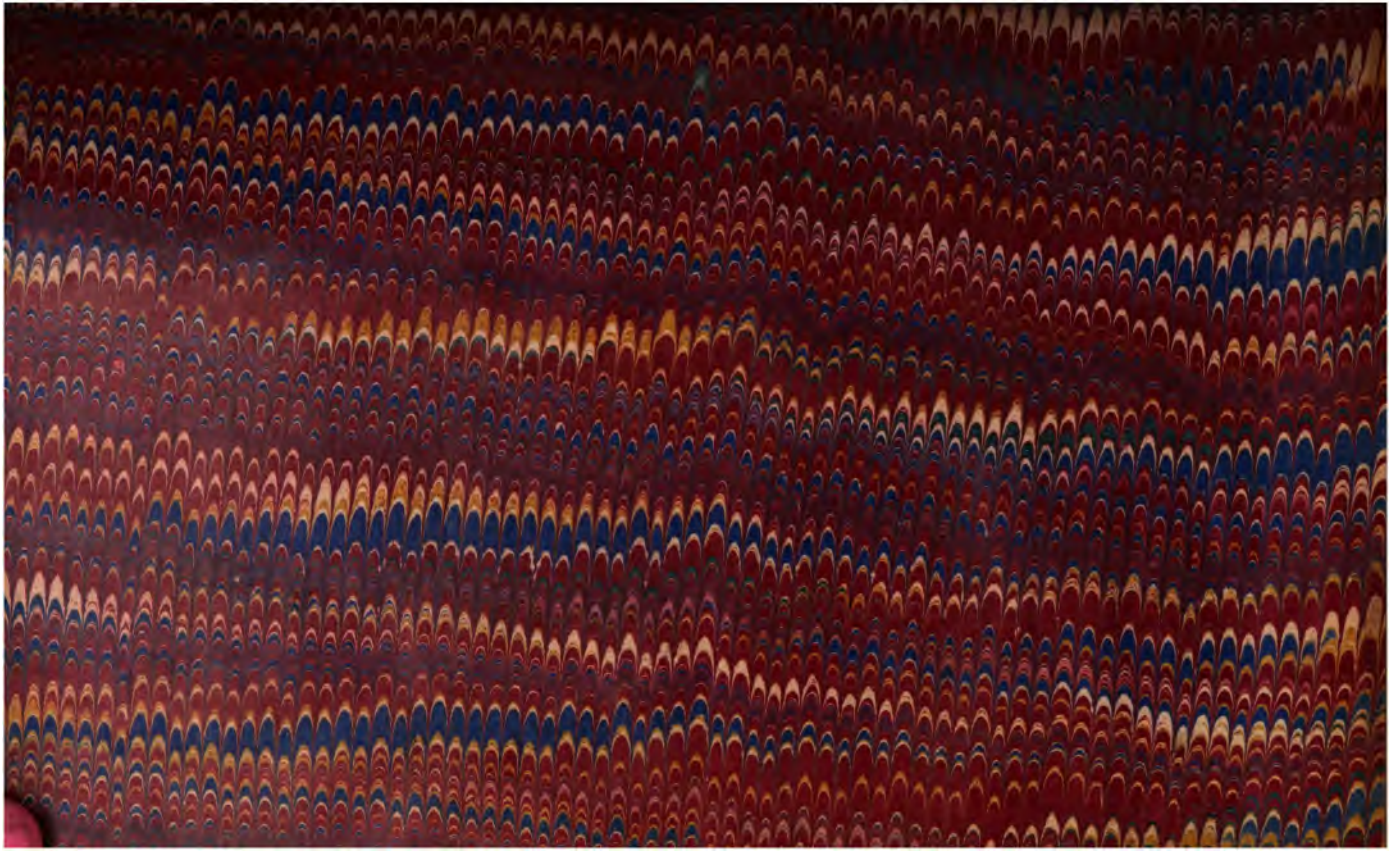
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

54. c. 2b



COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XL.

CUENTOS

ORACIONES, ADIVINAS

Y

REFRANES POPULARES É INFANTILES

RECOGIDOS

POR

FERNAN CABALLERO.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

—

1878.

26

PRÓLOGO.

Al comenzar la série de cuentos infantiles, lo hacemos con el más conocido, generalizado y popular, que saben todos los niños, desde el Príncipe hasta el pordiosero. Nada probará más este aserto, como referir el que un periódico burlesco, queriendo ponernos en ridículo á causa de un cuento popular que habíamos referido, en otro concluia su diatriba diciendo: «Fernan Caballero, acabará por contarnos el *Cuento de la hormiguita.*» Pasado algun tiempo, la persona que esto escribia, que es uno de los jóvenes de más vasta inteligencia y más saber que hemos conocido, habia modificado en un todo sus ideas; se habia casado con una linda y excelente jóven, tenía una hija, un serafin, que eran la delicia y encanto de su vida, ambas colocadas á un lado por el ángel de guarda de su superior inteligencia, y era, no ya nuestro contrario, sino nuestro amigo. Si no por justicia, por amistad, sentia sinceramente haber sido lo primero, y

queria que olvidásemos su anterior ataque; pero nosotros, léjos de eso, le hemos dicho, y lo cumplimos, que daríamos más públicidad á su agresion, al publicar el cuento infantil de la hormiguita, por ser la auténtica más patente de lo esparcido y conocido de este cuentecito y de los demás.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Págs.

Prólogo v

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO.

La hormiguita 3
El lobo bobo y la zorra astuta 6
Los caballeros del pez 11
La niña de los tres maridos 20
Bella-flor 23
El lirio azul, version valenciana 29
El pájaro de la verdad 31
Los deseos 44
El pícaro pajarillo 48
El Carlanco 50
Otra version del Carlanco 53
Benibaire 55
La zorra y la vejeta 59
El gallo y el pato 61
La joroba 62
El galleguito 66
Juan Cigarron 68
El zurron que cantaba 72
Pico, pico, á ver si me pongo rico 75
Cuento de embustes 78
El duendecillo fraile 81
La gallina duende 82

CUENTOS INFANTILES RELIGIOSOS.

El pan 85
Si Dios quiere 88

Págs.
Una promesa 90
La tentacion 92
Los dos caminitos 94
Cuento de bruja 96
Cómo le gusta al Niño Dios que le pidan 97
La Vírgen costurera 99
San Lorenzo 101
San Pedro 102
El holgazan 103
Desprecio de las advertencias 104
Creacion de la golondrina 106
Ejemplos 107
¡Señor, aquí está Juan! 108
Adan 109
Justicia de Dios y desengaños de España 110

ADIVINAS INFANTILES.

Advertencia 119
Adivinas infantiles 120
Solucion de las adivinas infantiles 151

ORACIONES, RELACIONES Y COPLAS INFANTILES.

Máximas que repetia un excelente padre á sus hijos 157
Oraciones y relaciones infantiles 159
Asuntos religiosos 165
Jesús al alma 168
Conversion de San Agustin 169
La oracion del simple 171
La pasion de Jesucristo, explicada con las piezas de que se compone el arado 172
Al Ecce-Homo 175
Relaciones religiosas 178
Acto de amor compuesto por una monja 180
Saetas de Semana Santa 182
Coplas de Noche-buena 185

REFRANES Y MÁXIMAS POPULARES RECOGIDOS EN LOS PUEBLOS DE CAMPO.

Refranes y máximas populares 191
Refranes agrícolas y observaciones meteorológicas 212
Locuciones populares andaluzas 216

ADIVINAS Y ACERTIJOS POPULARES.

Adivina 235
Acertijos populares 236
Soluciones 266

CUENTOS DE ENCANTAMIENTO.

LA HORMIGUITA.

Habia vez y vez una hormiguita tan primorosa, tan concertada, tan hacendosa, que era un encanto. Un dia que estaba barriendo la puerta de su casa se halló un ochavito. Dijo para sí: ¿Qué haré con este ochavito? ¿Compraré piñones? No, que no los puedo partir. ¿Compraré merengues? No, que es una golosina. Pensólo más, y se fué á una tienda donde compró un poco de arrebol, se lavó, se peinó, se aderezó, se puso su colorete, y se sentó en la ventana. Ya se vé; como que estaba tan acicalada y tan bonita, todo el que pasaba se enamoraba de ella. Pasó un toro, y la dijo:

— ¿Hormiguita, te quieres casar conmigo?

— ¿Y cómo me enamorarás? respondió la hormiguita.

El toro se puso á rugir; la hormiga se tapó los oidos con ambas patas.

— Sigue tu camino, le dijo al toro que me asustas, me asombras, y me espantas.

Y lo propio sucedió con un perro que ladró, un gato que maulló, un cochino que gruñó, un gallo que cacareó. Todos causaban alejamiento á la hormiga; ninguno se ganó su voluntad, hasta que pasó un ratonperez* que la supo enamorar

* Ratonperez es un bichito gris muy inofensivo, tímido, que no hace ruido y sólo sabe huir.

tan fina y delicadamente que la hormiguita le dió su manita negra. Vivian como tortolitas, y tan felices, que de eso no se ha visto desde que el mundo es mundo.

Quiso la mala suerte que un dia fuese la hormiguita sola á misa, despues de poner la olla que dejó al cuidado de ratonperez, advirtiéndole, como tan prudente que era, que no menease la olla con la cuchara chica, sino con el cucharon; pero el ratonperez hizo, por su mal, lo contrario de lo que le dijo su mujer: cogió la cuchara chica para menear la olla, y así fué, que sucedió lo que ella habia previsto. Ratonperez, con su torpeza, se cayó en la olla, como en un pozo, y allí murió ahogado.

Al volver la hormiguita á su casa, llamó á la puerta. Nadie respondió ni vino á abrir. Entónces se fué á casa de una vecina para que la dejase entrar por el tejado. Pero la vecina no quiso, y tuvo que mandar por el cerrajero que le descerrajase la puerta. Fuése la hormiguita en derechura á la cocina; miró la olla, y allí estaba ¡qué dolor! el ratonperez ahogado, dando vueltas sobre el caldo que hervia. La hormiguita se echó á llorar amargamente. Vino el pájaro, y la dijo:

—¿Por qué lloras?

Ella respondió:

—Porque ratonperez se cayó en la olla.

—Pues yo, pajarito, me corto el piquito.

Vino la paloma, y la dijo:

—¿Por qué, pajarito, te has cortado el pico?

—Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora.

—Pues yo, la paloma, me corto la cola.

Dijo el palomar:

—¿Por qué tú, paloma, cortaste tu cola?

—Porque ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y yo, la paloma, me corto la cola.

— Pues yo, palomar, vóime á derribar.

Dijo la fuente clara:

— ¿Por qué, palomar, vaste á derribar?

— Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito cortó su piquito, y que la paloma se corta la cola; y yo, palomar, vóime á derribar.

— Pues yo, fuente clara, me pongo á llorar.

Vino la Infanta á llenar la cántara.

— ¿Por qué, fuente clara, póneste á llorar?

— Porque el ratonperez se cayó en la olla, y que la hormiguita lo siente y lo llora; y que el pajarito se cortó el piquito, y que la paloma se corta la cola; y qué el palomar fuése á derribar, y yo, fuente clara, me pongo á llorar.

— Pues yo, que soy Infanta, romperé mi cántara.

Y yo que lo cuento acabo en lamento, porque el ratonperez se cayó en la olla, ¡y que la hormiguita lo siente y lo llora!

EL LOBO BOBO

Y

LA ZORRA ASTUTA.

Habia una vez una zorra que tenia dos zorritas de corta edad. Cerca de su casa, que era una chocita, vivia un lobo, su compadre. Un dia que pasaba por allí, vió que este habia hecho mucha obra en su casa, y la habia puesto que parecia un palacio. Díjole el compadre que entrase á verla, y vió que tenia su sala, su alcoba, su cocina y hasta su despensa, que estaba muy bien provista.

— Compadre, le dijo la zorra, veo que aquí lo que falta es un tarrito de miel.

— Verdad es, contestó el lobo.

Y como acertaba á la sazon á pasar por la calle un hombre pregonando:

Miel de abejas,
zumo de flores,

compróla el lobo, y llenó con ella un tarrito, diciéndole á su comadre, que estando rematada la obra de su casa, la convidaria á un banquete y se comerian la miel.

Pero la obra no se acababa nunca, y la zorra, que se chupaba las patas por la miel, estaba deshaciéndose por zampársela.

Un dia le dijo al lobo:

— Compadre, me han convidado para madrina de un bautizo, y quisiera que me hiciese usted el favor de venirse á mi casa á cuidar de mis zorritas, entre tanto que estoy fuera.

Accedió el lobo, y la zorra, en lugar de ir al bautismo, se metió en casa del lobo, se comió una buena parte de la miel, cogió nueces, avellanas, higos, peras, almendras y cuanto pudo rapiñar, y se fué al campo á comérselos alegremente con unos pastores, que en cambio le dieron leche y queso.

Cuando volvió á su casa, dijo el lobo:

— Vaya, comadre, ¿qué tal ha estado su bautizo?

— Muy bueno, contestó la zorra.

— ¿Y el niño, cómo se llama?

— *Empezili,* respondió la supuesta madrina.

— ¡Ay, qué nombre! dijo su compadre.

— Ese no reza en el Almanaque. Es un santo de poca nombradía, respondió la zorra.

— ¿Y los dulces? preguntó el compadre.

— Ni un dulce ha habido, respondió la zorra.

— ¡Ay, Jesús, y qué bautismo! dijo engestado el lobo; ¡no he visto otro! Yo me he quedado aquí todo el dia como una ama de cria con las zorritas por tal de comerlos, y se viene usted con las patas vacías. ¡Pues está bueno!

Y se fué enfurruñado.

A poco, tuvo la zorra grandes ganas de volver á comer miel, y se valió de la misma treta para sacar al lobo de su casa, prometiéndole que le traeria dulces del bautismo. Con esas buenas palabras convenció al lobo, y cuando volvió á la noche despues de haberse pasado un buen dia de campo, y haberse comido la mitad de la miel, le preguntó su compadre que cómo le habian puesto al niño. A lo que ella contestó:

— *Mitadili.*

—¡Vaya un nombre! dijo el compadre, que por lo visto era un poco bobo; no he oido semejante nombre en mi vida de Dios.

—Es un santo moro, le respondió su comadre.

Y el lobo quedó muy convencido de este marmajo y le preguntó por los dulces.

—Me eché un rato á dormir bajo un olivo, vinieron los estorninos y se llevaron uno en cada pata y otro en el pico, respondió la zorra.

El lobo se fué enfurruñado y renegando de los estorninos.

Al cabo de algun tiempo, fué la zorra con la misma pretension á su compadre.

—¡Que no voy! dijo éste; que tengo que cantarle la naná á sus zorrillas para dormirlas, y no me dá gana de meterme al cabo de mis años á niñera, sin que llegue el caso que traiga usted un dulce siquiera de tanto bautizo á que la convidan.

Pero tanta parola le metió la comadre y tantas promesas le hizo de que le traeria dulces, que al fin convenció al lobo á que se quedase en su choza.

Cuando volvió la zorra, que se habia comido toda la miel que quedaba, le preguntó el lobo que cómo le habian puesto al niño, á lo que contestó:

—*Acabili.*

—¡Qué nombre! ¡Nunca lo he oido! dijo el lobo.

—A ese santo no le gusta que suene su nombre, respondió la zorra.

—Pero ¿y los dulces? preguntó el compadre.

—Se hundió el horno del confitero y todos se quemaron, respondió la zorra.

El lobo se fué muy enfadado, diciendo:

—Comadre, ojalá que á sus dichosos ahijados *Empezili*, *Mitadili* y *Acabili*, se les vuelvan cuantos dulces se metan en la boca, guijarros.

Pasado algun tiempo, le dijo la zorra al lobo:

—Compadre, lo prometido es deuda; su casa de usted está rematada, y tiene usted que darme el banquete que me prometió.

El lobo, que tenia todavía coraje, no queria; pero al fin se dejó engatusar, y se dió el convite á la zorra.

Cuando llegó la hora de los postres, trajo, como habia prometido, la orza de miel, y venia diciendo al traerla:

—¡Qué lijera que está la orcita! ¡Qué poco pesa la miel!

Pero cuando la destapó se quedó cuajado al verla vacía.

—¿Qué es esto? dijo.

—¡Qué ha de ser! respondió la zorra; ¡que usted se la ha comido toda para no darme parte!

—Ni la he probado siquiera, dijo el lobo.

—¡Qué! es preciso, sino que usted no se acuerda.

—Digo á usted que no, ¡canario! lo que es que usted me la ha robado, y que sus tres ahijados, *Empezili*, *Mitadili* y *Acabili*, han sido empezar, mediar y acabar con mi miel.

—¿Con que tras que usted se comió la miel por no darmela, encima me levanta un falso testimonio? Goloso y maldiciente, ¿no se le cae á usted el hocico de vergüenza?

—¡Que no me la he comido, dale! quien se la ha comido es usted, que es una ladina y ladrona, y ahora mismo voy al leon á dar mi queja.

—Oiga usted, compadre, y no sea tan súbito, dijo la zorra. El que comió miel, en poniéndose á dormir al sol la suda; ¿no sabia usted eso?

—Yo no, dijo el lobo.

—Pues mucha verdad que es, prosiguió la zorra; vamos á dormir la siesta al sol, y cuando nos despertemos, aquel que le sude la barriga miel, no hay más sino que es el que se la ha comido.

Convino al cabo y se echaron á dormir al sol.

Apenas oyó la zorra roncar á su compadre, cuando se levantó, arrebañó la orza y le untó la barriga con la miel que recogió. Se lamió la pata y se echó á dormir.

Cuando el lobo se despertó y se vió con la barriga llena de miel, dijo:

—¡Ay, sudo miel! Verdad es; pues yo me la comí. Pero puedo jurar á usted, comadre, que no me acordaba. Usted perdone. Hagamos las paces, y váyase el demonio al infierno.

LOS CABALLEROS DEL PEZ.

Érase vez y vez un pobre zapatero remendon que no ganaba nada en su oficio, y así determinó comprar una red y meterse á pescador. Muchos dias estuvo pescando y no sacó más que cangrejos y zapatos viejos, que cuando era remendon no veia nunca. Al fin pensó:

—Hoy es el último dia que pesco. Si nada saco, me voy y me ahorco.

Echó las redes, y esta vez sacó en ellas á un pez de San Pedro*. Conforme tuvo en su mano el remendon al hermoso pez, le dijo éste (que por lo visto no era tan callado como suelen serlo los de su especie):

—Llévame á tu casa; córtame en ocho pedazos y guísame con sal y pimienta, canela y clavo, hojas de laurel y yerbabuena. Dále á comer dos pedazos á tu mujer, dos á tu yegua, dos á tu perra, y los otros dos los sembrarás en tu jardin.

El remendon hizo al pié de la letra cuanto le dijo el pes-

* Si bien la etimología de este nombre no encierra en sí ningun devoto sentimiento religioso, ni tampoco una bella idea poética, como suele suceder en estas inspiraciones populares, prueba al ménos una cosa, y es, que los españoles á quienes califican las sociedades biblicas inglesas de ignorantes en materias religiosas, saben de memoria el Santo Evangelio y podrian ir á enseñárselo de viva voz á los que les acusan de ignorantes.

cado; tal fué la fé que le inspiraron sus palabras. De esto se deduce y confirma un hecho eminentemente antiparlamentario (harto sentimos no poder disimularlo), y es que los que hablan poco inspiran más fé y confianza en sus palabras que los que hablan mucho.

A los nueve meses parió su mujer dos niños; su yegua dos potros; su perra dos cachorros, y en el jardin nacieron dos lanzas que por flor llevaban dos escudos, en los que se veia un pez de plata en campo azul.

Medró todo esto en amor y compaña maravillosamente, de manera que andando el tiempo salieron de casa del remendon dos gallardos jinetes montados sobre dos soberbios corceles, seguidos de dos valientes sabuesos, con dos erguidas lanzas y dos brillantes escudos.

Eran los hermanos tan en extremo parecidos, que dieron en llamarlos *El Caballero Doble;* y queriendo cada cual, come era justo, conservar su individualidad, determinaron separarse y campar cado uno por su respeto, por lo que, despues de abrazarse estrechamente, dirigiéronse el uno al Poniente, y el otro á Levante.

Despues de unos dias de marcha llegó el primero á Madrid, y halló á la coronada villa mezclando las amargas aguas de sus lágrimas con las puras y dulces de su querido Manzanares. Todo el mundo lloraba, hasta la Mariblanca de la Puerta del Sol. Nuestro bello mancebo preguntó cuál era la causa de aquella desolacion, y supo que todos los años un fiero Dragon, hijo de una infernal vieja, se llevaba una bella jóven, y que aquel año infausto habia tocado la suerte á la Princesa, buena y bella sin segunda, hija del Rey.

Preguntó en seguida el Caballero que dónde se hallaba la Princesa, y le contestaron que á un cuarto de legua de distancia esperaba á la fiera, que aparecia al caer las doce, para llevarse su presa.

Fué el Caballero á cerciorarse al punto indicado, y halló

á la Princesa hecha un mar de lágrimas y temblando de piés á cabeza.

—¡Huid! gritó la Princesa al Caballero del Pez cuando lo vió llegar; ¡huid, temerario, que va á venir el mónstruo, y si os ve, pobre de vos!

—No me iré, contestó el bizarro Caballero, porque he venido á salvaros.

—¿Salvarme? ¿Cómo, si esto no es posible?

—Allá veremos, contestó el valiente campeon. ¿Hay aquí Alemanes?

—Sí senor, respondió con extrañeza la Princesa. ¿A qué es esa pregunta?

—Ya lo sabreis.

Y echando á escape su caballo partió para la desolada villa, volviendo á breves instantes con un inmenso espejo que habia comprado en una tienda de Aleman. Apoyólo contra el tronco de un árbol, lo cubrió con el velo de la Princesa, puso á ésta delante, advirtiéndole que cuando estuviese cerca la fiera descorriese el velo y se escondiese tras el espejo; dicho lo cual, hizo él otro tanto detrás de un vallado cercano.

No tardó en aparecer el fiero Dragon y en acercarse lentamente á aquella beldad, mirándola con tal insolencia y tal descaro, que sólo le faltaba el lente para igualar á otros culebrones ménos temibles que él. Cuando ya estaba cerca, la Princesa, segun le habia prescrito el Caballero del Pez, descorrió el velo, y pasando detrás del espejo desapareció á los enamorados ojos del fiero Dragon, que quedó estupefacto al hallar dirigidas sus amorosas miradas á un Dragon como él. Frunció el gesto; su igual hizo lo mismo. Sus ojos se pusieron rojos y brillantes como dos rubís; no se quedaron en zaga los de su contrario, que se pusieron como dos carbunclos. Aumentóse con esto su furor, y erizó sus escamas como un puerco-espin sus púas; las del otro Dragon

hicieron otro tanto. Abrió una tremenda boca, que hubiese sido única en su especie, á no haber sido porque el amenazado, léjos de intimidarse, abrió otra idéntica. Furioso se abalanzó el Dragon contra su intrépido contrario, dándose tal calamochazo en la cabeza contra la luna, que quedó aturdido, y como habia roto el espejo, y en cada pedazo vió una de las partes de su cuerpo, infirió de esto que con el golpe se habia hecho él mismo pedazos.

Aprovechó el Caballero este momento de mareo y asombro, y saliendo instantáneamente de su escondite con su fiel perro y su buena lanza, le quitó la vida, y le hubiese quitado ciento que hubiera tenido.

Déjase pensar el júbilo y algazara de los madrileños, que son gente alegre, cuando vieron llegar al Caballero del Pez trayendo á ancas á la Princesa, más contenta que unas Pascuas, y al Dragon atado á la cola del brioso corcel, que tiraba de él tan ancho y donoso, como si hubiese sido la cola del manto de una Órden de Caballería.

Colegiráse tambien que tal hazaña no se podia pagar al Caballero del Pez sino con la blanca mano de la Princesa; que hubo boda, que hubo banquete, que hubo toros y cañas, y que yo fuí y vine y no me dieron nada.

Vamos ahora á que el esposo le dijo á la esposa algunos dias despues de casados, que queria ver todo el Palacio, que era tan grande que ocupaba una legua de terreno. Hízose así, y echaron tres dias en verlo. Al cuarto subieron á las azoteas. El Caballero se quedó admirado; ¡qué vista, amigo! Jamás has visto tú una igual ni yo tampoco. Se veia toda España y hasta los moros, y al Emperador de Marruecos, que estaba llorando por el Dragon su amigo.

—¿Qué castillo es aquel, preguntó el Caballero del Pez, que se ve allá á lo léjos tan solo y tan sombrío?

—Ese es, respondió la Princesa, el castillo de Albatroz, el que está encantado, sin que nadie pueda deshacer el

hechizo, y ninguno de los que lo han intentado ha vuelto de allá.

El Caballero calló al oir estas razones, pero como era valiente y emprendedor, á la mañanita siguiente, sin que lo sintiese la tierra, montó su corcel, cogió su lanza, llamó á su sabueso y se encaminó hácia el castillo.

Estabo el tal castillo que daba espeluzos mirarlo. Más sombrío que una noche de truenos, más engestado que un facineroso, y más callado que un difunto. Pero el Caballero del Pez no conocia el miedo sino de oidas, y no volvia la espalda sino á los enemigos vencidos; así, pues, tomó su corneta ó clarin y tocó una sonata.

Al toque despertaron todos los dormidos ecos del castillo y de las peñas, que repitieron en coro, ya más cerca, ya más léjos, ya más suave, ya más hueco, los sonidos de la sonata. Pero en el castillo nadie se movió.

—¡Ah del castillo! gritó el Caballero. ¿No hay quien atienda á un Caballero que pide albergue? ¿No tiene este castillo alcaide, escudero anciano, ni paje mozalvete?

—¡Vete! ¡vete! ¡vete! clamaron los ecos.

—¿Que me vaya? dijo el Caballero del Pez. ¡Yo no retrocedo en mis empresas por cuanto hay!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! gimieron los ecos.

El Caballero empuñó su lanza y dió un fuerte golpe contra la puerta.

Abrióse entónces el rastrillo, y asomóse la punta de una larga nariz que sentaba sus reales entre los hundidos ojos y la hundida boca de una vieja más fea que el Mengue.

—¿Qué se ofrece, imprudente alborotador? preguntó con voz cascada.

— Entrar, contestó el Caballero. ¿No puedo acaso gozar aquí algun descanso en esta tarde de estío? ¿Sí ó nó?

—Nó, nó, nó, dijeron los ecos.

Habia levantado el Caballero su visera, porque era fuerte el calor; y al verlo la vieja tan bien parecido, le dijo:

—Pasad adelante, bello doncel, que sereis atendido y bien cuidado.

—¡Cuidado! ¡cuidado! advirtieron los ecos.

Pero el caballero entró diciendo:

—Yo no temo sino á Dios.

—¡Adios! ¡adios! ¡adios! suspiraron los ecos.

—Vamos, madre anciana...

—Me llamo Doña Berberisca, interrumpió la vieja, muy amostazada, al Caballero; y soy señora de Albatroz.

—¡Atroz! ¡atroz! le gritaron los ecos.

—¿Quereis callar, malditos vocingleros? exclamó con coraje Doña Berberisca. — Soy vuestra servidora, prosiguió, haciendo una cortesía á la francesa al Caballero; y si quereis, seré vuestra esposa y vivireis conmigo aquí como un Bajá.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡já! rieron los ecos.

—¿Que me case con vos, que teneis cien años? — Estais loca, y tonta tambien.

—Bien, bien, dijeron los ecos.

—Lo que quiero, prosiguió el Caballero, es registrar el castillo, é irme despues que haga ese exámen.

—¡Amen! ¡amen! suspiraron en latin los ecos.

Doña Berberisca, picada hasta el corazon, echó una torva mirada al Caballero del Pez, é intimándole que la siguiese, le enseñó todo el castillo, en el que vió muchas cosas; pero no las pudo referir, porque la pícara Berberisca lo llevó por un callejon oscuro, en que habia una trampa, en la que cayó y desapareció en un abismo, y su voz se fué con los ecos, que eran las voces de otros muchos bizarros y cumplidos Caballeros, que la pícara Berberisca habia castigado de la misma manera por haber despreciado sus venerables hechizos.

Vamos ahora al otro Caballero del Pez, que habia seguido

viajando y que vino á parar á Madrid. Al entrar por las puertas de ésta, los soldados se formaron, los tambores batieron marcha real, y muchos criados de Palacio le rodearon: diciéndole que la Princesa se deshacia en lágrimas al ver lo que se habia prolongado su ausencia, temiendo le hubiese acaecido alguna desgracia en el maldito castillo encantado de Albatroz.

— Preciso es, pensó el Caballero, que me tengais por mi hermano, á quien parece que tan buena suerte ha cabido. Callemos, y veamos en qué vienen á parar estas misas.

Lleváronlo casi en triunfo al Palacio, y fácil es hacerse cargo de los cariños y obsequios de que fué objeto por parte del Rey y de la Princesa.

— ¿Con que fuiste al castillo? preguntaba éste.

— Sí, sí, contestaba.

— ¿Y qué viste?

— No me es permitido decir una palabra sobre ello hasta que vuelva allá otra vez.

— ¿Piensas acaso volver á ese maldito castillo, tú único y solo que jamas haya vuelto de él?

— ¡Me precisa!

— Cuando se fueron á acostar, puso el Caballero su espada en la cama.

— ¿Por qué haces eso? preguntó la Princesa.

— Porque he hecho promesa de no acostarme en cama hasta que vuelva otra vez de Albatroz.

Y al dia siguiente montó su bridon y se encaminó hácia el castillo encantado, temiendo que alguna desgracia le hubiese sucedido á su hermano.

Llamó al castillo, y se asomaron luégo al rastrillo las fieras narices de la vieja, que parecia un pez-espada. Pero apenas hubo visto la vieja al Caballero, cuando sus narices se pusieron lívidas, porque le pareció que los muertos resucitaban, y huyó invocando al objeto de su devocion, Belze-

but, haciéndole promesa de comer cuantas peras y manzanas le presentase si la libertaba de aquella vision de carne y hueso salida de la mansion de los muertos.

— Señora senectud, le gritaba el recien llegado, ¿no ha venido por acá un Caballero que viste así?

— Sí, sí, sí, respondieron los ecos.

— ¿Y qué habeis hecho con ese Caballero tan cumplido, tan rematado?

— ¡Matado! ¡matado! gimieron los ecos.

Al oir esto y al ver á la vieja que huia, el Caballero del Pez no fué dueño de sí; corrió tras ella y la atravesó con su espada de parte á parte, quedándose clavada en la espada; y como hacía mucho viento y era la vieja muy delgada y lijera, se puso á girar dando vueltas en la punta de la espada como un volador.

— ¿Dónde está mi hermano, vieja traidora y falaz, hechicera del diablo? preguntaba el Caballero.

— Yo os lo diré, respondió la bruja; pero como voy á morir y estoy mareada de las vueltas que doy mal de mi grado, no lo diré, hasta que me hayais resucitado.

— ¿Y cómo he de hacer yo ese mal milagro, pérfida bruja?

— Id al jardin, respondió la vieja. Cortad siempre-vivas, eternas, moco de pavo y sangre de dragon; haced con estas flores un cocimiento en la caldera, y preparad con él un baño en el que me metereis.

Y diciendo esto la vieja, se murió sin decir Jesús.

Hizo el Caballero todo como se lo habia prescrito la vieja, la que efectivamente resucitó, y más fea que ántes, porque sus narices, que no cupieron en el caldero, se quedaron muertas y tan blancas, que parecian un colmillo de elefante.

Díjole entónces al Caballero dónde estaba su hermano.

Bajó al abismo, en que halló á éste y á otras muchas víctimas de la pícara Berberisca, y las fué metiendo una tras

otra en el caldero, y todas iban resucitando; y conforme resucitaban venía alegre el eco que era su voz, tomando posesion de sus gargantas, y lo primero que decian era:

—¡Maldita vieja! ¡Berberisca sin piedad! ¡Malvada sin entrañas!

Lo que hizo con estos hidalgos, hizo el Caballero con muchas bellas jóvenes que se habia llevado el Dragon, que era hijo de la vieja, y cada cual de ellas daba gracias al Caballero del Pez, y su mano á uno de los hidalgos resucitados; y la pícara Berberisca, al ver esto, se volvió á morir de envidia y de coraje.

LA NIÑA DE LOS TRES MARIDOS.

Habia un padre que tenía una hija muy hermosa, pero muy voluntariosa y terca. Se presentaron tres novios á cual más apuestos, que le pidieron su hija; él contestó que los tres tenian su beneplácito, y que preguntaria á su hija á cuál de ellos preferia.

Así lo hizo, y la niña le contestó que á los tres.

—Pero, hija, si eso no puede ser.

—Elijo á los tres, contestó la niña.

—Habla en razon, mujer, volvió á decir el padre; ¿á cuál de ellos doy el sí?

—A los tres, volvió á contestar la niña; y no hubo quien la sacase de ahí.

El pobre padre se fué mohino, y les dijo á los tres pretendientes, que su hija los queria á los tres; pero que como eso no era posible, que él habia determinado que se fuesen por esos mundos de Dios á buscar y traerles una cosa única en su especie, y aquel que trajese la mejor y más rara, sería el que se casase con su hija.

Pusiéronse en camino, cada cual por su lado, y al cabo de mucho tiempo se volvieron á reunir allende los mares, en lejanas tierras, sin que ninguno hubiese hallado cosa hermosa y única en su especie. Estando en estas tribulaciones,

sin cesar de procurar lo que buscaban, se encontró el primero que habia llegado, con un viejecito, que le dijo si le queria comprar un espejito.

Contestó que no, pues que para nada le podia servir aquel espejo tan chico y tan feo.

Entónces el vendedor le dijo, que tenia aquel espejo una gran virtud, y era que se veian en él las personas que su dueño deseaba ver; y habiéndose cerciorado de que ello era cierto, se lo compró por lo que le pidió.

El que habia llegado el segundo, al pasar por una calle se encontró al mismo viejecito, que le preguntó si le queria comprar un botecito con bálsamo.

— ¿Para qué me ha de servir ese bálsamo? preguntó al viejecito.

— Dios sabe, respondió éste, pues este bálsamo tiene una gran virtud, que es la de hacer resucitar á los muertos.

En aquel momento acertó á pasar por allí un entierro; se fué á la caja, le echó una gota de bálsamo en la boca al difunto, que se levantó tan bueno y dispuesto, cargó con su ataud, y se fué á su casa; lo que visto por el segundo pretendiente, compró al viejecito su bálsamo por lo que le pidió.

Mientras el tercer pretendiente paseaba metido en sus conflictos por la orilla del mar, vió llegar sobre las olas una arca muy grande, y acercándose á la playa se abrió, y salieron saltando en tierra infinidad de pasajeros.

El último, que era un viejecito, se acercó á él, y le dijo si le queria comprar aquella arca.

— ¿Para qué la quiero yo, respondió el pretendiente, si no puede servir sino para hacer una hoguera?

— No señor, repuso el viejecito, que posee una gran virtud, pues que en pocas horas lleva á su dueño y á los que con él se embarcan á donde apetecen ir y donde deseen: ello es cierto, puede usted cerciorarse por estos pasajeros, que hace pocas horas se hallaban en las payas de España.

Cercioróse el caballero, y compró el arca por lo que le pidió su dueño.

Al dia siguiente se reunieron los tres, y cada cual contó muy satisfecho que ya habia hallado lo que deseaba, y que iba, pues, á regresar á España.

El primero dijo como habia comprado un espejo, en el que se veia, con sólo desearlo, la persona ausente que se queria ver; y para probarlo, presentó su espejo, deseando ver á la niña que todos tres pretendian.

¡Pero cuál seria su asombro cuando la vieron tendida en un ataud y muerta!

—Yo tengo, exclamó el que habia comprado el bote, un bálsamo que la resucitaria; pero de aquí á que lleguemos, ya estaré enterrada y comida de gusanos.

—Pues yo tengo, dijo á su vez el que habia comprado el arca, un arca que en pocas horas nos pondrá en España.

Corierron entónces á embarcarse en el arca, y á las pocas horas saltaron en tierra, y se encaminaron al pueblo en que se hallaba el padre de su pretendida.

Hallaron á éste en el mayor desconsuelo por la muerte de su hija, que áun se hallaba de cuerpo presente.

Ellos le pidieron que los llevase á verla; y cuando estuvieron en el cuarto en que se encontraba el féretro, se acercó el que tenia el bálsamo, echó unas gotas sobre los labios de la difunta, la que se levantó tan buena y risueña de su ataud, y volviéndose á su padre, le dijo:

—¿Lo ve usted, padre, cómo los necesitaba á los tres?

BELLA-FLOR.

Habia una vez un padre que tenia dos hijos; el mayor le tocó la suerte de soldado y fué á América, donde estuvo muchos años. Cuando volvió, su padre habia muerto, y su hermano disfrutaba del caudal y se habia puesto muy rico. Fuése á casa de éste, y le encontró bajando la escalera.

—¿No me conoces? le preguntó.

El hermano le contestó, con mala manera, que no.

Entónces se dió á conocer, y su hermano le dijo que fuese al granero, y que allí hallaria un arca que era la herencia que le habia dejado su padre; y siguió su camino sin hacerle más caso.

Subió al granero, y halló un arca muy vieja, y dijo para sí: ¿Para qué me puede á mí servir este desvencijado arcon? ¡Pero anda con Dios! Me servirá para hacer una hoguera y calentarme, que hace mucho frio.

Cargó con él y se fué á su meson, donde cogió un hacha y se puso á hacer pedazos el arcon, y de un secreto que tenia cayó un papel. Cogiólo, y vió que era la escritura de una crecida cantidad que adeudaban á su padre. La cobró y se puso muy rico.

Un dia que iba por la calle encontró á una mujer que estaba llorando amargamente, la preguntó que tenia, y ella le contestó que su marido estaba muy malo, y que no sólo

no tenia para curarlo, sino que se lo queria llevar á la cárcel un acreedor, al que no podia pagar lo que le debia.

— No se apure usted, le dijo José; no llevarán á su marido á la cárcel ni venderán lo que tiene, que yo salgo á todo; le pagaré sus deudas, le costearé su enfermedad y su entierro, si se muere, y así lo hizo todo; pero se encontró que cuando el pobre se hubo muerto, despues de pagado el entierro no le quedaba un real, habiendo gastado toda su herencia en esa buena obra. Y ahora, ¿qué hago? se preguntó á sí mismo, ¿ahora que no tengo que comer? Me iré á una corte, y me pondre á servir. Así lo hizo, y entró de mozo en el palacio del Rey.

Se portó tan bien, y el Rey lo queria tanto, que lo fué ascendiendo hasta que lo hizo su primer gentil-hombre.

Entre tanto su descastado hermano habia empobrecido, y le escribió pidiéndole que le amparase; y como José era tan bueno, lo amparó, pidiendo al Rey le diese á su hermano un empleo en Palacio, y el Rey se lo concedió.

Vino, pues, pero en lugar de sentir gratitud hácia su buen hermano, lo que sentia era envidia al verlo privado del Rey, y se propuso perderlo. Para eso se puso á inquirir lo que para su intento le importaba averiguar, y supo que el Rey estaba enamorado de la Princesa Bella-Flor, y que ésta, como que era el Rey viejo y feo, no le queria, y se habia ocultado en un palacio escondido por esos breñales, nadie sabia dónde. El hermano fué y le dijo al Rey, que José sabia dónde estaba la Bella-Flor, y correspondia con ella. Entónces el Rey muy airado mandó venir á José, y le dijo que fuese al momento á traerle la Princesa Bella-Flor, y que si se venia sin ella lo mandaba ahorcar.

El pobre, desconsolado, se fué á la cuadra para coger un caballo é irse por esos mundos, sin saber por dónde tirar para encontrar á Bella-Flor. Vió entónces un caballo blanco, muy viejo y flaco, que le dijo:

— Tómame á mí, y no tengas cuidado.

José se quedó asombrado de oir hablar un caballo; pero montó en él y echaron á andar, llevando tres panes de municion que le dijo el caballo que cogiese.

Despues que hubieron andado un buen trecho, se encontraron un hormigal, y el caballo le dijo:

— Tira ahí esos tres panes, para que coman las hormiguitas.

— Pero, ¿para qué? dijo José, si nosotros los necesitamos.

— Tíraselos, repuso el caballo, y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho, y encontraron á un águila que se habia enredado en las redes de un cazador.

— Apéate, le dijo el caballo, y corta las mallas de esa red, y libra á ese pobre animal.

— ¿Pero vamos á perder el tiempo en eso? respondió José.

— No le hace; haz lo que te digo, y no te canses nunca de hacer bien.

Anduvieron otro trecho, y llegaron á un rio, y vieron á un pececito que se habia quedado en seco en la orilla, y por más que se movia, con ánsias de muerte, no podia volver á la corriente.

— Apéate, dijo á José el caballo blanco, coge ese pobre pececito y échalo al agua.

— Pero si no tenemos tiempo de entretenernos, contestó José.

— Siempre hay tiempo para hacer una buena obra, respondió el caballo blanco, y nunca te canses de hacer bien.

Á poco llegaron á un castillo, metido en una selva sombría, y vieron á la princesa Bella-Flor, que estaba echando afrecho á sus gallinas.

— Atiende, le dijo á José el caballo blanco; ahora voy á dar muchos saltitos y hacer piruetas, y esto le hará gracia á Bella-Flor; te dirá que quiere montar un rato, y tú

la dejaras que monte: entónces yo me pondré á dar coces y relinchos; se asustará, y tú le dirás entónces que eso es porque no estoy hecho á que me monten las mujeres, y montándote tú me amansaré: te montarás, y saldré á escape hasta llegar al palacio del Rey.

Todo sucedió tal cual lo habia dicho el caballo, y sólo cuando salieron á escape conoció Bella-Flor la intencion de robarla que habia traido aquel jinete.

Entónces dejó caer el afrecho que llevaba al suelo, en que se desperdigó, y le dijo á su compañero que se le habia derramado el afrecho, y que se lo recogiese. Allí donde vamos, respondió José, hay mucho afrecho.

Entónces, al pasar bajo un árbol, tiró por alto su pañuelo, que se quedó prendido en una de las ramas más altas, y dijo á José que se apease y se subiese al árbol para cogérselo! pero José respondió: Allá donde vamos hay muchos pañuelos.

Pasaron entónces por un rio, y ella dejó caer en él una sortija, y le pidió á José que se apease para cogérsela; pero José le respondió, que allí donde iban habia muchas sortijas.

Llegaron, por fin, al palacio del Rey, que se puso muy contento al ver á su amada Bella-Flor; pero ésta se metió en un aposento, en que se encerró, sin querer abrir á nadie. El Rey la suplicó que abriese, pero ella dijo que no abriria hasta que le trajesen las tres cosas que habia perdido por el camino.

—No hay más remedio, José, le dijo el Rey, sino que tú que sabes las que son vayas por ellas; y si no las traes, te mando ahorcar.

El pobre José se fué muy afligido á contárselo al caballito blanco, el que le dijo:

—No te apures; monta sobre mí, y vamos á buscarlas.

Pusiéronse en camino, y llegaron al hormigal.

—¿Quisieras tener el afrecho? preguntó el caballo.

—¿No habia de querer? contestó José.

—Pues llama á las hormiguitas, y díles que te lo traigan, que si aquél se ha desperdigado, te traerán el que han sacado de los panes de municion, que no habrá sido poco.

Y así sucedió; las hormiguitas, agradecidas á él, acudieron, y le pusieron delante un monton de afrecho.

—¿Lo ves, dijo el caballito, como el que hace bien, tarde ó temprano recoge el fruto?

Llegaron al árbol al que habia echado Bella-Flor su pañuelo, el que ondeaba como un banderin en una rama de las más altas.

—¡Cómo he de coger yo ese pañuelo, dijo José, si para eso se necesitaria la escala de Jacob!

—No te apures, respondió el caballito blanco; llama al águila que libertaste de las redes del cazador, y ella te lo cogerá.

Y así sucedió. Llegó el águila, cogió con su pico el pañuelo, y se lo entregó á José.

Llegaron al rio, que venia muy turbio.

—¿Cómo he de sacar esa sortija del fondo de este rio hondo, cuando ni se ve, ni se sabe el sitio en que Bella-Flor la echó? dijo José.

—No te apures, respondió el caballito; llama al pececito que salvaste, que él te la sacará.

—Y así sucedió, y el pececito se zambulló y salitó tan contento meneando la cola, con el anillo en la boca.

Volvióse, pues, José muy contento al palacio; pero cuando le llevaron las prendas á Bella-Flor, dijo que no abriria ni saldria de su encierro, mientras no friesen en aceite al pícaro que la habia robado de su palacio.

El Rey fué tan cruel que se lo prometió, y dijo á José que no tenía más remedio que morir frito en aceite.

José se fué muy afligido á la cuadra, y contó al caballo blanco lo que le pasaba.

—No te apures, le dijo el caballito; móntate sobre mí, correré mucho y sudaré; úntate tu cuerpo con mi sudor, y déjate confiado echar en la caldera, que no te sucederá nada.

Y así sucedió todo; y cuando salió de la caldera salió hecho un mancebo tan bello y gallardo, que todos quedaron asombrados, y más que nadie Bella-Flor, que se enamoró de él.

Entónces el Rey, que era viejo y feo, al ver lo que le habia sucedido á José, creyendo que á él le sucediese otro tanto, y que entónces se enamoraria de él Bella-Flor, se echó en la caldera y se hizo un chicharron.

Todos entónces proclamaron por Rey al Chambelan, que se casó con Bella-Flor.

Cuando fué á darle gracias por sus buenos servicios al que todo se lo debia, al caballito blanco, éste le dijo:

—Yo soy el alma de aquel infeliz, en cuya ayuda, enfermedad y entierro gastaste cuanto tenias; y al verte tan apurado y en peligro, he pedido á Dios permiso para poder á mi vez acudir en tu ayuda y pagarte tus beneficios. Por eso te he dicho, y te lo vuelvo á decir, de que nunca te canses de hacer bien.

EL LIRIO AZUL.

VERSION VALENCIANA.

Habia vez y vez un Rey que tenia tres hijos, á los que dijo que daria la corona á aquel de los tres que le trajese el lirio azul.

Echáronse los hijos cada cual por distinto rumbo á buscarlo por esos mundos.

El más chico encontró la flor y se la metió muy contento dentro de la media, por si encontraba á sus hermanos que no la vieran. En medio de un arroyo seco se lo encontraron, y conocieron ellos que llevaba la flor, y se dijo uno á otro:

—¿Qué haremos para quitársela y ganarnos la corona?

El otro respondió:

—Matarle.

Y así lo hicieron, enterrándolo despues en la arena.

Como eran dos, y una sola la flor, echaron suertes á ver quién la ganaba, y le favoreció al mayor. Se fué muy contento á su casa, y cuando llegó y le dió á su padre la flor, el Rey le declaró heredero de la corona.

En esto pasó un pastor por el sitio en que estaba enterrado el hermano más chico, y vió que salia de la tierra

una cañita blanca, la que arrancó é hizo con ella una flauta. La tocó, y decia:

Toca, toca, bon pastor,
y no ennamenes;
per la flor del lliri blau
man mort en riu de arenes.

Fué tocando esto hasta pasar delante del palacio del Rey, y éste, habiendo oido la flauta, salió á llamar al pastor, y le dijo:

—Sube á tocarme esa flauta, que quiero oirla.

Entró el pastor y se puso á tocarla, y repitió su cancion. Mandó llamar el Rey á sus hijos, y le dijo al pastor que le dijere de dónde habia sacado aquella flauta. El pastor los llevó al sitio donde habia encontrado su flauta, y el Rey dijo á sus hijos:

—¿Sois vosotros los que habeis muerto á vuestro hermano?

Pero ellos dijeron que no.

Su padre mandó que levantaran la arena en aquel lugar, y encontraron al niño vivo y sano, sólo faltándole un dedo que habia quedado fuera cuando lo enterraron, y era el que habia servido para hacer la flauta, y el padre dió la corona al niño y castigó á sus hermanos.

Vivió y reinó muchos años, pero siempre sin un dedo.

Cuento contado, ya se ha acabado, y por la chimenea se fué al terrado.

EL PÁJARO DE LA VERDAD.

Érase vez y vez un pescador muy pobre, que vivia en una chocita en la orilla de un rio, muy claro, muy manso, aunque profundo, el que huyendo del sol y de la bulla, se entraba por entre árboles, zarzas y cañaverales, á escuchar á los pajaritos que le alegraban con sus cantos.

Un dia que metido en su lanchita, iba el pescador á echar sus redes, vió bajar pausadamente por la corriente una arquita de cristal. Vogóle al encuentro, y ¡cuál no sería su asombro al ver en ella acostadas sobre algodones, á dos criaturas recien nacidas, niño y niña, al parecer mellizos! — Al pobre pescador le dió mucha lástima de ellos, los recogió, y se los llevó á su mujer, que á la sazon estaba criando.

—¡Eso es! dijo ésta cuando se los presentó; tenemos ocho hijos, y como si no tuviésemos bastantes, me traes unos pocos más.

—Mujer, repuso el pobre pescador, y ¿qué hacia?... ¿dejaba ir sin projimidad ni caridad ninguna, á estos angelitos rio abajo, á que se muriesen de hambre, ó á que se los tragase la mar con sus grandes tragaderas? ¡Dios, que nos envía estos dos hijos más, cuidará de ayudarnos á criarlos!

Y así sucedió; porque los niños se criaron sanos y ro-

bustos á la par de sus otros ocho hijos. Eran ambos tan buenos, tan dóciles y tan compuestitos, que el pescador y su mujer los querian mucho, y de contínuo se los ponian por ejemplo á sus otros hijos, por lo cual éstos, envidiosos y enrabiados, les hacian mil injusticias y mil agravios; de manera que huyendo de estos vejámenes, se iban los huérfanos á refugiar entre las arboledas y cañaverales de las orillas del rio. Divertíanse con los pajaritos, á los que llevaban migajas de pan; y éstos, agradecidos, volaban á su encuentro, y les enseñaban la lengua de los pájaros que aprendieron pronto; y así se entretenian con ellos y les enseñaron muchas cosas muy buenas y muy bonitas, siendo una de ellas, el levantarse temprano, y otra el cantar. Un dia que estaban los hijos del pescador más rabiosos que nunca, les dijeron á los mellizos:

—Nosotros somos bien nacidos é hijos de cristianos; pero vosotros, con toda vuestra compostura y señorío, sois unos mal nacidos, sin más padre ni más madre que el rio, lo propio que los sapos y las ranas.

Al recibir este insulto los huérfanos, que tenian vergüenza, se atribularon y avergonzaron tanto, que determinaron irse por esos mundos de Dios á buscar á sus padres.

A la madrugada siguiente, salieron, pues, sin que nadie los sintiese, y empezaron á caminar... á la ventura, por esos campos. A medio dia no habian vislumbrado pueblo alguno, ni visto alma viviente.

Estaban cansados, sedientos y abatidos, cuando al revolver un montecillo, se encontraron con una casita; pero cuando se llegaron á ella, la hallaron cerrada y ausentes sus dueños.

Entónces, descorazonados, se sentaron á descansar en un poyo que tenia la puerta. A poco rato notaron que se reunian una porcion de golondrinas en el ala del tejado, y como son tan picoteras, se ponian á charlar unas con otras.

Habiendo ellos aprendido la lengua de los pájaros, entendian lo que decian.

—¡Hola! comadre de la ciudad, decia una de ellas que tenía el talante un poco palurdo, á otra que lo tenia muy fino y distinguido; ¡dichosos los ojos que la ven á usted! Pensé que tenia usted á sus amigas del campo olvidadas; ¡ya! ¡como vive usted en un palacio!...

—Heredé el nido de mis padres, contestó la otra, y como no lo han desvinculado, todavía lo sigo viviendo como usted el suyo. Pero dígame ante todo, prosiguió con fina política: ¿cómo le va á usted y á toda su familia?

—Bien, á Dios gracias, porque aunque he tenido á mi Beatricilla con una fluxion de ojos que poco ha faltado para que se me quedase ciega, fuí por nuestro remedio, el *pito-real*, y se mejoró como por ensalmo.

—Pero ¿qué novedades me cuenta usted, comadre Beatriz? ¿Canta bien el ruiseñor? ¿Se eleva siempre tan airosa la alondra? ¿Se engalana el jilguero?

—Hermana, contestó la interrogada, no tengo que contar á usted sino puros escándalos. La grey nuestra, que ántes era tan inocente y morigerada, está perdida, y va tomando los ejemplos de los hombres. ¡Es un dolor!

—¡Qué! ¿Las buenas costumbres y la inocencia no se encuentran en el campo, ni entre los pájoros? ¡Comadre! ¿qué me dice usted?

—La verdad pura, y no más; figúrese usted, que al llegar de nuestro viaje aquí, nos encontramos con las currucas, que se van cuando vienen la primavera, los dias largos y las flores, buscando el frio y los temporales; al ver esa insensatez, por compasion las quisimos disuadir; á lo que nos contestaron con la mayor insolencia.

—¿Cómo fué eso?

—Las dijimos:

— ¿Adónde vais, locas?
— ¿De dónde venís, disolutas,
que fuísteis pocas
y venís muchas?

Esta fué la respuesta que nos dieron, con la que nos hicieron salir los colores á la cara.

— ¡Qué oigo! exclamó su interlocutora. ¿Quién ha osado nunca tacharnos á nosotras, las más honestas y fieles de las aves, de disolutas?

— ¿Y qué pensará usted si le digo, prosiguió la primera que la cogujada, que era tan tímida y tan mujer de bien, se ha hecho una insolente ladrona, y que

La cogujada en su trajin,
pica el garbanzo, pica el maíz,
y al sembrador que se enfada
al ver el daño que hace,
le dice muy descarada:
— «Siembra más, que este no nace.»

— ¡Estoy atónita!

— Pues no sabe usted de la misa la media. Cuando llegué aquí y quise entrar en mi nido, me encontré en él muy arrellanado á un desvergonzado gorrion. — Este nido es mio, le dije. — ¿Tuyo? me contestó el muy grosero echándose á reir. — Mio y muy mio. — La propiedad es un robo, me pitó con coraje. — Señor... ¿está usted en sí? le dije; ese nido lo labraron mis abuelos, en él me criaron mis padres, y en él criaré á mis hijos. — No hay familia, me dijo aquél emberrenchinado. Al ver esto me desmayé, y todas mis compañeras se pusieron á llorar. Cuando volví en mí, nuestros maridos habian echado á aquel pícaro ladron. Pero usted, hermana, no verá tales escándalos por los palacios.

— ¡Veo otros!... ¡Ay! ¡si usted supiera!...

— ¡Cuente usted! ¡cuente usted! exclamaron todas las golondrinas, á un tiempo y precipitadamente; y despues que

el silencio se hubo restablecido, merced á un recio y prolongado *oiíid*, que pitó la decana, la palaciega empezó su relato en estos términos!

—Han de saber ustedes, que el Rey se enamoró de la más pequeña de las hijas de un sastre, que vivia cerca de palacio, y se casó con ella; y la niña se lo merecia, porque era tan buena como hermosa, y tan humilde como discreta. Sucedió que tuvo que ir el Rey á una guerra, y la Reina quedó embarazada y con el sentimiento de separarse, en aquellas circunstancias, de su marido. ¡Con razon lo sentia! Porque los ministros y cortesanos, que no la querian por Reina, por ser hija de un sastre, tramaron perderla; por lo cual, cuando salió de su ocasion, dando á luz unos hermosos mellizos, los muy pícaros escribieron al Rey que lo que la Reina habia parido, era un gato y una culebra.

Cuando recibió semejante nueva el Rey, furioso y avergonzado expidió una Real órden, que mandaba que lo que la Reina hubiese parido fuese echado al rio, y que fuese ella emparedada; y así se hizo. La buena Reina fué emparedada, y los angelitos, metidos en una arquita de cristal, fueron echados al rio.

Las golondrinas, que son tan buenas y tan madreras, se pusieron á lamentarse en coro sobre la suerte de la pobre Reina y de las inocentes criaturas, y los mellizos se miraron asombrados, sospechando si podrian ser ellos aquellos niños abandonados.

La narradora prosiguió: — Pero oigan ustedes lo que ha permitido Dios para burlar los planes de los malvados. La Reina fué emparedada; pero su ama, que la queria mucho, logró hacer un agujero en la pared, y por allí la suministraba alimentos, como nosotras á nuestros polluelos; y esta señora vive, aunque una vida de mártir. Los niños fueron recogidos por un buen pescador que los ha criado,

segun me ha contado un amigo mio, *Martin-pescador*, que está establecido á orillas del rio.

Los mellizos que esto oian, estaban enajenados y cada vez más contentos de haber aprendido la lengua de los pájaros; con lo cual se prueba que nunca se deben desperdiciar las ocasiones de aprender, pues cuando ménos se piensa, puede sernos de gran utilidad lo aprendido.

— De manera es, dijeron con alegría las golondrinas, que cuando esos niños sean mayores, podrán recuperar su puesto al lado de su padre, y libertar á su madre.

— Esto no es tan fácil, repuso la narradora; porque no podrán identificar su persona, ni probar así la inocencia de su madre, ni la maldad de los ministros, pues sólo hay un medio por el que podian desengañar al Rey.

— ¿Y cuál es? ¿cuál es? preguntaron á una voz todas las golondrinas; ¿cómo lo sabe usted?

— Lo sé, contestó la interrogada, porque pasando un dia por el jardin de palacio, me dí de patas á pico con un cucú, que como saben ustedes es pájaro zahorí, y sabe hasta lo venidero; y discurriendo ambos sobre las cosas de palacio, me dijo lo siguiento:

(Los niños y las golondrinas, se pusieron á escuchar con redoblada atencion, y hasta las golondrinillas sacaron, con grave riesgo de caerse, su cabecita calva fuera de los nidos, sin que lo notasen sus madres, que á haberlo advertido, les hubiesen dado un picotazo en castigo.)

— El solo que puede persuadir al Rey, prosiguió la palaciega, es el *Pájaro de la Verdad*, que habla la lengua de los hombres, aunque ellos las más veces no saben, ó no quieren entenderle.

— Y ese pájaro ¿dónde está? pregunté yo al cucú.

— Ese pájaro está, contestó, en el castillo de *Irás y no volverás;* ese castillo lo guarda un gigante feroz, que no duerme sino un cuarto de hora en la veinticuatro. Si al

dispertar alcanza á alguno fuera ó dentro del castillo con su tremendo brazo, le echa mano y se lo engulle, lo mismo que nosotras á un mosquito.

— ¿Y dónde está ese castillo? preguntó la curiosa comadre Beatriz.

— Eso es lo que yo no sé, contestó su amiga; lo único que sé es que no léjos hay una torre, en la que vive una pícara bruja, que es la que sabe el camino, y que lo enseña por tal de que le traigan de la fuente que corre allí, *el agua de muchos colores* que sirve para sus encantos; pero que no dirá aunque la maten dónde está el *Pájaro de la Verdad*, al cual tiene aborrecido y quisiera matar; pero como á ese pájero nadie lo puede matar, lo que hace ella y su compadre el gigante es tenerle preso y guardado por los pájaros de la mentira, que le tienen acogotado sin dejarle respirar.

— ¿Pero nadie más le podrá dar razon al pobre niño si llegase á ir, de dónde tienen escondido al *Pájaro de la Verdad?* preguntaron las campesinas.

— Nadie, respondió la ciudadana, sino un piadoso mochuelo que se ha hecho ermitaño en aquella soledad; pero de la lengua de los hombres no sabe más que la palabra *¡cruz!* que tan impresa se le quedó cuando presenció en el Calvario la crucifixion del Redentor de los hombres, que no cesa de repetirla tristemente. Así es que no se podrá hacer entender del Príncipe, áun dado el imposible caso de que por allí fuese. — Pero, amigas, quédense ustedes con Dios, que en tan sabrosa plática se me ha pasado la tarde en un decir Pipí; el sol va buscando su nido, que tiene hecho de espumas en el fondo del mar, y yo voy á buscar el mio; que mis hijitos me estarán echando de ménos. Con Dios... ¡comadre *Beatríííiz!*

Diciendo esto la golondrina tomó su vuelo, y los niños, sin sentir con su alegría hambre ni cansancio, se levantaron

y siguieron su camino en la direccion del vuelo que habia tomado la golondrina.

Al toque de oraciones llegaron á una ciudad que calcularon sería aquella en que moraba su padre. Pidieron á una buena mujer que les diese albergue por aquella noche, lo que ella, viéndolos tan bonitos y tan modositos, les concedió gustosa.

A la mañana siguiente, apenas amaneció, cuando ya estaba la niña barriendo la casa, y el niño sacando agua y regando el jardin; de manera que cuando la buena mujer se levantó, se encontró las haciendas hechas; por lo cual se mostró tan contenta, que propuso á los niños que se quedasen á vivir con ella. El niño contestó que su hermana lo haria; pero que en cuanto á él, le precisaba concluir un negocio para el que habia venido allí. Despidióse, pues, y siguió su camino á la buena ventura, pidiendo á Dios guiase sus pasos para llevar á cabo tan arriesgada empresa.

Tres dias anduvo por esos andurriales, sin encontrar ni vestigio de torre; y al cuarto, se sentó triste y desesperanzado á la sombra de un árbol. Sucedió que al cabo de un rato vió llegar á una tortolita, la que se posó en las ramas del árbol. Dijole el niño en su lenguaje!

— Tortolita del negro collar,
¿decirme querrás
(¡así goces tu amor por un siglo!)
dónde está el castillo de *Irás*
y no volverás?
— ¡Pobre niño! responde la tórtola.
¿Quién tan mal te quiere
que te envía allá?
— ¡Es mi buena ó mi mala fortuna!
contesta el rapaz.
— Pues saberlo quieres, replícale el ave,
¡sigue al viento que hoy sopla hácia allá!

El niño le dió las gracias, y se puso en seguida en camino,

temiendo que al viento, como es tan voluntarioso y mudable, le diese gana de cambiar de rumbo.

El campo cada vez se hizo más árido y triste, y al anochecer divisó entre sombras y desnudas rocas, una mole más negra que ambas, que era la torre en que moraba la bruja. Su vista amedrentaba; pero como el niño estaba animoso, como todo el que lleva por objeto un buen propósito, siguió impávido; y llegado que hubo, tomó una piedra, y con ella tocó tres golpes á la puerta, que repitieron las concavidades de las peñas, como suspiros arrancados de sus entrañas.

Abrióse la puerta, y apareció en el quicio con un candil en la mano que alumbraba su rostro, una vieja tan decrépita y tan horrenda, que el pobre niño dió horrorizado tres pasos atrás.

Rodeábala un ejército de lagartos, salamanquesas, cucarachas, arañas y otras sabandijas.

—¿Cómo te atreves, inmundicia ambulante, exclamó, á venir á alborotar á mis puertas y á dispertarme? Qué quieres? habla presto.

—Señora, dijo el niño, sabiendo que sólo vos conoceis el camino que lleva al castillo de *Irás y no volverás*, vengo á que me lo indiqueis, si os place.

La vieja hizo una mueca, que significaba una sonrisa burlona, y respondió:

—Bien; pero ahora es tarde! mañana irás; entra, y dormirás con estas sabandijas.

—No me puedo detener, repuso el niño; me precisa ir ahora mismo, para regresar ántes que sea de dia al punto de donde vengo.

—¡Mal perro le muerda y mal gato le arañe al indócil rapaz! gruñó rabiosa la vieja. Si te lo digo, añadió, ha de ser con la condicion de que me traigas este jarro lleno del *agua de muchos colores*, que brota de la fuente que está

en el patio del castillo; y si no me la traes, te convierto en lagartija para toda una eternidad.

— ¡Convenidos! respondió el niño.

Entónces la vieja llamó á un pobre perro muy flaco y muy doliente que tenia, y le dijo: — Ea, ¡upa! conduce á ese gurrapato al castillo de *Irás y no volverás'* y cuidado que avises á mi compadre su llegada.

El perro gruñó, se sacudió, y se puso en camino.

Al cabo de dos horas llegaron frente á un castillote muy grande, muy negro, muy triste... cuyas puertas estaban abiertas de par en par, pero sin que luz ni ruido alguno indicasen que fuese habitado; hasta los rayos de la luna al resbalar sobre aquella masa oscura y sin vida, parecian más pálidos.

El perro se puso á aullar, y siguió adelante; pero el niño, que no sabía si era ó no la hora en que dormia el gigante, se paró y se apoyó temeroso y agitado en el tronco de un embebido y *frondío* acebuche, que era el solo árbol que se hallaba en aquella árida y escueta comarca.

— ¡Válme mi buen Jesús! clamó el niño.

— *¡Cruz! ¡cruz!* le respondió una triste voz entre las ramas del olivo silvestre.

El niño reconoció con alborozo al ermitaño de que habia hecho mencion la golondrina; y el dijo en la lengua de los pájaros:

— Pobrecito mochuelo, te suplico que me ampares, y que me guies, puesto que vengo en busca del *Pájaro de la Verdad*, y ántes tengo que llevar á la bruja de la torre *agua de los muchos colores.*

— No hagas eso, contestó el mochuelo; sino llena el jarro del agua clara y pura que brota de un manantial al pié de la fuente del *agua de muchos colores:* en seguida entra en la pajarera, que se halla al frente de la puerta: no escojas ninguno de los pájaros de vistosos colores que te salgan al encuentro y te atolondren gritándote todos á la

par, que ellos son el *Pájaro de la Verdad;* sino coge á un pajarito blanco á quien los otros tienen arrinconado, y á quien persiguen sin descanso sin poderle matar, porque no puede morir. Pero... ¡apresúrate! porque en este instante se acaba de quedar dormido el gigante, y su sueño no dura más que un cuarto de hora.

El niño echó a correr, entró en el patio, donde halló la fuente que tenia muchos caños, por los que vertia agua de distintos colores; pero no los miró, sino que llenó su jarro del manantial de agua clara y pura que brotaba al pié de la fuente, y se encaminó á la pajarera. Apenas entró cuando se vió rodeado de una bandada de pájaros, los unos cuervos negros, otros pavos reales, otros chorlitos, y todos le aseguraban ser ellos el *Pájaro de la Verdad;* pero el niño no se dejó embaucar, sino siguió derecho, y descubriendo arrinconado al pájaro blanco á quien buscaba, le tomó, le abrigó en su pecho y se salió, no sin llevar sendos picotazos de los enemigos del *Pájaro de la Verdad.*

El niño se encaminó sin dejar de correr hácia la torre de la bruja. Cuando hubo llegado, la vieja cogió el jarro y le tiró al niño toda el agua que contenia, creyendo que era la de los muchos colores, y que el niño se convertiria en un loro; pero como era agua pura y clara, el niño al recibirla se puso mucho más hermoso. Acudieron en seguida á empaparse en ella todas las sabandijas, que eran las personas que habian ido allí con el mismo intento que habia llevado el niño, por lo cual todos los lagartos se volvieron caballeros andantes; las lagartijas, princesas; los grillos, músicos; los cigarrones, danzantes; las chicharras, periodistas; las arañas, doncellas; las curianas, estudiantes; los escarabajos, doctores; los mosquitos, cantantes; las moscas, viudas; y los gorgojos, niños.

Cuando la bruja vió aquello, tomó una escoba, se montó en ella y echó á volar.

Los desencantados, señoras, señores y niños, dieron gracias á su libertador, y cada cual tiró por su lado.

Cuál sería la alegría de su hermana al ver llegar al niño con el *Pájaro de la Verdad*, fácil es de suponer; pero quedaba una cosa muy difícil, y era hacer penetrar al *Pájaro de la Verdad* hasta el Rey, sin que lo impidiesen todos aquellos cortesanos, que estaban interesados en que no llegase á saberla ni á descubrir el gran delito que habian cometido.

Hubo más. Habiendo cundido por la corte que en ella se encontraba el *Pájaro de la Verdad*, fué tal el susto que inspiró esta noticia, que pocos eran los que dormian tranquilos.

Se prepararon contra él toda clase de armas, á cual más afiladas, á cual más emponzoñadas; se proporcionaron halcones para perseguirlo; jaulas, calabozos en que encerrarlo, si matarlo no lograban; se le difamó diciendo que su blancura era hipócrita afeite con que encubria su negro plumaje; se le deprimió y ridiculizó de todas maneras, con talento y sin él. Al fin tanto se habló del *Pájaro de la Verdad*, que llegó esta nueva á los oidos del Rey, que se empeñó en verle; y por más que las intrigas de la gente de la corte lo quisieron impedir, S. M. mandó terminantemente que se echase un pregon que hacía saber que aquel que tuviese en su poder al *Pájaro de la Verdad*, le presentase sin detencion al Rey.

El niño, que no deseaba otra cosa, acudió á palacio llevando en su pecho al *Pájaro de la Verdad;* pero como es de suponer, no le quisieron dejar entrar los cortesanos.

Entónces el pajarito se echó á volar, se entró en las estancias Reales por un balcon, se presentó al Rey, y le dijo:

—Señor, yo soy el *Pájaro de la Verdad;* al niño que me trae en su pecho no le han querido dejar entrar los cortesanos de V. M.

El Rey mandó luégo que subiese el niño, que lo hizo con su hermanita, á quien habia llevado consigo. Luego que estuvieron en su presencia, les preguntó el Rey quiénes eran.

—Que se lo diga á Vuestra Real Magestad el *Pájaro de la Verdad*, contestó el niño.

É interrogado éste por el Rey, le respondió que aquellos niños eran sus propios hijos, y le relató cuanto habia sucedido.

Apenas se enteró el Rey de tan inícua trama, cuando estrechó con lágrimas de gozo á los niños en sus brazos; mandó venir albañiles, que abrieron el hueco en el que por tantos años habia estado emparedada la buena Reina, y del cual salió la pobrecita tan blanca, que parecia una Reina de mármol; pero apenas vió á sus hijos, cuando brotó á sus mejillas la sangre de su corazon, y se puso más hermosa que nunca lo habia estado. El Rey la abrazó y la sentó en el trono, y á su lado los Príncipes sus hijos. Mandó venir al buen pescador, al que hizo jefe del Ministerio de la Pesca; á la fiel y bondadosa ama se la jubiló, se la sentó en un sillon de muelles, con un rosario en una mano y un abanico en la otra, y se la nombró *Duquesa de la Huelga*. Repartiéronse muchas gracias y dones, y yo fuí y vine y no me dieron nada.

LOS DESEOS.*

Habia un matrimonio anciano, que aunque pobre, toda su vida la habia pasado muy bien trabajando y cuidando de su pequeña hacienda. Una noche de invierno estaban sentados marido y mujer á la lumbre de su tranquilo hogar en amor y compaña, y en lugar de dar gracias á Dios por el bien y la paz de que disfrutaban, estaban enumerando los bienes de mayor cuantía que lograban otros, y deseando gozarlos tambien.

—¡Si yo en lugar de mi hacecilla, decia el viejo, que es de mal terruño, y no sirve sino para revolcadero de un burro, tuviese el rancho del tio Polainas!

—¡Y si yo, añadia su mujer, en lugar de ésta, que está en pié porque no le han dado un empujon, tuviese la casa de nuestra vecina, que está en primera vida!

—¡Si yo, proseguia el marido, en lugar de la burra que no puede ya ni con unas alforjas llenas de humo, tuviese el mulo del tio Polainas!

* El objeto de este cuente es patentizar con hechos, que el incesante anhelo que excitan en el hombre sus contínuos deseos, que son á veces contrarios á su felicidad, lo hacen á menudo desgraciado cuando llega á verlos realizados, por las consecuencias que han traido haciéndole desear que nunca se hubiesen cumplido.

—¡Si yo, añadió la mujer, pudiese matar un puerco de 200 libras como la vecina! Esa gente, para tener las cosas, no tienen sino desearlas. ¡Quién tuviera la dicha de ver cumplidos sus deseos!

Apenas hubo dicho estas palabras, cuando vieron que bajaba por la chimenea una mujer hermosísima; era tan pequeña, que su altura no llegaba á media vara; traia, como una Reina, una corona de oro en la cabeza. La túnica y el velo que la cubrian eran diáfanos y formados de blanco humo, y las chispas que alegres se levantaron con un pequeño estallido, como cohetitos de fuego de regocijo, se colocaron sobre ellos salpicándolos de relumbrantes lentejuelas. En la mano traia un cetro chiquito de oro, que remataba en un carbunclo deslumbrador.

—Soy el Hada Fortunata, les dijo; pasaba por aquí y he oido vuestras quejas; y ya que tanto ansiais por que se cumplan vuestros deseos, vengo á concederos la realizacion de tres: uno á tí, dijo á la mujer; otro á tí, dijo al marido, y el tercero ha de ser mútuo, y en él habeis de convenir los dos; este último lo otorgaré en persona mañana á estas horas que volveré; hasta allá teneis tiempo de pensar cuál ha de ser.

Dicho que hubo esto, se alzó entre las llamas una bocanada de humo, en la que la bella Hechicera desapareció.

Dejo á la consideracion de ustedes la alegría del buen matrimonio, y la cantidad de deseos que como pretendientes á la puerta de un Ministro les asediaron á ellos. Fueron tantos, que no acertando á cuál atender, determinaron dejar la eleccion definitiva para la mañana siguiente, y toda la noche para consultarla con la almohada, y se pusieron á hablar de otras cosas indiferentes.

A poco recayó la conversacion sobre sus afortunados vecinos.

—Hoy estuve allí; estaban haciendo las morcillas, dijo el marido; ¡pero qué morcillas! daba gloria verlas.

—¡Quién tuviera una de ellas aquí, repuso la mujer para asarla sobre las brasas y cenárnosla!

Apenas lo habia dicho, cuando apareció sobre las brasas la morcilla más hermosa que hubo, hay y habrá en el mundo.

La mujer se quedó mirándola con la boca abierta y los ojos asombrados. Pero el marido se levantó desesperado, y dando vueltas por el cuarto, se arrancaba el cabello, diciendo:

—Por tí, que eres más golosa y comilona que la tierra, se ha desperdiciado uno de los deseos. ¡Mire usted, señor, qué mujer esta! ¡más tonta que un habar! Esto es para desesperarse; ¡reniego de tí y de la morcilla, y no quisiese más sino que te se pegase á las narices!

No bien lo hubo dicho, cuando ya estaba la morcilla colgando del sitio indicado.

Ahora tocó el asombrarse al viejo, y desesperarse á la vieja.

—Te luciste, mal hablado, exclamaba ésta haciendo inútiles esfuerzos por arrancarse el apéndice de las narices; si yo empleé mal mi deseo, al ménos fué en perjuicio propio y no en perjuicio ajeno; pero en el pecado llevas la penitencia; pues nada deseo, ni nada desearé, sino que se me quite la morcilla de las narices.

—Mujer, por Dios; ¿y el rancho?

—Nada.

—Mujer, por Dios; ¿y la casa?

—Nada.

—Desearemos una mina, hija, y te haré una funda de oro para la morcilla.

—Ni que lo pienses.

—Pues qué, ¿nos vamos á quedar como estábamos?

—Este es todo mi deseo.

Por más que siguió rogando el marido, nada alcanzó de su mujer, que estaba por momentos más desesperada con

su doble nariz, y apartando á duras penas al perro y al gato que se querian abalanzar á ella.

Cuando á la noche siguiente se apareció el Hada y le dijeron cuál era su último deseo, les dijo:

—Ya veis cuán ciegos y necios son los hombres creyendo que la satisfaccion de sus deseos les ha de hacer felices.

No está la felicidad en el cumplimiento de los deseos, sino que está en no tenerlos; que rico es el que posee, pero feliz el que nada desea.

EL PÍCARO PAJARILLO.

Habia vez y vez un pajarito, que se fué á un sastre, y le mandó que le hiciese un vestidito de lana. El sastre le tomó medida, y le dijo que á los tres dias lo tendria acabado. Fué en seguida á un sombrerero y le mandó hacer un sombrerito, y sucedió lo mismo que con el sastre; y por ultimo, fué á un zapatero, y el zapatero le tomó medida, y le dijo como los otros, que volviese por ellos al tercer dia. Cuando llegó el plazo señalado, se fué al sastre que tenía el vestidito de lana acabado, y le dijo:

— Póngamelo usted sobre el piquito y le pagaré.

Así lo hizo el sastre; pero en lugar de pagarle, el picarillo se echó á volar, y lo propio sucedió con el sombrerero y con el zapatero.

Vistióse el pajarito con su ropa nueva, y se fué al jardin del Rey, se posó sobre un árbol que habia delante del balcon del comedor, y se puso á cantar miéntras el Rey comia:

Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.
Más bonito estoy yo con mi vestidito de lana,
que no el Rey con su manto de grana.

Y tanto cantó y recantó lo mismo, que su Real Majestad se enfadó, y mandó que le cogiesen y se le trajesen frito.

Así sucedió. Despues de desplumado y frito, se quedó tan chico, que el Rey se lo tragó enterito.

Cuando se vió el pajarito en el estómago del Rey, que parecia una cueva más oscura que media noche, empezó sin parar á dar sendos picotazos á derecha é izquierda.

El Rey se puso á quejarse, y á decir que le habia sentado mal la comida, y que le dolia el estómago.

Vinieron los médicos, y le dieron á su Real Majestad un menjunge de la botica para que vomitase; y conforme empezó á vomitar, lo primero que salió fué el pajarito, que se voló más súbito que una exhalacion. Fué y se zambulló en la fuente, y en seguida se fué á una carpintería, y se untó todo el cuerpo con cola; fuése despues á todos los pájaros, y les contó lo que le habia pasado, y les pidió á cada uno una plumita, y se la iban dando; y como estaba untado de cola, se le iban pegando: como cada pluma era de su color, se quedó el pajarito más bonito que ántes, con tantos colores como un ramillete. Entónces se puso á dar voleteos por el árbol que estaba delante del balcon del Rey, cantando que se las pelaba.

¿ A quién pasó lo que á mí?
En el Rey me entré, del Rey me salí.

El Rey dijo:

— ¡Que cojan á ese pícaro pajarito!

Pero él, que estaba sobreaviso, echó á volar que bebia los vientos, y no paró hasta posarse sobre las narices de la luna.

EL CARLANCO.*

Era vez y vez una cabra, muy mujer de bien, que tenia tres chivitas que habia criado muy bien, y metiditas en su casa.

En una ocasion en que iba por los montes, vió á una avispa que se estaba ahogando en un arroyo; le alargó una rama, y la avispa se subió en ella y se salvó.

— ¡Dios te lo pague! que has hecho una buena obra de caridad, le dijo la avispa á la cabra. Si alguna vez me necesitas, ve á aquel paredon derrumbado, que allí está mi convento. Tiene éste muchas celditas que no están enjalbegadas, porque la comunidad es muy pobre, y no tiene para comprar la cal. Pregunta por la madre abadesa, que esa soy yo, y al punto saldré y te serviré de muy buen agrado en lo que me ocupes.

Dicho lo cual, echó á volar cantando maitines.

Pocos dias despues les dijo una mañana temprano la cabra á sus chivitas: Voy al monte por una carguita de leña; vosotras encerráos, atrancad bien la puerta, y cuidado con no abrir á nadie; porque anda por aquí el Carlanco. Sólo abrireis cuando yo os diga:

* El Carlanco pertenece á la familia de los pavorosos y fantásticos mónstruos del Cancon, del Bú y del Coco.

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que eran muy bien mandadas, lo hicieron todo como se lo habia encargado su madre.

Y cate usted ahí que llaman á la puerta, y que oyen una voz como la de un becerro, que dice:

¡Abrid, que soy el Carlanco!
Que montes y peñas arranco.

Las cabritas, que tenian su puerta muy bien atrancada, le respondieron desde adentro:

¡Ábrela, guapo!

Y como no pudo, se fué hecho un veneno, y prometiéndoles que se la habian de pagar.

A la mañana siguiente fué y se escondió, y oyó lo que la madre les dijo á las chivitas, que fué lo propio del dia ántes. A la tarde se vino muy de quedito, y arremedando la voz de la cabra, se puso á decir:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Las chivitas, que creyeron que era su madre, fueron y abrieron la puerta; y vieron que era el mismísimo Carlanco en propia persona.

Echáronse á correr, y se subieron por una escalera de mano al sobrado, y la tiraron tras sí; de manera que el Carlanco no pudo subir. Éste, enrabiado, cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la estancia, pegando unos bufidos y dando unos resoplidos, que á las pobres cabritas se les helaba la sangre en las venas.

Llegó en esto su madre, que les dijo:

¡Abrid, hijitas, abrid!
Que soy la madre que os parí.

Ellas desde su sobrado le gritaron que no podian, porque estaba allí el Carlanco.

Entónces la cabrita soltó su carguita de leña, y como las cabras son tan ligeras, se puso más pronto que la luz en el convento de las avispas, y llamó.

—¿Quién es? preguntó la tornera.

—Madre, soy una cabrita para servir á usted.

—¿Una cabrita aquí, en este convento de avispas descalzas y recoletas? ¡Vaya! ni por pienso. Pasa tu camino, y Dios te ayude, dijo la tornera.

—Llame usted á la madre abadesa, que traigo prisa, dijo la cabrita; si no voy por el abejaruco, que le ví al venir por acá.

La tornera se asustó con la amenaza, y avisó á la madre abadesa, que vino, y la cabrita le contó lo que pasaba.

—Voy á socorrerte, cabrita de buen corazon, le dijo; vamos á tu casa.

Cuando llegaron, se coló la avispa por el agujero de la llave, y se puso á picar al Carlanco, ya en los ojos, ya en las narices, de manera que lo desatentó, y echó á correr que echaba incendios; y yo

Pasé por la cabreriza,
y allí me dieron dos quesos:
uno para mí, y el otro
para el que escuchare aquesto.

OTRA VERSION DEL CARLANCO.

Habia tres ovejitas que se reunieron para labrarse una casita: hiciéronlo así con muchas ramitas y yerbecitas, y despues de concluida, la mayor se metió en ella, atrancó la puerta y dejó á las otras fuera; las otras no tuvieron más remedio que labrarse otra, y concluida que fué, la mayor de las dos se metió dentro, cerró la puerta, y dejó á la más chica fuera, sola y abandonada. Echóse ésta á llorar, cuando acertó á pasar un albañil, y le preguntó que qué tenía, y la ovejita se lo contó. Entónces el albañil le labró una casa muy buena, con sus paredes de cantos y su techo de teja; además revistió la puerta y toda la casa de púas de hierro, por si venía el Carlanco que se clavase en ellas.

Vino el Carlanco, y llegando á la casita de la oveja mayor dijo:

Abre la puerta al Carlanco,
Si no te mato.
La ovejita contestó:
—Ábrela, guapo.

Entónces echó la puerta, que era de ramas, abajo, y se la comió, y lo mismo sucedió con la segunda; pero cuando llegó á la casa de la tercera, dijo:

Abre la puerta al Carlanco,
Si no te mato.
La ovejita contestó:
—Ábrela, guapo.

Entónces se echó con tanta furia contra la puerta, que se clavó todas las púas y se quedó muerto.

BENIBAIRE.

Habia una vez tres cabritas muy pobrecitas, y la mayor dijo:

— ¿Qué haremos?

La segunda contestó:

— No lo sé.

Y la tercera dijo:

— Yo sí que lo sé. Vamos á casa de Benibaire, y hurtaremos tres cantaritos de aceite.

— Bien lo has pensado, contestaron las otras. Vamos allá.

Despues de andar una legua, sintieron una voz que decia:

— Bé, bé.

Vieron un gran carnero; se asustaron, y echaron á huir.

Huir, huir,
Que nos va á embestir.

Pero el carnero les gritó:

— No os asusteis; ¿á dónde vais?

Ellas le contestaron:

— A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

— ¿Quereis que vaya? dijo el carnero.

Le respondieron:

— Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que dijo:

—Miau, Miau.

Y vieron un gato negro muy grande; se asustaron, y echaron á huir, diciendo:

Huir, huir,
Que nos va á arañar.

Pero el gato les gritó:

—No os asusteis, no os arañaré; ¿á dónde vais?

A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Quereis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua, y oyeron una voz que gritaba:

—Quiquiriquí.

—Y vieron á un gallo muy fiero; se asustaron, y echaron á correr, diciendo:

Huir, huir,
Que nos picará.

Díjoles el gallo:

—No os asusteis, no os picaré. ¿Dónde vais?

—En casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Quereis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron un monton de estiércol; se asustaron, y echaron á huir diciendo:

Huir, huir,
Que nos ensuciará.

Dijo el estiércol:

—No tengais miedo, no os ensuciaré; ¿á dónde vais?

—En casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Quereis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua, y se encontraron una aguja capotera, se asustaron, y dijeron:

Huir, huir,
Que nos pinchará.

Dijo la aguja:

—No tengais miedo, que no os pincharé; ¿dónde vais?

—A casa de Benibaire á hurtar tres cantaritos de aceite.

—¿Quereis que vaya?

—Ven.

Anduvieron otra legua, y llegaron á casa de Benibaire; y como era de noche, estaba la puerta cerrada.

—Cómo entraremos? dijeron las cabritas.

A lo que contestó el gallo:

—Yo, gallo gallaso, volaré, y volaré al tejado, y me entraré por la chimenea.

Y así lo hizo, y les abrió la puerta.

Entraron en la casa, y dijeron:

—¿Dónde nos esconderemos?

El gallo dijo:

—Yo ya tengo puesto; me iré al humero.

El gato se escondió en la ceniza; el estiércol en las pajuelas; la aguja se metió en la tohalla, y el carnero se metió detrás de la puerta; entónces se fueron las cabritas á las tinajas á sacar el aceite.

Estando sacándolo se les cayó el embudo, y se despertó Benidaire, que dijo:

—¡Ay, Señor! ladrones han entrado en mi casa.

Se levantó y fué al humero, y miró por el cañon de la chimenea á ver si era de dia. Estando mirando le cayó en los ojos una porquería que el gallo le echó, y se quedó ciego; fué á tientas á buscar las pajuelas para encender luz, y como el estiércol estaba entre ellas, se ensució todas las manos.

—¡Ay, Señor! dijo, qué manos tengo tan súcias.

Y fué á buscar la tohalla para limpiarse, y como estaba clavada en ella la aguja capotera, se la clavó; fué á en-

cender luz en el ojo del gato, y éste se le abalanzó y lo arañó todo; fué huyendo para salir á la calle, y cuando llegó á la puerta salió el carnero y le dió una topada por detrás, que lo echó á rodar; se fué al molino huyendo, se cayó en el rio y se ahogó, y las cabritas se quedaron hechas amas de la casa, y lo pasaron muy bien, y yo fuí y vine y no me dieron nada, sino unos zapatitos de cobre, otros de cristal, otros de azúcar y otros de cordoban: éstos me los puse, los de cristal se me rompieron, los de azúcar me los comí, y los de cobre son para tí.

LA ZORRA Y LA VEJETA.

Habíase una Zorra y una Vejeta que eran muy amigas.

La Vejeta, que como se sabe es un pájaro muy honrado, y buscavida sin ser ladron, le dijo á la Zorra:

— Comadre Zorra, ahí tengo una hacecilla de tierra, y si usted quisiera, la sembraríamos á parcería.

— Sí que me place, contestó la Zorra.

— Pues ya es preciso ararla, pues el tiempo se nos viene encima, dijo la Vejeta.

— Bien está, repuso la Zorra.

Poco despues le volvió á decir la Vejeta:

— Es preciso sembrar.

— Corra usted con eso, que yo salgo á todo, contestó la Zorra.

Pasados unos meses, le dijo la Vejeta á la Zorra:

— Comadre, la yerba se está comiendo al trigo; es preciso escardar el pegujal.

— Bien está, contestó la Zorra; corra usted con eso, que yo salgo á todo.

Pasado otro poco de tiempo, le volvió á decir la Vejeta á la Zorra:

— Comadre, el trigo está en sazon, y es preciso segarlo.

— En buen hora sea, contestó la Zorra; corra usted con eso, que yo salgo á todo.

La Vejeta, por bonachona que fuese, empezó á entrar en desconfianza, y le contó á un galgo, amigo suyo, lo que le pasaba.

El galgo, que era listo, estuvo al punto al cabo de que la Zorra le iba á jugar una de sus pasadas á la bonachona de la Vejeta, y le dijo:

—Siegue usted el trigo, métalo en la era, y escóndame usted á mí en una gavilla, sin dejar más descubierto que un ojo, para que pueda ver lo que pase.

La Vejeta hizo todo como se lo habia encargado el galgo, y á poco llegó la Zorra, que al ver la era y el hermoso trigo ya trillado, se puso muy contenta dando vueltas y cantando:

Lio, lio,
La paja y el trigo son mios.
Lio, lio,
La paja y el trigo son mios.

Habiéndose en esto acercado á la gavilla en que estaba escondido el galgo, al ver entre la paja el ojo que tenia descubierto, dijo:

—¡Ay, qué uva!

—Pero no está madura, respondió el galgo, saltando afuera de su escondite, y mató á la Zorra.

EL GALLO Y EL PATO.

Reinaba un gallo en un corral. Hízose amigo suyo un pato que tenia buena pluma, habia navegado y patullado en la fuente del saber: su andar no era garboso, pero firme; su voz no era melodiosa, pero grave y sostenida. Éste le aconsejó á su amigo el gallo que se cortase la cresta, que era chocante, y los espolones, que eran inútiles. El gallo condescendió, y se fué á dar un paseo con su amigo.

Éste, que era muy confiado, dejó la puerta del corral abierta. Cuando volvieron fué el gallo á su hogar á encender, y vió en él dos luces.

—¡Qué luces tan raras son estas! dijo el gallo.

Y acercándose vió que eran los ojos de un gato que se le abalanzó.

Pusiéronse á pelear.

El pato, que esto veia, no paraba de repetir:

—Paz, caballeros; paz, paz, caballeros; paz, paz, paz, paz.

LA JOROBA.

Habia una vez un Rey que tenia una hija única que deseaba mucho casar para tener herederos de su reino; pero la niña, que habia sido mimada, era voluntariosa y no queria casarse; si su padre no lo hubiera querido, habria rabiado por casarse.

Un dia que salió á misa se encontró á un pordiosero, tan viejo, jorobado, feo y porfiado, que le empachó y no le quiso dar limosna. El pobre para vengarse le tiró un piojo; la Princesa, que nunca habia visto tan asquerosa sabandija, se le llevó á palacio, lo metió en una redoma, y lo crió con sopitas en leche, con lo que se puso tan gordo que no cabia en la redoma. Entónces la Princesa lo mandó matar, curtir su piel, y con ésta que le hiciesen una pandereta y ponerla el aro de hinojo.

Un dia en que su padre la volvia á instar á que se casase, le respondió que se casaria con aquel que le acertase de qué era hecha su pandereta.

—Bien, dijo el padre, sea; pero á fé de Rey y de cristiano viejo, que te has de casar con el que lo acertase, sea quien sea.

Cundida que fué la voz de que la Princesa se casaria con el que acertase de qué era hecha su pandereta, vinieron de las cuatro partes del mundo Reyes, Príncipes, Du-

ques, Marqueses, Condes y caballeros muy bien portados, y todos por su escalafon fueron viendo la pandereta, y ninguno acertó de qué estaba hecha. Lo más extraño era, que cuando se tocaba, el sonido que daba semejaba todo al que usan los pobres para pedir una limosnita por Dios. Entónces dispuso el Rey, que acudiese todo el que quisiese á ver si acertaba de qué era hecha aquella pandereta.

Era el caso, que entre los Príncipes habia venido uno muy hermoso, del que se habia prendado la hija del Rey y estando ésta en el balcon, lo vió pasar y le gritó:

El pellejo es de piojo.
y el aro de hinojo.

Pero el Príncipe no oyó sus voces, y quien las oyó fué el horroroso jorobado á quien ella habia negado la limosna. Comprendió el viejo, que era muy ladino, lo que las palabras que habia dicho la Princesa al hermoso Príncipe significaban, y entrándose en seguida en palacio dijo que venia á acertar de lo que era hecha la pandereta de la hija del Rey; y apenas se la presentaron, cuando dijo:

El pellejo es de piojo,
y el aro de hinojo.

¡Amigo! como que acertó, no hubo escape; y la Princesa, que quiso que no, fué entregada por su padre al asqueroso mendigo, que habia ganado el premio que ella misma habia puesto al adivinador.

— Vete ahora mismo con tu marido, le dijo el Rey, y no te vuelvas á acordar en tu vida que tienes padre.

Fuése avergonzada y llorosa la Princesa con su jorobado, y andando y más andando llegaron á un rio que tenian que vadear.

— Tómame á cuestas y pásame el rio, que para eso eres mi mujer, le dijo el viejo. La Princesa hizo lo que le man-

daba su marido; pero cuando estuvo en medio de la corriente empezó á sacudirse para que se cayese el pordiosero al rio, y éste se fué cayendo á pedazos, primero la cabeza, despues los brazos y piernas, en fin, todo ménos la joroba, que se le quedó á la Princesa pegada á la espalda como con cola.

Pasado que hubo el rio, preguntó por su camino, y se encontró con que su joroba iba remedando su voz y repitiendo cuanto decia, como si en lugar de joroba hubiese llevado á la espalda una peña con un eco. Las gentes, unas se reian y otras se enfadaban, pensando que hacia burla de ellas; de manera, que no le quedó más remedio que fingirse muda; y así, alargando la mano para pedir una limosna, fué caminando hasta que llegó á una ciudad que acertó á ser la tierra de aquel Príncipe de quien ella se habia prendado tanto. Fuése á palacio para que la tomasen de moza, y la admitieron. Vióla el Príncipe y la halló tan bonita, que decia:

—Si no fuese muda y jorobada me casaba con la moza, porque tiene una cara peregrina.

Trataron de casar al Príncipe, y aquí de la pena y de los celos de la Princesa, que cada dia se habia prendado más del heredero de aquel reino.

Arreglados que fueron las contratos matrimoniales con otra Princesa más derecha que un huso y más parlera que una cotorra, salió el Príncipe con una gran vomitiva para traerla, y se hicieron en palacio grandes aprestos para la cena; á la muda la pusieron á freir unas tortas.

Estándolas friendo, le dijo á su joroba:

—¿Jorobita, quieres una tortita?

La joroba, que como fué de un viejo era muy golosa, contestó, que sí.

—Pues ponte en mi hombrito, le dijo la Princesa.

Y le dió una torta.

En seguida le volvió á preguntar:

—¿Jorobita, quieres otra tortita?

La joroba respondió que sí.

Y ella le dijo:

—Pues ponte en mi faldita.

La joroba dió un saltito y se puso en las faldas de la Princesa, que ya estaba prevenida y con las tenazas en la mano, cogió la joroba y la echó en el aceite hirviendo, en el que se hizo un chicharron.

No bien se vió libre de su joroba, se fué á su cuarto, se aseó, peinó y engalanó, y se puso un vestido verde y oro.

Al llegar el Príncipe se quedó estático de ver á la muda sin su joroba, tan bien pergeñada y bien parecida.

La novia, que lo notó, dijo entónces:

Miren la muda mudarra
lo verde qué bien la arma.

A lo que respondió muy engolletada la Princesa:

Pues miren la gran deshonesta
que áun no ha entrado, y ya se muestra.

Apenas vió el Príncipe que la muda hablaba y que de la joroba no quedaba ni señal, cuando se casó con ella, tuvieron muchos hijos, fueron muy felices, y yo fuí y volví con un palmo de nariz.

EL GALLEGUITO.

Habia en Cádiz un galleguito muy pobre, que queria ir al Puerto para ver á un hermano suyo que era allí mandadero, pero queria ir de balde.

Púsose en la puerta del muelle á ver si algun patron que fuese al Puerto lo queria llevar. Pasó un patron, que le dija:

—Galleguiño, ¿te vienes al Puerto?

—En non tengu dineriñu; si me llevara de balde, patron, iria.

—Yo no, contestó éste; pero estáte ahí, que detrás de mí viene el patron Lechuga que lleva la gente de balde.

A poco pasó el patron Lechuga, y el galleguito le dijo que si le queria llevar al Puerto de balde, y el patron le dijo que no.

—Patron Lechuja, dijo el galleguito; ¿y si le canto á usted una copliña que le juste, me llevará?

—Sí; pero si no me gusta ninguna de las que cantes, me tienes que pagar el pasaje.

A lo que se convino el galleguito, y se hicieron á la vela.

Cuando llegaron á la barra, esto es, á la entrada del rio, empezó el patron á cobrar el pasaje á los que venian en el barco; y cuando llegó al galleguito, le dijo éste:

—Patron Lechuja, allá va una copliña.

Y empezó á cantar:

Si foras á la miña terra
y preguntaren por mí,
eu dices que estoy en Cádiz
vendiendo ajua é anís.

— ¿Ha justado, patron? preguntó en seguida.
— No, respondió el patron.
— Pues patron, allá va otra:

Patron Lechuja por Dios,
jústele alguna copliña,
purque á lus cuartus mios
hanle entrado la murriña.

— ¿Ha justado, patron?
— No.
— Pues allá va otra:

Jaguellino, jaguellino,
nun seas mas retraectreiro,
mete á mano en á bossa
ó paja al patron su dineiro.

— ¿Ha justado, patron?
— Esa sí.
— Pues non paju, dijo alegre el galleguito.
Y se fué sin pagar.

JUAN CIGARRON.

Habia un hombre, que se llamaba Juan Cigarron, que discurrió ganar dinero haciéndose pasar por zahorí. Hizo su papel á la perfeccion; se dió tal importancia, gastó tanta fantasía, que alucinó á todo el mundo; porque habeis de saber, niños mios, que los hombres tienen una desgraciada propension á creer lo que no deben creer, y á dudar de lo que deben creer.

Así fué que Juan Cigarron cobró por entónces una fama parecida á la que en nuestros dias alcanzan otros engañabobos como él.

Sucedió que en el palacio del Rey fué extraida una gran cantidad de plata labrada, y por más diligencias que se hicieron, no se pudo averiguar quiénes habian sido los perpetradores del robo.

Por último recurso, le aconsejaron al Rey que mandase venir al famoso zahorí, para el que nada habia oculto; advirtiéndole que este portento no siempre contestaba, sino que sólo lo hacia cuando estaba de humor de hacerlo.

El Rey mandó venir á su presencia al zahorí, que como pueden ustedes figurarse, se quedó muerto, y más muerto cuando el Rey le dijo que le iba á encerrar en un calabozo, y que si á los tres dias no le habia descubierto los autores del robo, lo mandaba ahorcar por embrollon y embustero.

—¡Ya puedo prepararme á bien morir! pensó Juan Cigarron cuando se halló en el calabozo. ¡Nunca me hubiese metido á zahorí, que me cuesta la torta un pan! Tres dias de vida me quedan; ni uno más ni uno ménos. ¡Bien empleado te está, Juan Cigarron!

Era el caso que la plata habia sido robada por tres pajes del Rey, y que éstos estaban encargados de llevarle al preso la comida. Cuando el primero de ellos se la llevó, exclamó Juan Cigarron, aludiendo á los tres dias de término que le habia señalado el Rey:

¡Ay señor San Bruno,
que de los tres ya ví uno!

Como el paje tenia mala conciencia, y habia oido decir que para aquel zahorí no habia nada oculto, se sobrecogió, y dijo á sus compañeros:

—¡Perdidos estamos! el zahorí sabe que somos nosotros los ladrones.

Los otros no le quisieron creer; perro al segundo dia, cuando otro de los pajes entró en el calabozo á llevarle la comida, y oyó á Juan Cigarron exclamar con dolor:

¡Ay San Juan de Dios.
que de los tres he visto dos!

salió más alarmado que el primero.

—Razon tenias, le dijo á su compañero; nos conoce y somos perdidos.

Así fué que cuando al dia siguiente fué el tercero con la comida, y oyó á Juan Cigarron que decia con desconsuelo:

¡Ay San Andrés,
que ya los he visto á los tres!

se echó á sus pies, le confesó el delito, le ofreció devolver toda la plata robada, y darle una gran regalía si no los delataba.

Pasados los tres dias, el Rey mandó que trajesen al zahorí á su presencia, el que se presentó tan orondo y tan erguido.

—Con que, preguntó el Rey, ¿me traes las noticias que te he pedido?

—Señor, respondió Juan Cigarron con mucha prosopopeya, soy muy noble y muy filántropo para que pueda delatar á nadie; pero confio en que Vuestra Majestad se contentará con que por mi arte y poder se le devuelva la plata robada.

—Sí, sí, respondió el Rey; con que parezca y vuelva á mi poder, me contento. ¿Dónde está?

Juan Cigarron se erguió, y respondió haciendo un gesto majestuoso:

—Que vayan al calabozo en que he estado encerrado, y allí se encontrará.

Así se hizo, y se encontró la plata que allí habian llevado los pajes.

El Rey se quedó absorto y admirado, y se prendó de tal suerte de Juan Cigarron, que le nombró zahorí mayor, adivino de cámara, y acertador particular.

Pero todo esto no le hacia gracia al agraciado, que estaba temblando que se presentase otra ocasion en que recurriese S. M. á su ciencia, de la que temia no salir tan airoso como de la pasada.

Y no fueron vanos sus temores, porque un dia que paseaba con el Rey por sus jardines, deseoso S. M. de tener otra prueba más del saber de su zahorí mayor, le presentó de repente su mano cerrada, preguntándole qué era lo que en ella tenia.

Al oir esta apremiante pregunta, el pobre hombre perdió la cabeza, y exclamó:

¡De esta hecha,
Juan Cigarron cayó en la percha!

El Rey abrió la boca, de la que se escapó un grito de admiracion, y la mano, de la que se escapó un cigarron, que era lo que en ella tenia. El Rey, en su entusiasmo, le dijo al feliz adivino que pidiera lo que quisiese, y fuese lo que fuese, le daba su palabra Real de que se lo concederia; á lo que contestó en seguida:

—Pido, señor, que

No me volvais á preguntar en la vida,
no sea que la tercera sea la vencida.

EL ZURRON QUE CANTABA.

Érase una madre que no tenia más que una niña, á la que queria muchísimo, porque la niña era muy buena; por lo que le habia regalado una gargantilla de coral.

Un dia le dijo que fuera por un cantarito de agua á la fuente, que estaba fuera del lugar. Fué la niña, y cuando llegó á la fuente, se quitó su gargantilla de coral para que no se le cayese en el pilon á tiempo de llenar el cántaro.

Junto á la fuente estaba sentado un pordiosero viejo muy feo, que llevaba un zurron, y que miraba á la niña con unos ojos... que le dieron miedo; y apenas llenó el cántaro cuando echó á correr, y dejó olvidada la gargantilla.

Al entrar en su casa la echó de ménos, y se volvió apresurada á la fuente para buscarla; y cuando llegó estaba todavía allí el viejo, que cogió á la niña y la zampó en el zurron. En seguida se fué á pedir limosna á una casa, diciendo que traia una maravilla, y era un zurron que cantaba. Ya se ve; las gentes quisieron oirlo, y el viejo dijo con una voz de trueno:

Zurron, canta;
si no, te doy con esta lanza.

La pobre niña, muerta de miedo, no tuvo más remedio que ponerse á cantar, lo que hizo llorando, de esta manera:

Por agua fuí á la fuento
que está fuera del lugar,
y perdí mi gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué enfadada se pondrá!
Volvíme luego á la fuente
por si podia encontrar
mi perdida gargantilla,
gargantilla de coral.
¡Ay la madre de mi alma,
qué apurada que estará!
No encontré mi gargantilla,
gargantilla de coral,
no encontré mi gargantilla,
y perdí mi libertad.
¡Ay la madre de mi alma,
qué afligida que estará!

Cantaba tan bien la niña, que á las gentes les gustaba mucho oirla, por lo que en todas partes le daban al viejo mucho dinero porque cantase el zurron.

Yendo así de casa en casa llegó á la de la madre de la niña, y conforme ésta oyó el canto conoció la voz de su hija, y le dijo al pobre:

—Tio, el tiempo está muy malo: el viento arrecia, y el agua engorda; quédese usted aquí esta noche recogido, y le daré de cenar.

El pobre vino en ello, y la madre de la niña le dió tantísimo de comer y de beber, que se infló, de manera que despues de cenar se quedó más dormido que un difunto.

Entónces sacó la madre del zurron á su niña, que estaba el alma mia heladita y desfallecida; le dió muchos besos, bizcochos en vino, y la acostó y arropó en la cama, y en el zurron metió á un perro y á un gato.

A la mañana siguiente dió el viejo las gracias, y se fué tan descuidado. En la primera casa que llegó dijo, como habia dicho el dia ántes al zurron:

¡Zurron, canta;
si no, te doy con esta lanza!

Al punto dijo el perro:

Pícaro viejo, uau, uau.

Y el gato:

Perverso viejo, miau, miau.

Enojado el pobre, creyendo que así cantaba la niña, abrió el zurron para castigarla; entónces salieron rabiando el perro y el gato, y el gato se le abalanzó á la cara y le sacó los ojos, y el perro le arrancó de un mordisco las narices, y... aunque testigo no he sido, así me lo han referido.

PICO, PICO,

Á VER SI ME PONGO RICO.

Habia una vez un molinero que tenia mucho afan por ser rico; así era que cuando se ponia á picar la piedra de su molino, repetia sin cesar al dar los golpes:

Pico, pico,
á ver si me pongo rico.

Acertó á pasar por allí el Rey, y le preguntó S. M. qué era lo que estaba diciendo. A lo cual le contestó, que con su afan de salir de pobre, decia:

Pico, pico,
á ver si me pongo rico.

Al punto regresó el Rey á su palacio, y mandó hacer una torta muy grande que hizo rellenar toda de monedas de plata, y se la envió al molinero.

Cuando el molinero la vió, le dijo á su mujer:

—Mira, mandaremos esta torta á nuestro compadre, que nos favorece mucho, y podrá favorecernos en adelante.

Y así lo hicieron.

Al cabo de unos dias volvió el Rey á pasar por allí, y se encontró todo tan pobre y en el mismo estado en que lo halló la primera vez. El molinero estaba picando la piedra, y diciendo:

Pico, pico,
á ver si me pongo rico.

—¿No recibiste, le preguntó el Rey, una torta que te mandé?

—Sí señor, contestó el molinero; pero ha de saber Su Real Majestad, que tengo un compadre que me favorece, y á fin de aumentarle la buena voluntad, se la mandé para que se la comiese á mi salud.

—Está visto, dijo el Rey, que el que nació para pobre, por más que pique no ha de salir de su estado. Sabrás, hombre, como que la torta que te mandé estaba rellena de monedas de plata.

El molinero se desesperó, y se arrancaba los cabellos.

—No te aflijas, le dijo el Rey, que te he de ver rico ó poco he de poder.

Dicho lo cual se volvió á su palacio real, y le mandó al molinero una torta rellena de monedas de oro.

Al cabo de algun tiempo volvió el Rey á pasar por el molino, y se alegró mucho al ver que estaba todo allí muy compuesto y renovado; pero cuando se acercó á la hermosa casa oyó que en ella lloraban amargamente. Indagó la causa, y supo que aquella noche habia muerto el molinero, con la particularidad de tener asido en la mano un papel que nadie le podia arrancar. Entró el Rey en la estancia en que estaba el difunto; el pobre estaba tendido en su féretro, y con la rigidez de la muerte tenia asido aquel papel que nadie habia podido arrancarle, pero el cual al acercarse el Rey soltó inmediatamente. El Rey lo recogió, y leyó estas palabras escritas en él:

Yo pobre lo quise;
Tú rico lo quieres,
Resucítalo si puedes*.

---

* En este cuento está representada la codicia, en el afan con que repite el molinero su *pico, pico*, y la fortuna ó suerte en el Rey, que ayuda al codicioso á veces en sus afanes; al fin aparece la divina intervencion en la muerte, la que con un soplo frio anula los cálculos de los hombres y desvanece los dones de la fortuna.

CUENTO DE EMBUSTES.

Habia vez y vez una Princesa muy estrafalaria, que dijo á su padre, el cual deseaba que tomase estado, que no se casaria sino con aquel que supiese mentir más que ella, y ella lo hacia de manera que nadie podia sobrepujarla. Llegó esto á oidos de un pastorcillo que andaba por el campo.

—Yo me presentaré, dijo para sus adentros, que de seguro le gano en mentir la palma á la Princesa; que mentir me lo ha enseñado una culebra descendiente de la del Paraíso. — Y se fué á palacio.

—¿Qué traes? le preguntó al verle llegar la Princesa.

—Sepa V. A. R., respondió el pastorcillo, que he viajado mucho, y que le vengo á relatar mis viajes.

—Bien está, dijo la Princesa; pero si dices una palabra de verdad, te mando echar á la calle con cajas destempladas.

—Mi primer viaje fué largo, dijo el pastorcillo, porque estando sembrando una palma, creció tan de pronto y tan alta, que me levantó consigo hasta el cielo. Llegué allí en tan buena ocasion, que me hallé en la boda de las once mil vírgenes, y porque á una de ellas eché un requiebro, me alargó San Pedro un puntapié que me botó fuera. Atravesé en mi caida el mar, y me encontré con la luna, en la que me entré por un ojo, y me hallé que tenia los sesos de plata y los cabellos de oro; me descolgué por uno de ellos; la luna

volvió la cara, y al verme se cortó el cabello de un bocado; éste se desprendió, y caí en un calabaza, donde lo pasé muy bien, hasta que llevaron mi casa á la plaza, donde la compraron para un convento de monjas. Las monjas creyeron que era yo un gusano, y me tiraron con la basura á la huerta del convento; habiendo caido un aguacero, me nací allí. Cortéme las raíces con mi navaja, y eché á andar por esos mundos. Llegué á un rio, eché las redes, y pesqué un borrico; me monté en él, y seguí caminando. A los dos dias ví que tenia el animal una matadura; se la enseñé á un albéitar, que me mandó que le pusiera habas; se las puse, y nació un habar que parecia un bosque; cogí una escopeta y me puse á cazar en él, y maté á un jabalí; era hembra, y despues de muerta parió una vieja, que bauticé, y le puse *Nací-tarde.* La tia *Nací-tarde* se enamoró de mí, y por verme libre de ella me subí en una tortuga que corria más que el viento, y en un santiamén me llevó á los más profundos centros de los mares. Allí me encontré un convento de sardinas, de que era priora una ballena, que al verme abrió su bocaza y me tragó; pero con un chorro de agua que echó por las narices me lanzó á la orilla. Allí me encontraron tendido unos marineros, y como la sal del mar se habia cuajado, y estaba yo todo blanco y agarrotado, me vendieron á unos *santi-barati*, que á su vez me vendieron á un sevillano, que me puso en el patio de su casa, rodeado de tiestos con matas. La primera noche llovió, y con eso se me derritió la sal y pude echar á correr. Supe que S. A. R. buscaba para premiarlo á uno que fuese más embustero que ella, y dije: Allá voy á probarle que yo lo soy.

—Pues ya dijiste una verdad, pues mientes más que yo, dijo la Princesa, por lo cual no te puedes casar conmigo; pero como has mentido tan bien, y mejor que otro alguno, es justo que te premie y te dé un buen destino. — ¿Qué destino hay vacante? preguntó S. A. R. al Ministro.

—Señora, respondió el Ministro, no hay otro alguno que el de Director de la *Gaceta*, por haber muerta esta mañana el que lo era.

—Pues que sea inmediatamente dado dicho destino á este pastor, por los méritos que ha contraido, repuso la Princesa.

Y así sucedió, y el pastorcillo siguió mintiendo en la *Gaceta*, por lo cual las gentes dieron en decir: *mientes más que la Gaceta*; dicho que se hizo refran, y dura hasta el dia.

EL DUENDECILLO FRAILE.

Habia una vez tres hermanitas que se mantenian amasando de noche una faneguita de harina. Una dia se levantaron de madrugada para hacer su faena, y se la hallaron hecha, y los panes prontos para meterlos en el horno, y así sucedió por muchos dias. Queriendo averiguar quién era el que tal favor les hacia, se escondieron una noche, y vieron venir á un duende muy chiquito, vestido de fraile, con unos hábitos muy viejos y rotos. Agradecidas le hicieron unos nuevos, que colgaron en la cocina. Vino el duende y se los puso, y en seguida se fué diciendo:

Frailecito con hábitos nuevos,
Ni quiere amasar, ni ser panadero.

Esto prueba, niños mios, que como el duendecito hay muchos, que son complacientes y oficiosos hasta que logran un beneficio, y que una vez recibido, no se vuelven á acordar de quien se lo hizo.

LA GALLINA DUENDE.

Una mujer vió entrar en su corral una hermosa gallina negra, la que á poco puso un huevo que parecia de pava, y más blanco que la cal. Estaba la muyer loca con su gallina, que todos los dias ponia su hermosísimo huevo. Pero hubo de acabársele la overa, y la gallina dejó de poner, y su ama se incomodó tanto que dejó de darla trigo, diciendo:

— Gallina que no pone, trigo no come.

A lo que la gallina, abriendo horrorosamente el pico, contestó:

— Poner huevo y no comer trigo, eso no es conmigo.

Y abriendo las alas dió un voleteo, se salió por la ventana y desapareció, por lo que la mujer se cercioró que la tal gallina era un duende, que se fué sentido por la avaricia de la dueña.

CUENTOS INFANTILES RELIGIOSOS.

EL PAN.

Habia una vez tres hermanos mozos, que no hallando en qué acomodarse, determinaron irse por esos mundos á buscar acomodo.

Llegaron á un lugar en el que se separaba el camino en tres, y convinieron en seguir cado cual uno de ellos, quedando emplazados para volver á reunirse allí mismo á los tres años, para participarse mútuamente el cómo les habia ido, y lo que habian agenciado en ese tiempo.

Por aquel entónces, habeis de saber que andaba Nuestro Señor por el mundo, así como sus discípulos, y el mayor de los hermanos se encontró con San Pedro, que le preguntó si queria servirlo, á lo que estuvo él muy dispuesto.

—¿Y por qué me quieres servir, le preguntó el Santo, por la gloria de hacerlo, ó por dinero?

—Por el dinero, contestó el hermano mayor. — Y quedaron conformes.

Lo propio en todo punto que sucedió al hermano mayor con San Pedro, le pasó al segundo, que se encontró con San Juan, á cuyo servicio quedó por el dinero, como el mayor quedó al de San Pedro; pero no así al más chico, que se encontró con Nuestro Señor, y le dijo que no queria retribucion, sino que lo haria por la gloria de servirlo.

Sirvieron los hermanos por tres años á sus amos; entónces se despidieron, por precisarles cumplir la palabra que se habian dado de encontrarse los tres el dia señalado en el lugar donde se habian separado.

Cuando se reunieron sacaron los dos hermanos mayores el mucho dinero que habian ganado durante el tiempo trascurrido, y preguntaron al menor qué era lo que él habia ganado; éste contestó que nada traia, porque sólo habia servido á su amo por la gloria de servirlo.

Los hermanos se burlaron de él, y cada cual se fué por su lado. Los dos mayores se casaron con mujeres ricas, se pusieron á traficar con sus dineros, y se hicieron unos señorones de los más encopetados, gastando mucho lujo y mucha fantasía. El chico, como que era pobre, se casó con otra pobre, tuvo un celemin de hijos, y llegó á tanto atraso, que se fué á vivir á una chocita al campo.

Al cabo de muchos años pasaron el Señor y sus discípulos por aquella tierra, y el Señor les propuso que fuesen cada cual á ver al criado que le habia servido. Llegó, pues, San Pedro en casa del hermano mayor, y le dijo á uno de los muchos criados que tenia:

—Anda, y dile á tu señor que aquí está su amo, que si lo quiere hospedar.

Al oir aquel recado el señoron, se puso hecho un toro de fuego.

—¡Yo servir! contestó; ¡yo un amo! Mis caudales son de herencia; yo nunca he servido; ese hombre está loco: dile que se vaya, y que si no, le echo los perros.

Y otro tanto, punto por punto, le sucedió á San Juan con el hermano segundo.

Entre tanto el Señor se habia llegado á la choza del hermano menor. Éste habia ido al monte por una carguita de leña, y su mujer, cuando llegó el Señor, le dijo que pasase adelanto y se sentase miéntras volvia su marido.

Cuando lo vió venir le salió al encuentro, y le dijo que en la choza estaba su amo.

—¡Mi amo! ¡mi amo! gritó el pobre fuera de sí de alegria; ¡mi amo! repetia llorando y besando las manos de Jesús. Poco tengo, Señor; pero eso poco es de su mercé. Mujer, dale al amo lo que hay en casa; ¡todo! ¡y pronto, pronto!

La mujer le dijo que nada habia sino pan.

—¡Qué pena! dijo afligido el marido; pero si otra cosa no hay, tráelo.

El Señor se sentó en la mesa del pobre, y comió el pan que de tan buen corazon se le ofrecia, y le bendijo, y por eso, niños mios, es el pan bendito sustento; por eso los cristianos nunca le niegan un pedazo de pan al pobre que en nombre de Dios lo pide; por eso no se tira, y cuando cae al suelo se le besa en desagravio; por eso hay tanto pan en el mundo y alcanza para mantener á todos, y es de tanto alimento, que sólo con él vive el hombre sano y robusto; por eso gusta á todos, y es el solo bien terreno que nos prescribió el Señor pedirle; por eso cria el campo las mieses tan hermosas, y tan ricas las espigas; por eso cuando el tiempo que hace les es contrario, hace nuestra bendita madre la Iglesia santas rogativas, que es rara la vez que deja el Señor de atender; por eso, en fin, le nombra el hombre con reverencia y gratitud el pan de Dios.

Despues que hubo comido, le dijo el Señor al pobre:

—No te recompenso tu buena acogida haciéndote rico, que las riquezas no dan la felicidad en la tierra, y dificultan mucho la del cielo; pero te prometo que no te faltará el pan que me has dado, pues cuando ganar no lo puedas, la caridad te lo dará. Sé agradecido á quien contigo la ejerza, que el agradecer es tan obligacion como el dar.

SI DIOS QUIERE.*

Habia una vez un gallego que se volvia á Galicia despues de haber juntado unos cuartos en Sevilla. Ya muy cerca de su pueblo se encontró á uno que le preguntó dónde iba.

— A la miña terra, contestó el gallego.

— Si Dios quiere, repuso el primero.

— He de llegar quiera Dios ó no, contestó muy en sí el gallego viendo ya de léjos su aldea, de cuyo territorio sólo lo separaba un arroyo.

No bien lo hubo dicho, cuando al pasar el arroyo se cayó en él y se volvió rana.

Así vivió tres años huyendo siempre el pobre de los pícaros muchachos, de las sanguijuelas y de las cigüeñas, sus encarnizados enemigos. Al cabo de los tres años acertó á pasar por allí otro gallego que se volvia á su casa, y preguntándole un caminante dónde iba, le contestó:

— A la miña terra.

* El añadir cuando hablamos de las cosas que pensamos hacer, y de que tan poca certeza tenemos de llevar á cabo, el *si Dios quiere*, es una señal de sumision y reverencia á su divina voluntad, de las que nunca le podremos dar bastantes; es como santificar nuestros propósitos poniéndolos bajo el beneplácito de Dios, lo que no se puede hacer, es claro, sino con las cosas inofensivas é inocentes.

—Si Dios quiere, gritó una rana que sacó su cabeza del agua.

Y cuando lo hubo dicho, la rana, que era el gallego primero, se halló de repente otra vez hombre.

Siguió su camino más alegre que unas Pascuas, y habiéndose encontrado á otro viajero, que le preguntó dónde iba le contestó:

—A la tierra, si Dios quiere; á ver á mi mujer, si Dios quiere: á ver á mis hijos, si Dios quiere; á ver á mi vaquita, si Dios quiere; á sembrar mi campito, si Dios quiere, para que me dé una buena cosecha, si Dios quiere.

Y como á todo habia añadido religiosamente el *si Dios quiere*, quiso el Señor que se viesen sus deseos cumplidos. Encontró buena á su mujer y á su hijos; á la vaquita parida; sembró su campo, y cogió una buena cosecha, porque... Dios quiso.

UNA PROMESA.

Habia una vez una mujer que no tenia hijos, y tantos deseos de tenerlos, que no consiguiendo sus oraciones á Dios el obtenerlo, se ofreció al Diablo darle á los catorce años el niño que pariese, si por su medio lograba tenerlo.

A los nueve meses parió un niño, y vivió contentísima al principio de tenerlo; pero miéntras más crecia el niño y se acercaba su edad á los catorce años, más se inquietaba y entristecia la madre. Viéndola un dia llorar, le preguntó su hijo qué era lo que tenia, y ella se lo dijo.

—¡Cómo ha de ser, madre! dijo el niño cuando hubo oido la relacion de su madre; ya no tiene remedio, y si no le cumple lo prometido, vendrá por usted el Diablo; y así, yo me voy al infierno.

Echó á andar, pero no sabia el camino. Encontró á unos arrieros, á los que preguntó si sabian el camino del infierno.

—¡Jesús! contestaron ellos, no lo permita Dios. Pero por esa vereda abajo hay una cueva en que hemos visto á un mónstruo, ese puede que lo sepa.

Encaminóse el mozo hácia la cueva y vió al mónstruo, que era un hombre muy deforme y espantoso, y cuando supo el intento del muchacho le dió lástima, y con las señas del camino que debia seguir le dió una carta para la hija del Diablo mayor.

—No la querrá tomar, le dijo; pero dile que es de su

compadre, y si se niega á tomarla, á ninguno más le guío para su morada.

Cuando llegó al infierno dió la carta y el recado á la hija del Diablo mayor, la que rabió mucho con la carta y con su compadre, pero que no tuvo más remedio sino hacer lo que su compadre la pedia en aquel papel.

—Tú eres inocente, le dijo al muchacho, y para apoderarse de tí tiene mi padre que hacerte pecar. Ahora te llevará á un jardin de flores hermosas en apariencia; pero que son flores del infierno, flores envenenadas, y así ninguna cojas, ni huelas ninguna, sino dile que no te gustan.

Y así sucedió. Cuando el Diablo mayor llevó al muchacho á un jardin hermosísimo en que habia las flores más bellas; por más que le instó á que las cogiese, ó las oliese siquiera, no hubo forma. Al Diablo grande se lo llevó Barrabás, y pensó: no tengas cuidado, que mañana no te escaparás.

Al dia siguiente, como la hija del Diablo sabia los pensamientos de su padre, le dijo al muchacho:

—Hoy te dirá mi padre que pases por una cueva de la que saldrá un oso espantoso para destrozarte: cuando lo veas venir dirás por tres veces *María*, *María*, *María*, y no se atreverá á tocarte, sino que se echará á huir.

Y así sucedió. El Diablo mayor estaba que bramaba, y dijo para sí: mañana no te escaparás, porque he de ir en persona á matarte.

La hija del Diablo mayor le dijo al muchacho:

—Mañana vendrá mi padre en persona á matarte; escóndete detrás de la puerta de tu calabozo, y cuando venga le das con estos dos palos que pondrás en cruz, y caerá al suelo, la cara en tierra como muerto: entónces huye volando, y no pares de correr hasta llegar á una iglesia.

Así lo hizo el muchacho, y quedó libre de las garras del Demonio, como quedará todo el que resista á las tentaciones, invoque el nombre de María y se ampare de la Cruz.

LA TENTACION.

Habia un Obispo que era muy amante y devoto de San Andrés, y más que á otra virtud alguna, afecto á la castidad.

El Demonio, á quien Dios le quitó el poder, pero no el saber, por tal de perder aquella alma justa y pura, tomó el cuerpo de una hermosa Princesa mora, que se fué hecha un mar de lágrimas á buscar al piadoso Obispo, y le contó como queria ser cristiana y tomar hábito en un convento, y que sus padres no querian, teniéndola avasallada, y queriéndola casar con otro moro fiero.

El buen Obispo se compadeció mucho de ella, la hospedó en su palacio, llamó á otros sacerdotes sabios, para que instruida cuanto ántes en la doctrina cristiana, entrase cual deseaba en un convento. Cuando le tocaba al Obispo la plática, aquella mujer se ponia cada vez más hermosa, y resplandecia como un sol, tratando de mudar el tema, y de hablar de cosas mundanas y de amores, con tal maña y liviandad, que el pobre Obispo sentia su corazon rebelde y su virtud flaquear.

Un dia que ya lo traia confundido con la mucha palabrería que le gastaba, le dijo:

—Ya que sabeis tanto, ¿á que no me podreis contestar á tres preguntas que os voy á hacer. Y si no halla S. E. la solucion, tendrá que confesar que yo sé más que S. E.

Entró en eso un criado, y dijo á S. E. que á la puerta estaba un pobrecito viejo que pedia limosna.

—Que se vaya, dijo la mora.

—No, repuso el Obispo; dile que suba, que le socorreré.

Entró el pobrecito, y se sentó á un lado.

—Vamos, dijo el Obispo á la mora, haz las preguntas para que te las conteste.

—Dígame, pues, preguntó la mora: ¿cuál fué el primer milagro que hizo Dios?

El Obispo se quedó parado; pero el pobrecito, alzando gravemente la voz, contestó:

—Hacer el hombre á su semejanza.

Nada pudo oponer la mora; y así pasó á la segunda pregunta, que fué:

—¿Me podreis decir dónde está la tierra más alta que el cielo?

Si la primera pregunta dejó al Obispo parado, la segunda lo dejó confundido.

—En el trono celestial, dijo el viejecito, pues allá está María en cuerpo y alma.

La mora, á su vez, se quedó confundida con aquella respuesta, y pasó á la tercera:

—Pues ya que tanto sabeis, dijo al viejecito, ¿me podreis decir cuántas leguas hay del cielo al infierno?

—Eso sólo vos podeis saberlo, contestó el viejecito; pues sólo vos, Satanás, ángel rebelde, las habeis andado.

Al verse descubierto por aquel viejecito, que era San Andrés, Satanás dió un rugido y desapareció.

LOS DOS CAMINITOS.

Habia una vez un hombre que tenia una mujer muy buena y dos hijitos, un niño y una niña. Murió su mujer, y se volvió á casar con otra que era muy mala, y aborrecia á sus pobrecitos entenados. Éstos, que le tenian mucho miedo á su madrastra, siempre estaban juntos recordando y llorando á su madre... Un dia la dijo la madrastra á la niña, que fuera á la tienda por un adarme de seda, y al niño que fuese por un cuarto de especia, y que le daria un confite al que volviese el primero. El primero que volvió fué el niño. La madrastra lo cogió, lo puso sobre la mesa, lo mató y cortó en pedazos, que metió en una orza y guardó en la alacena.

Cuando volvió la niña habia salido su madrastra, y se puso á buscar á su hermanito; pero por más que buscaba no lo encontraba, hasta que abrió la alacena y lo vió cortado á pedazos. Entónces se puso á llorar amargamente, diciendo:

—¡Ay, hermanito de mi alma! que me lo han matado y cortado á pedazos, para no enterrarlo en tierra en que descanse. Y cogiendo uno de los huesecitos, fué al corral y lo enterró.

Al punto vió nacer una azucena, y de ella vió salir á su hermanito, sólo que estaba mucho más hermoso que ántes y tenia resplandores.

—¡Ay, hermanito! le dijo; ¿no te habia matado la madrastra?

—Sí, dijo el niño; pero he resucitado y vengo por tí.

—¿Y por qué?

—Para recompensarte de que me enterraste y me lloraste.

—¿Y dónde vamos? preguntó la niña.

A lo que su hermano respondió:

—*Por un caminito muy clarito, muy clarito, muy clarito* á la gloria.

—¿Y la madrastra, dónde irá? volvió á preguntar la niña.

Y el niño contestó:

—*Por un caminito muy oscurito, muy oscurito, muy oscurito*, al infierno.

CUENTO DE BRUJA.

Habia un padre y una madre que tenian una hija de quince años, y se la llevó una bruja; la llevó donde habia otras, y la metieron en un baño de aromas, y le dijeron que la iban á llevar con ellas, y que veria cosas muy hermosas y tendria mucho poder; pero para eso era preciso que dijese lo mismo que decian ellos:

En vida, en vida,
Sin Dios ni Santa María.

Pero la niña, que era buena cristiana, no quiso decirlo. Entónces empezaron á pegarle y pellizcarle para que dijese lo que ellas querian, pero la niña no cesaba de repetir:

En vida, en vida,
Con Dios y Santa María.

Y tanto lo repitió, que tuvieron que huir todas, y la niña se volvió en paz y gracia de Dios á su casa.

No tiene poder la tentacion con quien persevera firme en el bien y en el deber.

CÓMO LE GUSTA AL NIÑO DIOS

QUE LE PIDAN.

Habia dos pobrecitas niñas que tenian un padre muy bueno, pero una madrastra muy mala. Como no las podia ver ante sus ojos, pasaban las pobres niñas su vida encerradas en su cuarto. Tenian en él un precioso Niño Jesús de bulto, del que eran muy devotas, y siempre le estaban rezando, trayendo flores y encendiendo lucecitas; tanto que el Niño Jesús, cuando las veia afligidas por su encierro, bajaba de su peana y se ponia á jugar con ellas. Pero por más que se lo pedian, por más que hacian para que fuese con ellas á visitar á su padre que estaba enfermo, el Niño Dios no les otorgaba las súplicas que por la mejoría de su buen padre le hacian.

Un dia que hablaban con el Niño Jesús, vieron entrar á la Vírgen, y como no la conocian, se asombraron de verla tan hermosa y llena de resplandor. La Vírgen le dijo al Niño:

—Hijo y Señor mio, te pido que vengas conmigo á la cabecera de un enfermo que nos llama.

Las niñas entónces se asieron á la túnica del Niño, diciendo:

—¿Vas, Señor, á asistir á un enfermo, y á nosotras

que tanto te queremos y hemos pedido que asistas á nuestro padre, no lo has querido hacer?

Entónces el Niño les contestó:

—Pedídselo á mi Madre, porque yo me gozo en que mis gracias pasen por su bendita mano.

LA VÍRGEN COSTURERA.

Un lego de convento, de corazon muy sencillo y sano, tenia un entrañable amor á la Vírgen, y vivia con el pesar de no tener en su celda ninguna imágen de la Señora á la que dirigir sus oraciones, dar culto y cuidar. Encontróse un dia en un zaquizamí del convento una efigie de la Señora; pero tan deteriorada y estropeada por el tiempo y polvo, que daba pena verla. Fuera de sí de gozo se la llevó á su celda, la limpió muy bien, y conoció que si un buen pintor la restauraba, quedaria hermosa y como nueva. Entónces cayó de rodillas, y le dijo:

—¡Madre mia! bien sabeis cuánto deseo que esta vuestra santa imágen sea restaurada, y que en ella se os rinda culto; pero soy tan pobre, que si vos no me ayudais, no podré hacerlo; así, os suplico que trabajeis conmigo para que esto pueda hacerse.

En seguida se fué en casa de una señora muy caritativa, y le pidió que le diese costura para que una pobrecita con lo que ganase cosiendo pudiese vestirse decentemente. La señora se la dió. Compró en seguida hilo, agujas, dedal y tijeras, lo llevó todo á su celda, lo presentó á la Señora, diciéndole:

—Señora, habeis sido muy buena costurera, y es preciso

que me ayudeis con vuestras benditas manos, para reunir lo que necesito para restaurar vuestra efigie.

La Vírgen se sonrió, y el lego se fué á sus quehaceres. Cuando volvió se encontró la costura hecha, tan bien cosida y tan olorosa, que la señora quedó muy satisfecha, y se la pagó muy bien.

La costura que corria por mano del pobre lego tomó tal fama, que pronto pudo restaurar á la santa efigie.

Al guardian y demás religiosos llamó la atencion el cómo un pobre lego podia sufragar esos crecidos gastos, y un dia se escondieron para ver lo que en la celda hacía. Entónces vieron que se hincó de rodillas ante la Señora, y le presentó unas ropas sin hacer, y que la Señora alargó sus benditas manos, y las tomó con un semblante dulce y complacido.

Entónces el guardian y los religiosos, asombrados, se postraron de rodillas, exclamando:

—Bienaventurados los sencillos y pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

SAN LORENZO.

San Lorenzo andaba convirtiendo herejes, y éstos le prendieron, y su Rey, que era muy fiero, mandó que lo quemasen sobre unas parrillas. Con este motivo encendieron los verdugos una hoguera, y cuando estaba ardiendo arrojaron al santo en ella. Ya que estaba quemado por un lado, dijo San Lorenzo que lo volviesen del otro. El Rey hereje que lo oyó, dijo entónces:

—¡Vaya una arrogancia de español!

Y al decir esto, y por castigo de Dios, cayó en la hoguera y se quemó. Miéntras se quemaba, decia:

¡Santo y más santo,
Tú vigilia tendrás;
Yo seré condenado,
Y tú te salvarás!

SAN PEDRO.

Cuando el Señor y San Pedro andaban por el mundo, llegaron á una choza, en la que hallaron á un hombre, al que se habia muerto su mujer, dejándole tres criaturitas chicas, que estaba muy afligido, tanto más, cuanto que era anciano, y estaba con un mal sin cura.

Cuando salieron de allí le dijo San Pedro al Señor, que cómo no se compadecia de aquella desdicha, y que si moria el padre, qué iba á ser de aquellos. El Señor le dijo entónces que levantase una piedra muy grande que habia á la vera del camino. Hízolo así San Pedro, y vió que habia debajo una gran cantidad de animales, culebras, salamanquesas, tiñosas, lagartijas, ranas, sapos, erizos, galápagos, alimañas, y el Señor le dijo:

— Quien mantiene á esos animales cuidará de esos niños. Su padre se les morirá, y serán recogidos por gentes piadosas; uno será Obispo, otro Cardenal y otro Virey.

Siguieron andando, y vieron venir unos ladrones; como San Pedro era tan medroso, se echó á correr hácia la choza, y se metió en la alcuza; y cuando llegaron los ladrones, dijeron los niños:

San Pedro vino huyendo
De los ladrones;
Se ha metido en la alcuza,
Ya no lo cogen.

EL HOLGAZAN.

Habia una vez un hombre que le huia mucho al trabajo. Pasóse el verano holgando, no hizo su agosto, y cuando llegó el invierno, se encontró sin polainas y sin tener con qué mercarlas. En este apuro se fué á un compadre suyo, y le preguntó qué le parecia que hiciese. El compadre le respondió, que se las fuese á pedir al *Cristo del gran poder*, que era un Señor muy milagroso. Así lo hizo el holgazan; fuése á la Iglesia, y le dijo á la efigie del Salvador:

¡Oh Señor del gran poder!
Que todo el mundo gobiernas,
Dame, dame unas polainas
Para cubrirme las piernas.

Pero la efigie le respondió:

Soy Señor del gran poder,
Que todo el mundo gobierno;
Compra polaina en verano,
Y las tendrás en invierno.

DESPRECIO

DE LAS ADVERTENCIAS.

Habia una vez un hombre que siempre que salia de oir predicar un sermon se ponia á murmurar de los predicadores, diciendo que no hacian más que angustiar el ánimo y entristecer á las gentes hablándoles de peligros, males y castigos, y que tal no era su cometido, sino el de hablar de virtudes y recompensas, y otras cosas por el estilo que dicen muchos, creyendo quizás que á un sermon se va como á una comedia á divertirse.

Acaeció que tuvo este señor que hacer un viaje, llevando una suma considerable de dinero. Llegó con su criado á una posada, donde descansó.

Miéntras le servian la cena en su cuarto, el criado, que se habia quedado en la cocina, oyó que decian aquellas gentes, que para llegar al punto donde queria ir el viajero aquél, habia dos caminos, uno largo, malo y penoso de pasar, pero seguro, y otro llano, corto y hermoso, pero que no era seguro, porque habia en él ladrones y malhechores.

El criado, como sabia que á su amo no le gustaban advertencias ni nada que lo perturbase, no le dijo una palabra de lo que habia oido, cuando vió que al dia siguiente, sin más preguntar, cogió el camino ancho y llano.

No habian andado mucho, cuando les salieron al encuentro unos malhechores, que despues de robarles, los maltrataron y dejaron desnudos, atados á unos árboles sobre un precipicio.

—¡Ay! dijo, el criado, ¡bien sabia yo los peligros y el desastroso fin que nos aguardaba por este camino!

—Pues si lo sabias, repuso su amo, ¿cómo fué, malvado, que no me preveniste y diste aviso de los peligros que iba á correr?

—Ha sido, señor, respondió el criado, porque siempre os he oido decir, que los que hablaban de peligros, males y castigos, no hacian más que angustiar los ánimos y entristecer á las gentes.

CREACION DE LA GOLONDRINA.

En un dia de sabat, que era el domingo de los judíos, fué el Niño Dios, que entónces era muy chiquito, con otros niños á jugar al ampo cercano; cogieron barro blanco, y se pusieron á hacer pajaritas, con las alas abiertas, que ponian al sol para que se secasen.

Acertó á pasar por allí un pícaro fariseo, que conforme vió lo que hacian se enfadó, y les dijo que estaban pecando, pues en dia de sabat no se podia hacer nada, y se acercó para con su gran pié pisar y aplastar las pajaritas; pero el Niño Dios dió una palmadita, y todas las pajaritas echaron á volar.

Entónces en la casa en la que vivia el Niño Dios y sus santos padres, pegadas al alero del tejado, cogiendo del mismo barro con el que ellas habian sido formadas, se pusieron á labrar sus nidos, y desde entónces han seguido labrándolos en pobres y humildes casas, á las que llevan paz y ventura.

Cuando los malvados judíos llevaron á crucificar al Calvario á Cristo, nuestro bien, ellas desconsoladas le siguieron con las santas mujeres, afligidas y compadecidas cual ellas, y le sacaron las espinas de la corona que por cruel escarnio le habian puesto, y se clavaban en su sagrada frente. Cuando murió su y nuestro Criador vistieron luto, y se pusieron el manto negro que no se han quitado nunca.

EJEMPLOS.

Al frente de una pequeña coleccion de *Ejemplos* que insertamos en un tomo de artículos religiosos que dimos á luz, pusimos esta advertencia:

«Un ejemplo no es un caso que ha sucedido, pero que se ha trasmitido de unos en otros desde muchísimos años, porque el espíritu que lo produjo y la enseñanza que contiene son profundamente religiosos; y como todo lo religioso se imprime no sólo en la memoria, sino en el espíritu y el corazon, estos ejemplos, aunque son confiados en su mayor parte sólo á la tradicion verbal, se conservan como las hermosas cristalizaciones que en pos de sí dejan las aguas vivas de un rico manantial.»

¡SEÑOR, AQUÍ ESTA JUAN!

Habia un hombre buenísimo, pero muy desgraciado. Cuanto emprendia le salia mal, y miéntras con más fervor le rogaba á Dios todos los dias cuando iba á misa para el logro de sus peticiones, más adversa le era la fortuna. Su mujer y despues sus hijos enfermaron; rogó al Señor con sumo fervor los sanara, y se murieron; tuvo un pleito, de que pendia toda su fortuna; pidió al Señor con angustia el ganarlo, y lo perdió. Pero léjos de agriarse ni que decayese su devocion, se dijo: Está visto que el Señor no quiere que yo le pida nada; cúmplase su santa voluntad; no volveré á pedirle nada de cosas terrenas! y así fué, porque siempre que acababa de oir misa, se postraba ante la imágen del Señor á adorarle sin decir más que: *¡Señor, aquí está Juan!* Así siguió miéntras duró su santa y desgraciada vida, repitiendo todos los dias, postrado ante el altar: *¡Señor, aquí está Juan!* Murió tranquilamente, y al llegar su alma al cielo, repitió su humilde jaculatoria: *¡Señor, aquí está Juan!* y al momento las puertas se abrieron de par en par.

ADAN.

Lloraba Adan con tal desconsuelo la muerte de Abel, que el Señor, compadecido, le dijo:

— Consuélate, Adan, que serás la estirpe de numerosísimas generaciones; van á descorrer la cortina que á tus ojos humanos abre el porvenir, y á mostrártelo cual será andando el tiempo.

Entónces, desapareciendo el tiempo y las distancias, Adan, asombrado, percibió el orbe entero poblado de diversos pueblos y naciones. Mucho tiempo las estuvo observando, y despues, volviéndose con aumentado desconsuelo al Señor, le dijo:

— ¡Señor, Señor, dejadme llorar á Abel! todos son hijos de Caín.

Y era que á todas las naciones las habia visto en guerra unas con otras.

Así como cuando la guerra de Africa incluimos en el *Cuadro* que sobre este asunto escribimos, con el título de *Deudas pagadas*, las canciones que componia el verdadero soldado español, que es el campesino, incluimos aquí este romance, compuesto é impreso por un soldado, natural de Almonte, cuya patrona es la reputada Vírgen del Rocío. Ensancha el alma notar el entusiasmo y simpatía con que el pueblo sencillo acoge y lee estos versos, que serian burlados en una Academia; pero cuyo espíritu es el genuino del pueblo, que áun no está corrompido por los perversos ó necios enemigos del catolicismo.

JUSTICIA DE DIOS

Y

DESENGAÑOS DE ESPAÑA.

PRIMERA PARTE.

SALVE EN VERSO, COMPUESTA POR UN SOLDADO ANDALUZ, EN LAS PROVINCIAS DEL NORTE, A NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO.

Dios te salve, bella aurora,
placer de los afligidos,
Madre de Dios verdadera,
Sacra Vírgen del Rocío,

Dios te salve, estrella clara,
luminante luz del dia
á quien le debo las gracias,
pues me ha salvado la vida.
Eres patrona de Almonte,
Paloma y cándida flor,
siempre te tengo en memoria,
el dia que entro en accion;
en el triste campamento,
entre la nieve y el frio
cuantas veces te he llamado,
Vírgen Santa del Rocío,
vuelve á nosotros tus ojos,
viéndonos tan fatigados
frente de San Pedro Avanto,
Portugalete y Bilbao,
al silbido de las balas
y al ver tantos heridos,
dije, sacarme con bien,
Madre mia del Rocío.
Uno; por Dios, pide agua
y llevarme al hospital,
y otros dicen: compañero,
acabarme de matar,
revolcándose en su sangre
decian los pobrecitos,
dónde está mi padre y madre
y tambien mis hermanitos.
Al cabo de algunos dias
al fin ganamos la plaza,
que en la Reina de los cielos
teníamos la esperanza;
una salve te recé
en la accion de Somorrostro,

de lágrimas era un valle,
lo que habia entre nosotros;
era el combate tan grande
que se formó una mañana,
que imploramos el auxilio
á la Vírgen soberana.
Tal disparo de metralla
hizo nuestra artillería,
que ganamos la batalla
con la ayuda de María.
Eres la esperanza nuestra
del ejército español,
y por eso en las batallas
le ayuda Nuestro Señor.
En la Seo de Urgel,
viéndonos tan abatidos,
á tí todos suspiramos,
Vírgen Santa del Rocío.
Los carlistas levantaron
bandera de parlamento,
le dijo Martinez Campos:
entregaros vivos ó muertos,
pero al fin se entregareis
en cuanto el agua os corte,
porque traigo en mi defensa
á la Patrona de Almonte.
Tomamos la ciudadela
y el castillo en aquel dia;
al momento dimos gracias
á nuestra Madre María.
He entrado en catorce acciones
con vuestra estampa en mi pecho;
las balas y proyectiles
no le han tocado á mi cuerpo.

Eres abogado nuestro,
dulcísima medianera,
te suplico se concluya
esta guerra carnicera;
por las gotitas de sangre
que derramó Jesucristo,
y tambien por tanta madre
que llora por sus hijitos;
nunca olvides, Madre mia,
al pobrecito soldado,
que bastantes fatiguitas
y trabajo hemos pasado.
Cúbrenos con vuestro manto,
María, llena de gracia,
que yo y mis compañeritos
volvamos á nuestras casas.
Ruego por el simpecado
de la hermandad de la Palma,
que no muera yo sin ver
á mi madre de mi alma.
Y por aquel simpecado
de la hermandad de Triana,
que vea á mi padre y madre,
á mis hermanos y hermanas;
una misita te ofrezco
y dos velas encendidas.
Soy bautizado en Almonte
y es mi nombre Manuel Diaz.
¡Oh, Madre piadosa,
Vírgen del Rocío,
mándanos las lluvias
que estamos perdidos!

SEGUNDA PARTE.

Españoles, abrir los ojos,
vivir con mucho cuidado,
al cabo de siete años
cuánto, cuánto hemos pasado.
La guerra nunca se acaba,
el hambre y la carestía,
desgracias y mortandades
aumentando cada dia.
La flor de la juventud
toda se la están llevando,
padres, madres y hermanitos
cuántos tenemos llorando.
Causa lástima y dolor
tanta plaza ametrallada.
Los comerciantes perdidos,
los artes paralizados
los pobres trabajadores
cayéndose desmayados.
Castigando está á España
el alto Dios soberano,
pues andamos peleando
primos, parientes y hermanos.
No queremos creer en Dios
ni conocer los castigos,
el lector perdonará
si le ofendo en lo que digo.
Tres años de sequedades
llevamos á la presente,

y si no continúa el agua,
padecerá mucha gente.
Tanto lujo y vanidad,
toros, comedias, funciones,
Dios quiera no llegue el dia
que no tengamos camisa;
las cosechas son escasas,
muchas las calamidades.
Dios nos mire con piedad
si siguen las sequedades.
La Divina Majestad
se encuentra muy ofendido,
y es la causa que se ve
el mundo muy pervertido.
Tenemos las criaturas
hoy un hablar tan grosero,
siempre tenemos á Dios
rodando por ese suelo.
Si tenemos un disgusto
ó alguna desesperacion,
lo primero que ultrajamos
el santo nombre de Dios.
Un hablar tan deshonesto
Tenemos en este siglo,
hombres, mujeres y niños,
que dá vergüenza el oirlo.
Si un hombre ofende á un niño,
aunque pueda ser su abuelo,
la Divina Majestad
rodando por esos suelos.
Ya no se usa oir misa,
ni confesar, ni casarse;
lo que se usa es el lujo
para salir á pasearse.

Hijos del tiempo enviciados,
sin rienda ni sujecion,
sin obediencia á los padres,
sin tener amor á Dios.
Los niños se están criando
que algunos pueden casarse,
sin saberse la doctrina
ni tampoco persignarse.
Poca educacion dará
el que no tenga ninguna,
así creerá que Dios
es el sol ó es la luna.
Algunos hombres no creen
de que hay Dios en el cielo,
entónces ¿á qué lo ultrajan
para que ruede en el suelo?
No debia de ser cristiano
aquel que no cree en Dios,
ni tener el santo Bautismo,
porque no es merecedor.
Mira el moro siendo infiel
cuál entra con atencion
descalzo por su mezquita
y adora á un zancarron,
El cristiano es al contrario,
te digo, lector amigo,
por eso Nuestro Señor
nos manda tantos castigos.
Con que, amigos, á la enmienda
fé, esperanza y caridad,
y se acabará la guerra,
el hambre y la sequedad.

ADIVINAS INFANTILES.

ADVERTENCIA.

En estas adivinas infantiles no se espere, ni la exactitud ni lo correcto en la composicion, ni áun lo ingenioso del pensamiento (aunque en varias de ellas se encuentran estas tres circunstancias). Para nosotros estriba su mérito en el monísimo modo de calificar y nombrar las cosas con palabras y clasificaciones que inventan, en las que no deja de haber ingenio y poesía. Su misma incorreccion es una prueba la más evidente de que son compuestas por ellos. Hay cosas que, analizadas, son disparates y sentidas gracias; cosas á cuyo encuentro va la simpatía; cosas que son nimias y pueriles, que si no lo fuesen dejarian de ser infantiles.

EL RECOLECTOR.

ADIVINAS INFANTILES.

1.

Un platito de avellanas,
que de dia se recoge y de noche se derrama.

2.

Siete pájaros en una azotea,
matando tres, ¿cuántos quedan?

3.

Tamaño como un redondel
y nadie se puede sentar en él.

4.

Un cántaro lleno,
¿de qué pesa ménos?

5.

Muchas damas en un corral,
todas lloran á la par.

6.

Una señora con muchas basquiñas
y que se pone la peor encima.

7.

Tamaño como una nuez,
sube al monte y no tiene piés.

8.

Tamaño como un camino,
y hoza como un cochino.

9.

Muchos soldados en fila,
y todos hablan por la barriga.

10.

Campo blanco, flores negras,
un arado y cinco yeguas.

11.

Fuí al monte, pude cortar
y no pude rajar.

12.

Un cuartito lleno de cepas,
ni están verdes, ni están secas.

13.

Un callejon muy oscurito, muy oscurazo,
que tiene la muerte en brazos.

14.

Tamaño como una hogaza
y chilla en casa.

15.

¿Qué cosa es cosa,
que entra en el rio y no se moja?

16.

¿Tamaño como un raton,
y gasta su ceñidor?

17.

¿Tamaño como un pilar,
come carne y no come pan?

18.

Adivina, adivinanza,
¿cuál es el ave que no tiene panza?

19.

Envuelto siempre en un cobertor,
que haga frio, que haga calor.

20.

Cae de un tajo y no se mata,
cae en el rio y se desbarata.

21.

¿Cuál es el bicho curioso
que no tiene párpados en los ojos?

22.

Un galan yo conocia,
que daba y nada tenia.

23.

Un barquichuelo mal formado,
siempre que sale trae pescado.

24.

¿Qué cosa es
que mientras más grande ménos se ve?

25.

Dos hermanos son,
uno va á misa, y el otro no.

26.

Dos compañeras van á compás,
con los piés delante y los ojos detrás.

27.

Un barrilito de pon pon,
que no tiene agujero ni tapon.

28.

Antes que nazca la madre,
anda el hijo por la calle.

29.

Vela, vela, vela,
la camisa por dentro, la carne por fuera.

30.

Tamaño como una almendra,
y toda la casa llena.

31.

¿Largo y rayado?
ganso, el tejado.

32.

Más alto que un pino,
y pesa ménos que un comino.

33.

Una vieja muy arrugadita,
en la mano una tranquita.

34.

Taleguita remendada,
y sin ninguna puntada.

35.

Una arquita blanca como la cal,
que todos saben abrir, y nadie cerrar.

36.

Tamaño como un pepino,
y tiene barbas como un capuchino.

37.

Pecoso de viruelas es el zagal,
y trepa en lo más alto para ayudar.

38.

¿Qué es, dí,
que nace en el suelo y tiene nariz?

39.

Tengo lo que Dios no tiene,
veo lo que Dios no vé!
¿qué es?

40.

Alto vive y alto mora,
en él se cree, más no se adora.

41.

Dos madres y tres hijas,
van con tres mantos á misa.

42.

Negro negrete,
tiene cuatro piés como un banquete.

43.

Tamaño como un ochavo pichilin,
y tiene un agujero en un cuadril.

44.

Tamaño como un ochavo,
y gasta calzones de paño.

45.

¿Dónde pondrás una redoma,
que no le dé el sol ni la sombra?

46.

Si la tienes la buscas; si no la tienes,
ni la buscas, ni la quieres.

47.

Tan grande como una bellota,
y toda la casa trota.

48.

Tamaño como una cazuela.
tiene alas y no vuela.

49.

Blanco como el papel,
colorado y no es clavel,
pica y pimienta no es.

50.

Tamaño como una arista,
y hace al Rey que se vista.

51.

Cien gallegos van por agua
uno tras otro, y nunca se alcanzan.

52.

En alto vive, en alto mora,
en alto teje, la tejedora.

53.

Las tocas de doña Leonor,
á los montes cubren, y á los rios no.

54.

Cuatro somos, y uno soy,
y de aquí allá me voy.

55.

¿Qué es lo que se dice,
una vez en un minuto y dos en un momento?

56.

Pozo hondo, soga larga,
y como no se doble no alcanza.

57.

Mientras más cerca, más léjos;
mientras más léjos, más cerca.

58.

Una plaza, una plazoleta,
cuatro esquinas, y una aguileta.

59.

Para los niños espinas,
para los hombres flores,
para los maestros fruta.

60.

Verde en el campo, blanco en la plaza,
y reculea en casa.

61.

Muchas damas en un castillo,
todas visten de amarillo.

62.

Dos hermanas, mentira no es,
la una es mi tia, la otra no lo es.

63.

Adivina, adivina,
¿cuál es el bicho sin hueso ni espina?

64.

Una dama muy hermosa,
con un vestido de oro,
siempre volviendo la cara,
ya de un lado, ya de otro.

65.

En el cielo soy de agua,
en la tierra soy de polvo,
en las iglesias de humo,
y una telita en los ojos.

66.

Verde me crié,
rubio me cortaron,
prieto me molieron,
blanco me amasaron.

67.

Soy Rey que impero en toda nacion,
tengo doce hijos de mi corazon,
de cada uno treinta nietos,
que son mitad blancos, y son mitad prietos.

68.

Dos ciris ciris,
dos miras miras,
dos vayas vayas,
cuatro andaderas
y una zurriaga.

69.

Redonda soy como el mundo,
sin mí no puede haber Dios,
Papa y Cardenales sí,
pero Pontífices no.

70.

Un Rey le pidió á un criado
lo que en el mundo no habia,
y el criado se lo dió
y él tampoco lo tenia.

71.

Entre dos paredes blancas
hay una flor amarilla,
que se puede presentar
al mismo Rey de Castilla.

72.

Símil y serva
cantaba la perra,
un arbolito de esta manera,
con muchas frutitas
amarillas por dentro,
amarillas por fuera.

73.

En el campo me crié,
sin ser hombre ni mancebo,

me hacen pasar los martirios
de Bartolomé y Lorenzo.

74.

Estaba dos piés comiéndose un pié,
vino cuatro piés y se llevó el pié,
dos piés le tiró tres piés,
y cuatro piés saltó el pié.

75.

Salí al campo por ver si me divertia,
ví una casa muy bien construida,
arriméme á ella á ver quién habia,
ví un alcalde muy serio y pausado,
que primero muere que dejar su estado.

76.

Uno larguito,
dos más bajitos,
otro chico y flaco,
y otro gordonazo.

77.

Soy la redondez del mundo,
de esperanza estoy vestida,
y no hay noche para mí,
porque conmigo está el dia.

78.

Cuatro andantes,
cuatro mamantes,
un quita moscas,
y dos apuntantes.

79.

Redondo soy como el mundo,
pero mucho más pequeño;
soy de Ronda natural,
que sepas mi nombre *espero.*

80.

Ana me llaman por nombre,
y por apellido Fé;
aquel que esto no acertase,
es un borriquito en pié.

81.

Alto altero, gran caballero,
gorro de grana,
capa dorada,
y espuela de acero.

82.

Una vieja jorobada
tuvo un hijo enredador,
unas hijas muy hermosas
y un nieto predicador.

83.

¿Cuál es aquel pobrecito
siempre andando
siempre andando
y no sale de su sitio?

84.

Una vieja mató á un pollo
mártes de Carnestolendas,
y se lo comió un domingo
ántes de entrar la Cuaresma.

85.

Grande muy grande
mayor que la tierra,
arde y no se quema,
quema y no es candela.

86.

Dos torres altas
dos miradores,
un quita moscas
y cuatro andadores.

87.

Me pongo la capa para bailar,
me quito la capa para bailar,
yo no puedo bailar sin la capa,
y con capa no puedo bailar.

88.

Muchas lamparitas
muy bien colgaditas,
siempre encandiladas
y nadie las atiza.

89.

El ave de cocornico
tiene alas, patas y pico,
y la madre de cocornico
no tiene alas, ni patas, ni pico.

90.

Con mi cara encarnada
y mi ojo negro,
y mi vestido verde
el campo alegro.

91.

Una torre abovedada
sin ventana ni postigo,
si no me lo aciertas
no te lo digo.

92.

Campo blanco,
semilla negra,
dos que la ven,
uno que la siembra.

93.

Un quintin,
dos quintales,
un garavin
y dos garavales.

94.

Señores, de Francia vengo,
que mi padre es cantador,
traigo los hábitos blancos
y amarillo el corazon.

95.

Iglesia chiquita,
gente menudita,
sacristan de palo,
¿á que no me lo aciertas en un año?

96.

En alto me veo,
moros veo venir
y no puedo huir.

97.

La madre es buena,
el hijo no,
el hijo vuela,
la madre no.

98.

Es tan grande mi fortuna
que estreno todos los años,
un vestido sin costura
de colores salpicado.

99.

Verde en el campo,
negro en la plaza,
y colorado en casa.

100.

Largo larguero
Martin Caballero,
calzas coloradas
y penacho negro.

101.

Ave tengo yo por nombre
y es *llana* mi condicion,
el que no me lo acertase
le digo que es un simplon.

102.

Alto altero
gran caballero,
gorro de grana
capa dorada.

103.

Cuatro losas,
cuatro pelosas,
dos esparavanes,
y un oseador de moscas.

104.

Altos padres,
chicas madres,
hijos prietos,
y blancos nietos.

105.

Hablo y no pienso,
lloro y no siento,
rio sin razon,
y miento sin intencion.

106.

Arca chiquita, de buen parecer,
ningun carpintero la ha podido hacer,
sino Dios con su poder.

107.

El boticario y su hija,
el médico y su mujer,
se comieron nueve huevos,
y les tocaron á tres.

108.

Un huevecito prieto,
con su huevero,
y que tiene muy alto
el ponedero.

109.

Un convento muy cerrado,
sin campanas y sin torres,
con muchas monjitas dentro
haciendo dulce de flores.

110.

Una arquita muy chiquita,
y blanca como la cal,
que todos saben abrir,
pero ninguno cerrar.

111.

De siete hermanas que somos,
yo la primera nací,
y la más pequeña soy;
¿cómo podrá ser así?

112.

Veinte patos caminaban,
todos al mismo compás,
y los veinte caminaban
con una pata no más.

113.

Cuatro caballitos,
que todos danzan,
y por más que corren
nunca se alcanzan,

114.

Cincuenta damas,
cinco galanes,
ellos piden pan,
ellas piden ave.

115.

Una torre muy alta, muy alta,
á la que la cal y el canto le falta
tiene bóvedas más de un ciento,
y la lleva y la trae el viento.

116.

Entre sábanas de holan
y cortinas de marfil,
parió la Reina un infante
más verde que el perejil.

117.

Grande cuando niña,
grande cuando vieja,
y chica en la edad media.

118.

Es tanto mi poderío,
que si mil hijos tuviera,
á cada cual su corona
le pondria en la cabeza.

119.

Aliqué, aliqué, aliqué,
que no tiene alas, ni pico, ni piés,
y su hijo el aliconcillo
tiene alas, patas y piquillo.

120.

Pingue, pingue, está pingando,
mango, mango, lo está mirando;
si pingue, pingue, cayera,
mango, mango, lo cogiera.

121.

Tiene la cara de oso,
tiene cabeza de vaca,
tiene dientes en las patas,
y nace en un calabozo.

122.

Más de cien damas hermosas
ví en un instante nacer,
encendidas como rosas,
y en seguida fenecer.

123.

En un huerto no muy llano
hay dos cristalinas fuentes;
no está á gusto el hortelano
cuando crecen las corrientes.

124.

¿Quién fué el que nunca pecó,
ni jamás pudo pecar,
y que se vino á encontrar
en la Pasion del Señor,
y no se pudo salvar?

125.

Nací como clavellina,
me crié como redoma,
de los huesos de mi cuerpo
todo el mundo se enamora.

126.

Yo sé de una campanilla
que tan de quedito toca,

que no la pueden oir
no más que las mariposas.

127.

Unas regaderas
más grandes que el sol,
con que riega el campo
Dios Nuestro Señor.

128.

Cuatro caballitos
van para Francia,
por mucho que corran
nunca se alcanzan.

129.

Blanca como la paloma,
negra como la pez,
habla y no tiene lengua,
anda y no tiene piés.

130.

Desde que nací soy viuda,
y lo más extraño ha sido,
que nunca me ví casada
ni he conocido marido.

131.

Soy un señor encumbrado
ando mejor que el reloj,
me levanto muy temprano,
y me acuesto á la oracion.

132.

Mandóme Dios que volase,
y obedecíle veloz;
y así por do quier que pase,
canta sus glorias mi voz.

133.

Verde fué mi nacimiento,
encarnado mi vivir,
y negra me fuí poniendo
cuando me quise morir.

134.

Crió Dios dos avecitas
en el vivir tan conformes,
que la que come no bebe,
y la que bebe no come.

135.

Un gatillo ví que hacia,
no es mentira ni lo invento,
con una piedra en la boca
un relámpago y un trueno.

136.

Una cosa que tiene ojos de gato,
orejas de gato, patas de gato,
rabo de gato, y no es gato.

137.

Ayer vinieron,
hoy han venido,
vendrán mañana
con mucho ruido.

138.

¿Qué es lo que se dice una vez en un minuto y dos en un segundo?

139.

Doña Ursula de Mendriola
está en su cuarto, triste y sola,
la, cátala, *la*, mírala,
la, escúchala.

140.

Entre los ciento cincuenta
hay una tela estirada,
no es de hilo, ni de seda,
ni tejida, ni labrada.

141.

Entre unas paredes blancas
hay una rosa amarilla,
que se puede presentar
al mismo Rey de Castilla.

142.

Entre pared y pared
hay una santa mujer
que con el diente
llama á la gente.

143.

En el campo se crió,
verde como la esperanza,
de los hombres es amigo,
y á las mujeres espanta.

144.

Alto y más alto,
redondo como un plato,
negro como la pez,
¿á que no me lo aciertas en un mes?

145.

Una cajita redonda,
blanca como el azahar,
se abre muy fácilmente,
y no se puede cerrar.

146.

Vueltas y vueltas
doy sin cansarme,
mas si no bebo
paro al instante.

147.

Largo, largo,
como un budillo,
redondo, redondo,
como un ovillo.

148.

Vestida nací,
por más gentileza,
cortáronme gentes
mi pobre cabeza,
ando por el mundo, gimiendo y llorando
y con lágrimas negras voy hablando.

149.

Una vieja va por brevas,
y las coge sin mirar,

blandas, duras, chicas, grandes,
y de Dios viene *enviá*.

150.

Estando quieto en mi casa
me vinieron á prender,
mi casa se salió por las ventanas
y yo preso me quedé.

151.

En Granada hay un convento,
y más de mil monjas dentro,
con hábito colorado,
cien me como de un bocado.

152.

¿Quién será la desvelada,
lo puedes tú discurrir,
de dia y noche acostada,
sin poder nunca dormir?

153.

Incapaz soy de llorar,
doy amparo al peregrino,
por mis ojos de contino
lágrimas corren al mar.

154.

Fuí al campo, y corté un palo
que no tenia ni un geme de largo,
hice dos mesas, dos artesas,
y un canastito para coger cerezas.

155.

Delante de Dios estoy,
entre cadenas metida,
ya me suben, ya me bajan,
ya estoy muerta, ya estoy viva.

156.

Millares de hermanos,
rubios como yo,
le damos la vida
al que nos tiró.

157.

Grandes patazas,
chicas manitas,
lindos colores
en mis alitas,
salto, y no sé
dónde caeré.

158.

Dábale *arroz* á la *zorra*
Juanilla,
empiezo por *a* y acabo con *z*
y no soy cartilla.

159.

Tiene cuatro piés, y no es banco;
tiene golilla, y no es escribano;
toca el clarin, y no es clarinero;
hace albóndigas, y no es cocinero.

160.

¿Qué hora es en que rezamos,
se oculta el sol detrás de los goteros,

y se entristecen los amos,
y se alegran los jornaleros?

161.

Una torre muy alta, muy alta,
que cal y canto le falta,
tiene bóvedas más de un ciento,
y la lleva y trae el viento.

162.

Guardada en estrecha cárcel
por soldados de marfiel,
está una roja culebra
que es la madre del mentir.

163.

Yo estoy hecho mil pedazos,
tengo una mano y un brazo
en la mitad de mi cuerpo.

164.

Dos hermanitos
muy igualitos,
en llegando á viejecitos
abren los ojitos.

165.

Cien redonditas
en un redondon,
un mete y un saca,
un quita y un pon.

166.

En aquel rinconcito
hay un viejecito,
sacándose la tripita
poquito á poquito.

167.

Madre me labró una casa,
sin puertas y sin ventanas,
y cuando quiero salir
rompo ántes la muralla.

168.

Soy chiquita, soy medrosa,
y tengo miedo del Bú,
así apenas anochece
cuando me enciendo mi luz.

169.

Una dama hermosa
corre su fortuna,
corta sin tijeras,
cose sin agujas.

170.

Cien murciélagos y un gorrion,
¿cuántas patas y picos son?

171.

Tamaño como una jaula,
y cabe en él una dama.

172.

De dia morcilla,
de noche tripilla.

173.

Fuí al campo
sembré tablitas, tablotas,
me nacieron guititas,
de las guititas me salieron pelotas.

174.

Por el aire va volando
sin plumas ni corazon,
al vivo le da sustento,
y al muerto consolacion.

175.

Tamaño como un pepino,
y va dando voces por el camino.

176.

Dos arquitas de cristal
que abren y cierran sin rechinar.

177.

Tamaño como un queso,
y tiene media vara de pescuezo.

178.

Cuando baja rie
cuando sube llora.

179.

¿Me adivinas, por fortuna,
cuál es el ave que no tiene pluma?

180.

Estudiante de letra menuda,
¿cuál es el ave que vuela sin plumas?

181.

Negro como un curita,
y no se cansa de hacer bolitas.

182.

Tamaño como una taza,
y tiene su cabellera en la panza.

183.

Cuando calor tengo, *frio*,
y no *frio*, sin calor.

184.

Pico de cuerno,
ala de ave,
la rodilla para atrás,
y anda adelante.

185.

Una iglesia blanca,
sin puerta y sin tranca,
no entra en ella luz alguna,
ni de vela, ni de sol, ni de luna.

186.

Capilla sobre capilla,
capilla del mismo paño,
como yo no te lo diga,
no lo aciertas en el año.

187.

Vuela sin alas,
silva sin boca,

azota sin manos,
y tú ni lo ves, ni lo tocas.

188.

María Penacho
tuvo un muchacho,
ni muerto, ni vivo,
ni hembra, ni macho.

189.

Yo he visto á una pastora,
pelada, muda, pancicuda,
que tenia unos hijos
pelados, mudos, pancicudos.

190.

Verde fué mi nacimiento,
y yo blanca me volví;
las cinco llagas de Cristo
se representan en mí.

191.

Hay en una plaza nueva
un monte, y en él dos cuevas,
más abajo un hondo pozo,
que tiene su brocal rojo,
altas ventanas iguales,
en ellas dos niñas cucas,
que por entre sus cristales,
todo lo ven, y todo lo cucan.

192.

Largas varetas,
ni verdes, ni secas,

ni con agua regadas,
ni en tierra sembradas.

193.

Una copa redonda y negra,
boca arriba está vacía,
y boca abajo está llena.

194.

En alto se sube, y no á predicar,
todos le piden, y á todos la da.

195.

Follisquillo estaba buscando,
Rabolargo lo estaba mirando,
si no hubiera sido por el agujerillo,
¡qué hubiera sido del pobre de Follisquillo!

196.

Tiene hojas, y no es nogal,
tiene pellejo, y no es animal.

197.

Mi comadre la negrilla
va camino de Sevilla
en un borrico de tres piés,
aciértame lo que es.

198.

El pajarillo chuchurumbete
tiene cuatro patas y no es banquete,
husma y no es podenco,
hace tinajas y no es tinajero,
aciértamelo, compañero.

199.

Una colcha muy remendada,
y no tiene una puntada.

200.

El mismo camino andamos,
ni nos vemos, ni nos encontramos.

SOLUCION DE LAS ADIVINAS INFANTILES.

1. Las estrellas.
2. Los tres muertos.
3. El brocal del pozo.
4. De agujeros.
5. Las tejas.
6. La cebolla.
7. El caracol.
8. El rio.
9. Los botes de la botica.
10. Lo escrito.
11. Los cabellos.
12. La boca y los dientes.
13. La escopeta.
14. El carrillo.
15. Los rayos del sol.
16. Los revoltillos.
17. La caja de muerto.
18. El Ave-María.
19. El carnero.
20. El papel.
21. El cigarron.
22. El reloj que da los cuartos de hora.
23. El féretro.
24. La oscuridad.
25. Vino y vinagre.
26. Las tijeras.
27. El huevo.
28. El humo.
29. La vela.
30. La luz.
31. El tejado.
32. El humo.
33. La pasa.
34. La piña.
35. El huevo.
36. La mazorca.
37. El dedal.
38. El garbanzo.
39. Hermanos.
40. El reloj de torre.
41. La madre, la hija y la nieta.
42. El escarabajo.
43. El altramuz.
44. El boton.
45. A la luna.

46. La pulga.
47. La luz.
48. El sombrero.
49. El rábano.
50. La aguja.
51. Los cangilones de la noria.
52. La araña.
53. La nieve.
54. El bonete.
55. La m.
56. La boca y el brazo.
57. La cerca.
58. El velon.
59. Las letras.
60. La escoba.
61. Las naranjas.
62. Es su madre.
63. La sanguijuela.
64. La luna.
65. La nube.
66. El trigo.
67. El año.
68. El buey.
69. La letra o.
70. Bautismo.
71. El huevo.
72. El ciruelo.
73. El pimiento.
74. Un hombre que comia un pié de puerco y el perro.
75. El caracol.
76. Los dedos.
77. Sandía.
78. La vaca.
79. El pero.
80. El anafe.
81. El gallo.
82. La perra, el sarmiento y la uva.
83. El reloj de pared.
84. Se la comió Domingo.
85. El sol.
86. El toro.
87. El trompo.
88. Las estrellas.
89. El haba y el coco.
90. La amapola.
91. La caña.
92. Lo escrito.
93. El peso.
94. El huevo.
95. El pimiento.
96. El reloj de torre.
97. El coco y el haba.
98. La culebra.
99. El carbon.
100. El fuego, la llama y el humo.
101. Avellana.
102. El gallo.
103. El buey.
104. Pinos, piñas y piñones.
105. El loro.
106. La nuez.
107. La hija del boticario era mujer del médico.
108. La bellota.
109. La colmena.

110. El huevo.
111. La cuaresma.
112. Veinte machos con una hembra.
113. La devanadera.
114. El Rosario.
115. Las cañas.
116. La cebolla.
117. La sombra.
118. El granado.
119. El haba y el coco.
120. La morcilla y el gato.
121. El grillo.
122. Las chispas.
123. Los ojos y el llanto.
124. El gallo.
125. La granada.
126. La flor campanilla.
127. Las nubes.
128. La devanadera.
129. La carta.
130. La flor viudita.
131. El sol.
132. El viento.
133. La mora.
134. El mosquito y el coco.
135. El gatillo de la escopeta.
136. La gata.
137. Las olas de la mar.
138. La luna.
139. La lengua. (Se pronuncia haciendo un chasquido.)
140. La tela de la granada.
141. El huevo.
142. La campana.
143. Lagarto.
144. El sombrero.
145. El huevo.
146. El molino.
147. El pozo.
148. La pluma.
149. La muerte.
150. El pescado cogido en las redes.
151. La granada.
152. La estera.
153. El puente.
154. La bellota.
155. La lámpara.
156. El trigo.
157. El cigarron.
158. Arroz.
159. El escarabajo pelotero.
160. La oracion.
161. La caña.
162. La lengua.
163. El reloj.
164. Los zapatos.
165. El pan y el horno.
166. El candil.
167. El pollo.
168. La luciérnaga.
169. La lancha.
170. Dos patas y un pico.
171. El pollero.
172. La media.
173. Sandías.
174. La abeja.

175. El cencerro.
176. Los ojos.
177. La sarten.
178. El carrillo.
179. El Ave-María.
180. Murciélago.
181. Escarabajo.
182. Cebolla gallega.
183. La sarten.
184. La gallina.
185. El huevo.
186. La cebolla.
187. El viento.
188. El huevo.
189. La culebra.
190. La flor de la jara.
191. La cara, nariz, boca y ojos.
192. Los rayos del sol.
193. El sombrero.
194. El carnicero.
195. El raton y el gato.
196. El libro.
197. Las trévedes.
198. El escarabajo.
199. El cielo nublado.
200. Los zarcillos.

ORACIONES, RELACIONES Y COPLAS
INFANTILES.

L'ignorance manque de foi.
(A la ignorancia le falta la fe.)

M. RAYMOND.

Los hombres disipados y groseramente corrompidos se hallan ménos apartados del reino de Dios que los filósofos soberbios y cuestionadores.

LEGNS. — *(Exámen del Cristianismo.)*

La revelacion ha sido dada para los sencillos de espíritu y de corazon, que creen porque *sienten*, y no porque *saben*.

CARLOS NODIER.

Ce sont les choses simples qui émeuvent le plus les cœurs profonds, et les esprits intelligents.

ALEXANDRE DUMAS.

(Las cosas sencillas son las que más conmueven á los corazones profundos y á los entendimientos inteligentes.)

MÁXIMAS.

QUE REPETIA UN EXCELENTE PADRE Á SUS HIJOS.

Presencia de Dios.

Haz lo que hagas.

Busca á Dios en todas las cosas.

Los ojos en el cielo (al acostarte).

Aprende la mortificacion, ahora que eres inocente.

No seas curioso sino para ser caritativo.

No disputes ni contigo mismo.

Huye de la distraccion como de un grande enemigo.

Ociosidad... ni para descansar.

Busca los amigos entre los de tu estado.

Levántate temprano y tendrás buen humor.

El primer pensamiento para Dios (al levantarte).

Aprende á comer lo que no te gusta, y no busques con afan lo que te gusta.

Deja el mundo detrás de la puerta (al entrar en la iglesia).

Las revoluciones son la cobertera de la impiedad.

Todo lo que te sobra es de los pobres.

Piensa que todo lo que tienes de malo es tuyo, y lo que tienes de bueno es de Dios.

No maltrates á los animales, que no pueden pedir consuelo para lo que sufren.

No digas jamás: haré, sino hago; ni iré, sino *voy*.

No observes las faltas del prójimo, sino sus buenas obras.

No mires lo que has andado, sino lo que te falta que andar.

No mires á los que están más alto, sino á los que están más abajo.

En verano piensa en los herreros, y en invierno en los que recogen la nieve.

No quieras nada, y lo tendrás todo.

No dispongas del dia de mañana.

La cera se derrite, y cada gota ¡quién sabe lo que vale! (Cuando tardaba en vestirse para ir al templo.)

El callar es azúcar.

Aprovechar el tiempo, que vale el cielo.

No te afanes por gozar.

ORACIONES Y RELACIONES

INFANTILES.

La más corta y primitiva es la que en Valencia enseñan las madres á sus niños al levantarlos por la mañana de su cama, y llevándolos medio desnudos y áun medio dormidos, y arrodillándolos ante una imágen de la Señora del Amparo, y haciéndolos balbucear estas palabras:

¡Madre, pan!

ORACION DE LA MAÑANA.

Bendita sea la luz del dia
y el Señor que nos la envia;
tenga usted muy buenos dias.

AL ACOSTARSE.

A acostarme voy, sola y sin compaña,
la Vírgen María está junto á mi cama;
me dice de quedo: mi niña, reposa,
y no tengas miedo de ninguna cosa.

OTRA.

Señora Santa Ana,
de Cristo abuelita;
duérmeme en tus faldas
que soy chiquitita.

Custodia mi sueño,
no dejes me aflija,
ni mal, ni desvelo,
ni la pesadilla.

AL IRSE A JUGAR.

ANTE UNA IMÁGEN DE LA SEÑORA.

Madre mia querida,
vuestra esclava soy,
con vuestra licencia
á jugar me voy.
Con vuestra mano bendita
madre de mi corazon,
aunque soy pecadorcita,
echadme la bendicion.

DESPUES DE COMER.

Bendito sea el Señor,
que nos ha dado de comer
sin merecerlo.
(Todos) Amen.

Como nos da sus dones,
nos dé su gracia.
Amen.

Dios se lo dé
al pobrecito que no lo tiene.
Amen.

AL SER LA ORACION.

El ángel del Señor anunció á María.
(Se reza un Ave-María.)

Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí segun su palabra.

(Se reza otra Ave-María.)

El hijo de Dios se hizo hombre, y habitó entre nosotros.

(Tercer Ave-María.)

Recibid, Vírgen María,
estas tres Ave-Marías
que esta tu esclava te envía.

La primera por los que están en la agonía.

La segunda por los que están en pecado mortal.

La tercera por los que están en la mar ó en peligros de la tierra.

Las pongo en las manos vuestras,
para que nos sean perdonados
nuestras culpas y pecados.
Amen.

AL OIR LA CAMPANILLA
QUE ANUNCIA EL VIÁTICO.

(Un Padre Nuestro.)

En gracia te reciba el alma que te desea.

AL TOQUE DE ANIMAS.

Animas benditas fieles,
que en el purgatorio estais,
que amargas penas pasais
y tormentos mil crueles,
el Señor que os redimió,
tenga por bien el llevaros
á la gloria que os ganó.

AL PASAR EL VIATICO.

Jesucristo va á salir,
yo por Dios quiero morir,
porque Dios murió por mí.
Los ángeles cantan,
la Vírgen lo adora,
bendito el Señor
que sale á estas horas.

Ántes de haber, cual existen hoy, colegios para las niñas, habia *amigas*, en las que sólo se enseñaba la doctrina cumplidamente, coser y bordar con perfeccion, leer y escribir.

Como la enseñanza era sencilla, así lo eran tambien las arenguitas que en los exámenes (á los que sólo asistian contadas personas) decian las niñas, en las que no brillaba el arte por cierto, sino la más completa sencillez.

Vamos á trasladar aquí algunas, aunque insignificantes, pero graciosas.

Téngase presente que las que hablan son oradoras de cuatro á seis años.

Aquí vengo no sé á qué
con mi barba de conejo,
¡ay! ¡quién comiera á un viejo
que fuese de mazapan!
¡ahá! ¡ahá!
como soy tan chiquita ya no sé más.

Aquí vengo no sé á qué
por darle gusto a mi abuela,
y que me digan las gentes,
anda, niña, que eres fea.
No digo que soy bonita,

ni que tengo garabato,
pero tengo un no sé qué
que engatusa á más de cuatro.

Aunque me dicen mocosa
tengo mi pelo peinado,
y lavadita mi cara,
tengo mi guiñar de ojos (los guiña),
tengo mi sacar de pata (saca el pié).
¿Y esta posturita es buena?
¿y esta posturita es mala?
Pues más de cuatro quisieran
darme un besito en la cara.

Yo soy doña Ana de Chaves
la de los ojos hundidos,
casada con tres maridos;
todos fueron capitanes,
murieron en las milicias.
Donde murieron mis padres,
dejándome por herencia
manos blancas y ojos negros;
beso á usted las suyas, señor caballero.

Aquí vengo no sé á qué,
la maestra lo ha mandado,
¡ay! ¡Jesús! que me ha costado,
¿no se lo dije yo á usted?
un granito de pimienta.

Tambien hace su papel,
perdone vuestra merced,
que como soy tan chiquita
mi relacion tambien lo es.

ASUNTOS RELIGIOSOS.

LOS MANDAMIENTOS.

Alma, atiende y escucha
estos cantares,
porque correccion tengas
en tus maldades.
Observar diez preceptos
Dios ha mandado,
aquel que los guardare
será premiado.

I.

Sobre todas las cosas
has de quererlo,
ni por el mundo entero
has de ofenderlo.

II.

Su santo nombre en vano
jurar prohibe.
Con verdad y justicia,
sí, lo permite.

III.

Santifica las fiestas
oyendo misa,
sin trabajar en cosa
por muy precisa.

IV.

Honrar á padre y madre
tambien previene,
y ensalza á quien á todo
respeto tiene.

V.

Si á alguno mal deseas,
ó bien la muerte,
contra Dios has pecado
y gravemente.

VI.

Que seas puro y casto
te manda el sexto,
en palabras, en obras
y en pensamientos.

VII.

No quites nada á nadie,
porque lo hurtado
nunca luce, y lo mismo
lo mal ganado.

VIII.

Al prójimo no trates
con falsedades,

mentiras, testimonios,
mas con verdades.

IX.

El que en mujer ajena
pone el deseo,
al Cielo y á su prójimo
ofende á un tiempo.

X.

Ten siempre los sentidos
muy vigilantes,
para que el enemigo
no los contraste.
Caridad, fe, esperanza,
son los motivos
que hacen á Dios y al hombre
finos amigos.

JESÚS AL ALMA.

Si dejarte yo tu cruz
es prueba de amor muy clara,
¿por qué llegas á afligirte,
como si yo no te amara?
Aunque quieras tú dejarla
esa cruz, juzgo que nó,
¿pues á ayudarte á llevarla
cuándo me he negado yo?
Pues si á todos favorezco
y sus gemidos me inflaman,
¡cuánto más yo compadezco
á aquellos que á mí me aman!
Si luégo que el sér te dí,
quise al cielo destinarte,
¿cómo he de dejar de amarte,
si te crié para mí?
Si no dejé de llamarte
cuando de mí te apartabas,
ya que me buscas y alabas,
¿por qué no he de perdonarte?
De que estás á mi cuidado
y no quiero condenarte,
la mayor prueba te he dado
que fué, morir por salvarte.

CONVERSION DE SAN AGUSTIN.

Por las orillas del mar,
segun lo afirman diversos,
se paseaba Agustin,
confuso su entendimiento,
por la disputa de Ambrosio,
sostenida en aquel tiempo.
Va imaginando entre sí,
y estas palabras diciendo:
«¿Es posible el creer yo,
«es posible creer esto:
«Tres personas, sólo un Dios,
«sólo uno, y verdadero?
«Que así lo diga mi madre
«no me maravillo de eso,
«que palabras de mujer
«las más se las lleva el viento.
«Pero que lo diga Ambrosio,
«hombre de tanto talento,
«eso causa admiracion
«y en gran confusion me ha puesto.»
Estando en estas razones
vió cerca á un niño muy bello,
el que con una conchita

sacaba del mar soberbio
agua, con la que llenaba
un hoyito que habia hecho.
«Cómo te estás regalando,
«y te estás entreteniendo;
«¡quién fuera como tú eres,
«quién de tu edad y tu tiempo!
«¡qué pensamientos me angustian!
«y turban mi entendimiento!
«Dí, niño, ¿qué hacer pretendes?»
— Agotar el mar pretendo,
respondió el niño. — «Muy árduo
«es, hijo mio, tu empeño,
«más te disculpa la edad
«y no es mucho digas eso.
«Pero, niño, no te canses,
«es el hoyo muy pequeño,
«las aguas del mar son muchas
«y no lograrás tu intento.»
Entónces respondió el niño:
«Más fácil es encerrarlas
«en aqueste hoyito estrecho,
«que no de Dios las grandezas
«en humano entendimiento.»
Y aquel niño se ausentó
tales palabras diciendo.
Entónces dijo Agustin:
«No te vayas, niño bello,
«que me salvas con lo dicho,
«que basta para el discreto.»

LA ORACION DEL SIMPLE.

Habia una mujer muy buena y muy devota que tenia un hijo buenísimo, pero tan simple y falto de memoria, que nunca habia podido aprender sino esta oracion:

Señor mio Jesucristo
dueño de mi corazon,
perdóname mis pecados,
que vos sabeis los que son.
Todos á vos los confieso
con dolor y contricion;
oidme en penitencia,
leed en mi corazon,
y pues lo veis traspasado,
echadme la absolucion.

Siendo ya casi hombre, su madre le llevó á confesar; pero examinado que fué por el confesor, éste le dijo á la pobre que no podia confesarlo por ignorante y simple.

Madre é hijo se echaron á llorar amargamente, al ver al segundo excluido del Santo Sacramento de la Eucaristía.

Miéntras el sacerdote se habia revestido para decir misa, vió sobre el altar un letrero, que desapareció tan luégo que lo hubo leido, y que decia:

Absuelve á ese penitente, cuyo confesor he sido yo cada noche.

LA PASION DE JESUCRISTO

EXPLICADA

CON LAS PIEZAS DE QUE SE COMPONE EL ARADO.*

Del arado cantaré,
de piezas le iré formando,
y de la Pasion de Cristo
misterios iré explicando.

La cama será la Cruz,
la que Dios tuvo por cama.
El truhero que atraviesa
por el dental y la cama,
es el clavo que atraviesa
aquellas divinas palmas.
La telera y la chaveta
ambas á dos forman cruz;

---

* Hemos titubeado si insertar ó no esta composicion en esta coleccion, por poderle parecer á muchos demasiado vulgar y sencilla; pero luégo nos hemos arrepentido de ceder á esta consideracion de respeto humano. No le faltarán simpatías al hombre rústico, que rústicamente, pero con tanta fe y de tan buena fe va esculpiendo los pasos de la Pasion del Señor, no en mármol ni en bronce, sino en su humilde arado.

consideremos, Cristianos,
que en ella murió Jesús.
El timon que hace derecho,
que así lo pide el arado,
significa la lanzada
que le atravesó el costado.
Las belortas son de hierro,
donde está todo el gobierno;
significan la corona
de Jesús el Nazareno.
El yugo será el madero
donde á Cristo le amarraron
y las sogas y cordeles
con que le ataron las manos.
El barreno que atraviesa
la clavija del timon,
significa el que traspasa
los piés de Nuestro Señor.
Los collares son las fajas
con que le tienen fajado;
los cencerros, los clamores
cuando lo están enterrando.
Las toparras que se encuentra
el gañan cuando va arando,
nos significa las caidas
que dió Cristo hasta el Calvario.
El surco que el gañan lleva
por medio de aquel terreno,
nos significa el camino
del Divino Nazareno.
El gañan es Cirineo,
el que á Cristo le ayudaba
á llevar la Santa Cruz
de madera tan pesada.

La semilla que derrama
el gañan por aquel suelo,
significará la sangre
de aquel Divino Cordero.
Casados que teneis hijos
y habeis oido al arado,
atended á su crianza
y procurad enseñarlos.

AL ECCE-HOMO.

El más lisonjero juez,
que para su rey ha habido
por interés de su gracia,
y por no perder su oficio,
En un balcon de su casa,
azotado y escupido,
para que el pueblo lo vea
puso al inocente Cristo.
Despues de noche tan fiera,
amanece el sol teñido
de sangre, y en vez de rayos
puntas de juncos y espinos.
A las llagas de su cuerpo
pegado un rojo vestido,
que tambien lo hicieran rojo
si fuesen blancos armiños.
Veis aquí, les dice, el hombre
á quien desde el cielo dijo
con su voz el Padre Eterno:
«Este es mi hijo querido,
«aquí lo traigo enmendado.»
¡Oh! ¡que extraño desatino!
enmendar su hijo á Dios
tan bueno y tan infinito.

Quita, quita, le responden
viejos, mancebos y niños,
muera, muera muerte infame,
pues hijo de Dios se hizo.
¡Ay! ¡Jesús! Hijo de Dios,
que este nombre y apellido
no lo teneis vos hurtado,
pues sois igual con Dios mismo.
Vírgen santa, decid vos
lo que el ángel os ha dicho,
y de Cristo los profetas
dijeron por tantos siglos.
Y que ese preso azotado,
es aquel que cuando niño
adoraron los tres reyes,
y lo llevásteis á Egipto.
Abonadle, Vírgen bella,
decid que de Dios es hijo,
que puesto que sois su madre
bien valeis para testigo.
Abonada sois, Señora,
todo el bien de Vos nos vino,
bienaventurada os llaman
cuantos son, serán y han sido.
Decid Vos que es el cordero,
Bautista, aunque sois su primo,
que quien por verdades muere,
bien merece ser creido.
Decid, ángeles hermosos,
que este es el mismo que vimos
nacer de amor abrasado,
aunque temblando de frio.
Decid Pedro, Juan y Diego,
que á su padre habeis oido,

que es su hijo, en el Tabor,
si el miedo os deja decirlo.
Llegad presto, que dan voces
en aquel falso concilio,
para que la vida muera,
que es Dios sin fin y principio.
¡Ay! Vírgen, mirad que quitan
á un fiero ladron los grillos,
y á Jesús ponen al cuello
la soga de mis delitos.
Paréceme que decir
gloria de los ojos mios.
más quiere el mundo un ladron
que á Vos, cordero divino.
Mientras le dan la sentencia
almas con tristes suspiros,
decid á su Eterno Padre
que se duela de su hijo.
Señor, aquí está el esclavo,
yo soy de la muerte digno,
pero está cerrado el cielo,
no querrá su padre oiros.
Y más que si Vos causais
su muerte, estará ofendido
de que hableis por su inocencia
siendo el dueño del delito.
Volved á la Vírgen Santa,
y acompañad su martirio,
que tambien mata el dolor
dondo no llega el cuchillo.

RELACIONES RELIGIOSAS.

A la sombra de un olivo
está la Vírgen María,
dándole el pecho á su niño,
y el niño no lo queria.
¿Díme, por qué lloras, niño,
por qué lloras, alma mia?
—No lloro por los azotes,
ni por lo que me dolia,
lloro por los pecadores
que mueren todos los dias,
que el infierno ya está lleno,
y la gloria está vacía.

La Vírgen se está peinando
al pié de Sierra Morena,
los cabellos son de oro
la cinta de primavera.
Por allí pasó San Juan
diciendo de esta manera:
¿Cómo no canta la blanca,
cómo no canta la bella?

— ¿Cómo quieres que yo cante
si me hallo en tierra ajena,
y un hijo que yo parí,
más blanco que una azucena,
me lo están crucificando
en una cruz de madera?
Si me lo quereis bajar
aprisa, en una carrera,
á Nicomedes, á Juan
y á María Magdalena,
tambien las otras Marías,
la Verónica con ellas,
y los dos santos varones
suban por una escalera,
y bajen á mi Jesús,
mi norte, guía y estrella.

Santa Ana parió á María,
y María parió á Dios,
diga usted, ¿cuál de las dos
parió con más alegría?
Unos dicen que Santa Ana,
y otros dicen que María.

ACTO DE AMOR

COMPUESTO POR UNA MONJA.

Crucificado Amor,
en quien mi amor descansa,
cuando de amar las penas
me tienen más penada;
Crucificado Dueño
de aquesta vil esclava,
que á honor de fiel esposa...
tu inmenso amor exalta;
Mansísimo Cordero,
que cuando más te ultrajan,
sufriendo con silencio
más tu inocencia clama;
Jesús, amado mio,
vida y bien de mi alma,
á quien mi amor redujo
á ser blanco de infamias;
Cuando en la cruz te miro
entre mortales ánsias,
de tres clavos pendiente
vertiendo sangre tanta;
La que ofreces amante
en cinco fuentes claras,

para regar la tierra
estéril, de mi alma;
Cuando miro tu frente
de espinas taladrada,
y que tus ojos ciega
la sangre que los baña;
Cuando miro tus lábios,
en quien la esposa santa
quiso imprimir los suyos,
á fuer de enamorada;
Cárdenos, desunidos,
la sed que te aquejaba
de padecer, explican:
¡oh Piedad Soberana!
Cuando así te contemplo
lleno de angustias tantas,
y tu sagrado cuerpo
hecho todo una llaga;
Si heridas te penetran
tus piadosas entrañas,
á mí herida me dejan
el corazon y el alma.
Herida de tu amor,
herida y traspasada
de un ardiente deseo
de estar crucificada;
En la cruz con mi Cristo,
mi bien y mi esperanza,
mi amor, mi rey y esposo
y centro de mis ánsias.
¡Oh, mi Jesús benigno,
quién se viese engolfada
en ese mar amargo,
y dulce á quien te ama!

SAETAS DE SEMANA SANTA.

Viendo Cristo que su muerte
se venia tan cercana,
llamó á su Madre prudente,
y con discretas palabras,
se despidió de esta suerte:
Quedad con Dios, madre mia,
vuestra bendicion espero,
porque ya es llegado el dia
que enclavado en un madero,
se cumplan las profecías.
Tambien de mi padre espero,
que me dé su bendicion,
que voy á Jerusalem
á padecer mi Pasion.
—Hijo, si te fuere grato,
por tí padeciera yo
tu Pasion, para aliviarte.
—No, Madre; quedad con Dios,
que no puedo consolar
tal sentimiento y dolor.
Llegó al huerto, hizo oracion
por todos los que vivian,
y en santa contemplacion,

gotas de sangre corrian
para nuestra Redencion.
Por el pecador pedia,
entre angustias anegado,
en mortales agonías,
un ángel le ha confortado
que el Padre Eterno le envía.
Nuestro amado Redentor,
en quien se halla todo bien,
por el hombre pecador,
se acercó á Jerusalem
conducido por su amor.
Con una pompa imperial
va el humilde caminante;
para librarnos del mal
á Jerusalem triunfante
entró el pastor celestial.
Puesto Jesús en la mesa
el pan bendice diciendo:
Este es mi cuerpo, promesa
y gran milagro estupendo
que al Serafin embelesa.
Con el cáliz en la mano,
hizo igual ofrecimiento,
y sus lábios soberanos
han dejado al Sacramento
para el bien de los cristianos.
Ya lo llevan al Calvario,
al són de ronca trompeta,
y el inícuo de Pilatos
le ha leido la sentencia.
La cruz le pone por cama
aquella gente maligna;
y luégo por cabecera

una corona de espinas.
El sol se vistió de luto,
y la luna se eclipsó,
los elementos temblaron
cuando murió el Redentor.

Una corona le ponen
de espinas setenta y dos,
que le traspasan las sienes
y á su madre el corazon.

De tal manera lo vió
que á San Juan le preguntó:
«¿Cuál de los tres es mi hijo
«que no lo conozco yo?»

COPLAS DE NOCHE-BUENA.

De frio tiritando
Jesús niño está,
demostrando al mundo
su santa humildad.

Su tierna cabeza
quiere recostar
en un vil pesebre
dó pajas están.

Los palacios deja,
porque quiere dar
al género humano
leccion de humildad.

A grandes ciudades
ved como no va,
prefiriendo á ellas
un pobre portal.

Almas puras, ¿qué os detiene
para venir con fervor
á los campos de Belén
á ver nacer esta flor?

Todos le llevan al niño,
yo no tengo que llevarle,
le llevo mi corazon
que le sirva de pañales.

Entre pajas nació Dios,
que tanto amó la pobreza
¿pues si el mismo Dios la amó,
quién de ser pobre se queja?

La Vírgen María
su pelo tendió,
hizo una cadena
que al cielo llegó.

La Vírgen María
va pisando nieve,
pudiendo pisar
rosas y claveles.

¡Viva la Vírgen pura,
viva la Nazarena,
viva nuestra alegría,
viva la Noche-Buena!

Los reyes magos vinieron
guiados por una estrella,
y yo, Señora, he venido
guiado por tu luz bella.

La Vírgen va caminando
por los montes de Judea,
Santa Isabel la recibe
en su casa, placentera,
y San Juan Báutista,
que en su vientre estaba,
se hincó de rodillas
y á Dios adoraba.

REFRANES Y MÁXIMAS POPULARES

RECOGIDOS EN LOS PUEBLOS DE CAMPO.

REFRANES

Y

MÁXIMAS POPULARES.

El que por necesidad juega, por necesidad pierde.

Hay muchos tunos de un mismo pelo.

Una mano lava la otra y las dos la cara.

El que dispone de su caudal ántes de su muerte, merece que le dén con una porra en la frente.

Trabajo hecho marchante aguarda.

Lo que no se empieza no se acaba.

El vino sobrante es para el ayudante.

Predicar á niños, confesar á monjas y espulgar á perros es tiempo perdido.

A un alevoso dos traidores.

Lo mismo da morir de moquillo que de garrotillo.

Si por beber no he de ver, adios luz.

Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo paso de aquí.

Los viejos son como los cuernos, duros, huecos y retorcidos.

Donde yeguas hay potros nacen.

Debajo de ceniza están las ascuas.

La peseta, la vela y el entierro, por donde quiera.

A la pesca y á la caza cachaza.

En cama de galgos no busques mendrugos.

Qué buen pueblo de pesca si tuviera rio.

No es zorra, ni lobo, ni anda el camino, pero bebe buen vino.

No hay mejor andar que no parar.

En un cortijo grande el que es tonto se muere de hambre.

En el cortijo que no hay chiquichanca ni casero, el último lava el caldero.

Miéntras descansas machaca granzas.

Ese es maestro de todas las ciencias y oficial de cosa ninguna.

Despues de vendimias cuévanos.

Al zorro durmiente nunca le canta grillo en el vientre.

Tú que no sabes me das lecciones.

Al paño con el palo y á la seda con la mano.

Sin espuela y freno no hay caballo bueno.

Sácame de hora y no me saques de paso.

Se aplicó la vieja á los berros, y no dijo verdes ni secos.

Asno de muchos, lobos se lo comen.

Aunque no bebo en la taberna huélgome en ella.

Aunque callo piedras apaño.

Quien es ruin en su villa tambien lo será en Sevilla.

Una cautela con otra se quiebra.

Ayunar ó comer truchas.

Becerrita mansa que de todas vacas mama.

Buena vida padre y madre olvida.

Cántaro que muchas veces va á la fuente deja el asa ó la frente.

Derrama la harina y recoge la ceniza.

El campo fértil si no descansa se hace estéril.

El mentir quiere memoria.

El que ha de morir á oscuras, aunque tenga el padre cerero.

En casa del tamborilero todos son danzantes.

Eso quiere la mona, piñoncitos mondados.

Estos cuidados no matan al Rey.

Júntate con buenos y serás uno de ellos.

Robar para dar por Dios.

La cabra de mi vecina da más leche que la mia.

La muerte no perdona ni al Rey, ni al Papa, ni al que no tiene capa.

La verdad adelgaza pero no quiebra.

Lo bien ganado se lo lleva el diablo, y lo mal ganado á ello y á su amo.

Los dedos de la mano no son iguales.

Más vale acostarse sin cena que amanecer con deudas.

Paga lo que debes y sanarás del mal que tienes.

Mucho vale y poco cuesta, á mal hablar buena respuesta.

No es bueno para silla ni para albarda.

No estiendas la pierna más de lo que alcanza la manta.

No lo quiero, no lo quiero, pero échamelo en el sombrero.

Púsose á santiguar y se sacó un ojo.

Un solo golpe no derriba un roble.

Por tomar autos y dar traslados á ninguno han ahorcado.

Al que bueyes ha perdido cencerros se le antojan.

Quien tiene dinero pinta panderos.

Quien recibe á dar se obliga.

Quien traza el mal lo padece.

Riña por San Juan, paz para todo el año.

La pereza es llave de la pobreza.

Si el que bien sirve no medra, el que mal sirve, ¿qué espera?

Si quieres holgura sufre amargura.

Quien no sabe de mal no sabe de bien.

Si te da el pobre es porque más tome.

Trasnochar y madrugar no caben en un costal.

Súfrase quien penas tiene, que tiempo tras tiempo viene.

Tiempo ni hora no se atan con soga.

Unos levantan la caza y otros la matan.

Siembra gratitud y recogerás desengaños.

Ni enfermo que siga así, así, ni guardar dinero en zaquizamí.

El burro que más trabaja más pronto rompe el aparejo.

Ni volver de noche esquina, ni meterte en lo que hace la vecina.

No compres casa en esquina, ni cases con mujer que no entre en la cocina.

En muriendo el arriero se sabrá de quién es la recua.

Para destetar al potro matar la yegua.

Si quieres saber quién es el chiquichanca derrama el agua.

No hay mejor menguante que el acha por delante.

Ni mujer, aunque mala, que no rece, ni saludar á pobre que enriquece.

Ni faltar al que te presta, ni subir corriendo escala ó cuesta.

Ni á hombre que hablando mire al techo, ni en posada alguna usar el lecho.

Ni vestirse de prestado, ni tratar con moza de soldado.

Ni bajar corriendo la escalera, ni casarse con hija de mesonera.

Pan y queso mesa puesta es.

Perdonar al malo es decirle que lo sea.

Para su mal supo la hormiga volar.

Por huir del humo dió en las brasas.

Puercos con frio y hombres con vino hacen gran ruido.

Cual es el varon tal la oracion.

Cual más cual ménos toda la lana es pelos.

Cuando el dinero habla todos callan.

Cuando no aprovecha la fuerza sirva la maña.

Quien abrojos siembra espinas coge.

Cuando truena llover quiere.

Quien come y deja, dos veces pone la mesa.

Donde grándes ollas quiebran, buenos cascos quedan.

Dime de lo que presumes, y te diré de lo que careces.

Dando gracias por agravios negocian los hombres sábios.

Para fiestas iba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo.

El que mal come á la cara le sale.

Beneficios á corporaciones, sufragios por condenados.

Guarda que comer y no qué hacer.

No eches pan á perro que se le cae la cola.

Al freir será el reir, y al pagar será el llorar.

Si quieres vivir en paz, ni prestes dinero ni interés en hermandad.

El que se mete debajo de la hoja dos veces se moja.

Caracoles, higos y brebas, agua no bebas.

El que se come el queso y se bebe la leche, que le busque el pasto á las ovejas.

Deja el vicio por un mes y él te dejará por tres.

El que nada desea todo le sobra.

El que mucho teme algo debe.

Ninguno que beba vino le llame borracho á otro.

Enero caliente al diablo lleva en el vientre.

En Febrero busca la sombra el perro, y en Marzo el perro y su amo.

El que tiene y da no está obligado á más.

El que da lo que ha menester el diablo se rié de él.

Amistad de yerno sol de invierno.

El tio de la zamarra parece que se cae pero se agarra.

Por los piés del difunto se sacan las albarcas.

Satisfaccion sin tiempo sospecha al canto.

A junta de rabadanes oveja muerta.

No por miedo de gorriones se deja de sembrar cañamones.

De tejas abajo cada uno come de su trabajo.

El diablo harto de carne se metió á fraile.

El rosario en la mano y el diablo en la faldriquera.

No adoptes hijos que no has tenido ni mujer de otro marido.

Despues de mujer maldita hábito de Santa Rita.

No está el horno para pasteles.

No hay más yesca que la que arde.

Vanidad y pobreza todo en una pieza.

No puede con la fe de bautismo en papeles.

A quien Dios se lo dá San Pedro se lo bendiga.

El que desea mal á su vecino el suyo viene de camino.

Gato con guante no caza raton.

Arriero que cambia la bota, ó sabe á la pez ó está rota.

En casa del regente la mujer tengas por pariente.

Cuando la carreta se quiebra en el llano de atras le viene el daño.

Buena gente tiene el conde sino se esconde.

Caida soñada sangría dada.

No te arrimes á señor ni á baranda de corredor.

De la viña del vecino sabe mejor el racimo.

El que crea un caudal no lo suele gastar.

Mesa puesta cuestion resuelta.

Lo que hace la zorra en un año lo paga en una hora.

Si cuando chico come grano, ¿qué será cuando marrano?

Para ser pobre no se necesita empeño.

Ave que vuela á la cazuela.

Que convenga, que no convenga, Dios quiere que todos tengan.

Cuando el sargento juega á los dados, ¿qué harán los soldados?

Chanzas cuantas quieras, pero no llegar á las alforjas que se desmigaja el pan.

La yesca de Triana arde cuando le da gana.

Más vale mal afeitado que bien desollado.

Quien no coge la gotera ha de hacer la casa entera.

No quiero morir de cornada de burro ni de patada de gorrion.

Tarde le viene la salud al enfermo.

Más vale dejar en muerte á un pillo un duro, que pedir en vida una peseta á un hombre de bien.

No es lo mismo decir moros vienen que cátalos ahí.

Andar por las ramas sin irse al tronco.

Dure lo que dure como cuchara de pan.

De mis puntadas te reirás, pero de mi dinerillo comerás.

Dále alpiste al canario y verás como canta.

Dos pájaros en una espiga hacen mala liga.

Al buen Diez meterlo en casa.

De esto que nada nos cuesta llenemos la cesta.

El buen paño en el arca se vende.

El papel escrito no tiene empacho.

Lo que no se empieza no se acaba.

Mal juzga del arte el que en él no tiene parte.

Quien á su enemigo popa á sus manos muere.

Quien bien está no se mueva.

El que tiene cuatro y gasta cinco no ha menester bolsillo.

El que se va á casar fuera de su lugar, ó va engañado ó va á engañar.

Quien huye del trabajo huye del descanso.

Quien no habla Dios no le oye.

Quien mucho duerme poco medra.

Ya se murió el borrico y quien lo arrea.

Quien no tiene suegra ni cuñado es bien casado.

Quien pronto se determina pronto se arrepiente.

Quien promete en deuda se mete.

Quien pueda ser libre no se cautive.

El que no quiere cuando puede, cuando quiere no puede.

Quien sólo come su gallo sólo ensilla su caballo.

Quien tiene bien comenzado tiene mucho acabado.

Rábanos y queso tienen la corte en peso.

Reniego de la viña que vuelve hacerse majuelo.

Reniego de la uva que en agraz madura.

Reniego de cuentas con parientes y deudos ausentes.

Reprender á viejos y espulgar vellon, dos necedades son.

Reprende vicios ajenos quien está lleno de ellos.

Rey y enamorado mal se compadecen.

Ruego de Rey mandato es.

Salió del lodo y cayó en el arroyo.

Salamanca á unos sana y á otros manca.

San Miguel de las uvas vienes tarde y poco duras.

Siempre prometes en duda, pues á dar nadie te ayuda.

Si quieres aprender á orar entra en la mar.

Si quieres bien casar casa con tu igual.

Si quieres buen consejo pídeselo á hombre viejo.

Si quieres ser pobre sin sentir, lleva obreros y échate á dormir.

Si quieres tener buena fama no te halle el sol en la cama.

Si las píldoras bien supieran no las doraran por fuera.

Si quieres tener enemigos presta dinero.

Tantas veces da la gota en la piedra que hace mella en ella.

Todo se acaba ménos el amor á Dios.

Amor y más amor sólo á Dios Nuestro Señor.

Va el rey dónde puede y no dónde quiere.

Venid piando y volvereis cantando.

Vístase á un palo y parecerá algo.

Una res mala á todo el rebaño daña.

Zorrilla que mucho tarda caza aguarda.

Zamarra mala dentro la lana, y zamarra buena la lana por fuera.

Zumba con el desigual en casa y zumbará contigo en la plaza.

En la casa de razon sale primero el mayor.

Cosa de huerta no entra en cuenta.

De mala cepa nunca buen sarmiento.

En ahogándose el niño se ciega el pozo.

Al cazador leña y al leñador caza.

Si la víbora viera y el liso oyera no hubiera hombre que al campo saliera.

A buena voluntad nunca falta facultad.

A buen criado no le falta amo.

Cosa mal guardada de ladrones bien robada.

Al que ha de dar no le bastan cien ojos.

Y al que ha de recibir le bastan dos.

El agua lejana no apaga fuego vecino.

Al humo, al agua y al fuego se le hace lugar luego, luego.

Hay quien padece por necesidad, pero el rico avaro por voluntad.

A un ciego mal puede enseñársele el camino.

A hombre gordo camisa larga.

Al amigo de tu vino no le quieras por vecino.

Quien asno nace asno muere.

Quien bien cena bien duerme.

Quien juega de burlas pierde de veras.

El que limpia su caballo no es lacayo.

Al que no quiere caldo darle taza y media.

A largo camino se conoce el hombre.

No hay miel sin hiel.

El amor reina sin ley.

Bando de pueblo dura un dia.

Quien canta en viernes llora en domingo.

El que compra á un magistrado es fuerza que venda á la justicia.

El que cuenta sin Dios no sabe de cuentas.

A buen hambre no es menester salsas.

El buen trigo hace el pan bueno.

Cabeza grande cerebro flaco.

Canta la rana que no tiene ni pelo ni lana.

Uno hace mal asiento.

Carne hace carne.

Vino hace sangre, y el pan mantiene.

El que á la guerra muchas veces va deja la piel ó la dejará.

Un Diablo caza á otro y satanás á todos.

Un buen consejo no se puede pagar.

Un barbero hace la barba á otro.

Un buen huir salva la vida.

Una onza de favor vale más que una libra de justicia.

Lo poco espanta y lo mucho amansa.

Más vale buena fama que cama dorada.

A donde te quieren mucho no entres á menudo.

Ese se parece al perro de la Meca, que ántes que le dén se queja.

Cuando el lobo da en la dula, guay del que no tiene más que una.

Gobierna tu boca segun tu bolsa.

Lo mismo es á cuestas que á hombros.

Sanan llagas y no malas palabras.

No hay caballo, por bueno que sea, que no tropiece.

Eso sucederá en la semana que no traiga viernes.

Al hierro caliente batir de repente.

Buen abogado mal vecino.

Si cantas al asno te responderá á coces.

No es tan pronta la cura como la herida.

Una pared blanca sirve al loco de carta.

Los locos hacen banquetes para los cuerdos.

Manos generosas, manos poderosas.

Nuevos Reyes, nuevas leyes.

Ni ausente sin culpa, ni presente sin disculpa.

No llevarán al asno al agua si no tiene gana.

Quien caminando lleva prisa, en camino llano tropieza.

La desconfianza aparta el engaño.

Más vale la salsa que los caracoles.

El lobo y la vulpeja son de una conseja.

Meter aguja y sacar reja.

Arco siempre armado ó flojo ó quebrado.

Achaques en viernes por comer de carne.

Malhechores y encubridores paga por igual.

A la res vieja aliviarle la reja.

Al malo por rigor y al bueno por amor.

Al que yerra perdonarle una vez, mas no despues.

A mula vieja cabeza nueva.

A pan duro diente agudo.

Quien es de vida, el agua le es medicina.

A quien mucho tememos, mucho queremos.

A quien no le sobra el pan no crie can.

Ayer vaquero y hoy caballero.

Barba á barba honra se cata.

El que á tu casa no va, de su casa te echa.

Bien baila el que la fortuna le hace el son.

Bien se huelga el lobo con la voz de la oveja.

Boca de hiel corazon de hiel.

La buena mano del rocin hace caballo, y la mano ruin del caballo hace rocin.

Buen corazon quebranta mala ventura.

Buenas son mangas despues de Pascuas.

Bueno es un pan con un pedazo.

Cada cuba huele al vino que tiene.

Cada carnero por un pié se cuelga.

Todos los dias olla amarga el caldo.

Cada gallo canta en su muladar.

Eso es cantar mal y por fino.

Comida de hidalgos poca y manteles blancos.

Con pequeña brasa se quema una casa.

Dais por Dios al que tiene más que vos.

Desde la copa hay peligro hasta la boca.

De mañana en mañana pierde el carnero la lana.

Dios me dé contienda con quien me entienda.

Donde hay fuerza derecho se pierde.

Donde se piensa que hay tocino no hay estacas.

Dulce es la guerra para el que no va á ella.

El bien aviva y el mal amortigua.

El tonto si es callado por sesudo es reputado.

El hisopo del herrero, cuándo en el agua, cuándo en el fuego.

El que no duda no sabe cosa alguna.

El trigo y la mujer al candil parecen bien.

En casa de mujer rica, ella manda y ella grita.

Entre prometer y dar tu hija has de casar.

Estorninos y pardales todos quieren ser iguales.

Se fué el pájaro, y se quedó con las plumas.

La vanagloria florece más no engrandece.

Ebro traidor naces en Castilla y riegas á Aragon.

Hidalgo como el Rey, dinero no tanto.

Honra al bueno para que te honre y al malo para que no te deshonre.

Mujer hermosa ó loca ó presuntuosa.

La mujer y la gallina por andar se pierden aina.

La zorra no se anda á grillos.

Libre es la cabra del arado.

Lo que se aprende en la cuna siempre dura.

Mal ajeno no cura mi dolor.

Más vale comprar que rogar á ruines.

Más vale amigo en plaza que dinero en casa.

Más vale vergüenza en cara que mancha en el corazon.

Mayor mal es el que se descubre que el que se cubre.

Mozo vergonzoso el diablo lo lleva á palacio.

Él Alfonso y vos Alfonso, ¿cuánto va de Alfonso á Alfonso?

Mucho prometer es señal de poco dar.

Mujer que habla latin rara vez tiene buen fin.

No hay mejor cirujano que el acuchillado.

No con quien naces sino con quien paces.

No sabe gobernar el que á todos quiere contentar.

Nunca de cuervo buen huevo.

Al que no tiene el Rey lo hace libre.

Quien viejo engorda dos mocedades goza.

Son como las ovejas de San Pedro que pagan unas por otras.

Donde pasaste tu mocedad no lo dejes por mejorar.

Al que se convida le quitan la vida, y al que es haragan lo dejan descansar.

A la tórtola y al moral no los engaña el temporal.

Guarnicion y crin dan venta al rocin.

El que quiera saber mentiras en él.

Ayúdate tú y Dios te ayudará.

Si vas á Beas pon tu capa donde la veas.

La mujer y la gata es de quien las trata.

Mi casa y mi hogar cien ducados valen.

Ese sabe lo que todo el mundo ignora é ignora lo que todo el mundo sabe.

Las faltas de los médicos las tapa la tierra.

El que en la juventud come sardinas en la vejez le salen las espinas.

Nadie toca el tambor sino el que lo tiene.

No vive el leal más que lo que quiere el traidor.

Más vale camino largo que trocha corta.

Eso es como las plantillas de Guillenserren, que si no hacen mal no hacen bien.

Segun es el penitente es menester absolverlo.

Ese médico es como el hijo del doctor Galeno, que al que no estaba malo lo ponia bueno.

La miel está buena, pero amarga la cera.

El que no caza no asa.

Como es el paño se compran los botones.

Segun es el meson así son los huéspedes.

A tu gusto burro y llevaba la carga á palos.

Esa mosca no aguarda el Rey que se la quite otro.

Encargos sin dinero descanso de mi rocin.

El que quiera higos de Lepe que trepe.

Lo que es del agua el agua se lo lleva.

Un hoy vale más que dos mañanas.

Desde que tengo ovejas todos me dan los buenos dias.

El que quiera ponerse rico con su carreta que la guíe él mismo.

Si quieres tener buen criado sírvete á tí mismo.

A cocina grasa testamento magro.

Tanto cuesta mantener un vicio como criar dos hijos.

Las trampas llevan la mentira á cuestas.

Nunca es larga la Cuaresma para el que tiene que pagar en Pascua.

Una palabra deja caer una casa.

Se espera como agua en Mayo.

El que siembra poco no puede esperar gran cosecha.

Más vale saliva de veterano que betun de quinto.

Los enemigos del hombre son tres: espuerta, alcuza y mujer,

El que no sirve para San Miguel sirve para diablo á sus piés.

En casa de señorío no hagas nido.

Eso es como la lluvia que por donde pasa moja.

Lodos en Mayo espigas en Agosto.

En Mayo frio ensancha tu silo.

En el mes de Mayo deja la mosca al buey y toma al asno.

En el mes de Mayo el mastin es galgo.

Agua por Mayo pan para todo el año.

Agua de Mayo mata cochino de un año.

La mejor cepa en Mayo me la echa.

Por Santa Cruz toda viña reluz (reluce.)

Por San Urbano el trigo ha hecho el grano.

Guarda pan para Mayo y leña para Abril.

En Junio hoz en puño para lo seco, mas no lo maduro.

El heno corto ó largo por Junio ha de estar segado.

Cebada granada á los ocho dias segada.

Pocas veces escardar, pocas espigas al segar.

Ajo, ¿por qué no fuistes bueno? Porque no me halló San Martin puesto.

Bendígate Julio, pues Mayo no pudo.

Desde San Bernabé al centeno se le corta el pié.

El dia de San Bernabé dijo el sol aquí estaré.

Por la Magdalena recoge tu higuera.

Arada de Agosto á la estercada da en rostro.

Agosto y vendimia no es cada dia y si cada año.

En Agosto trilla el perezoso.

En Agosto uvas y mosto.

Por Santa María ves á ver á tu viña, cuál la hallares tal la vendimia.

Por Santa María de Agosto repasta la vaca un poco.

Por la de Setiembre aunque al vaquero le pese.

La primera lluvia de Agosto apresura el mosto.

Por agua del cielo no dejes tu riego.

Por San Gil nogueras concluir.

Mes que entra con abad y sale con fraile, guárdale el aire (Setiembre.)

Setiembre, ó lleva los puentes ó seca las fuentes.

La viña donde se hiele, y la tierra donde se riegue.

Vendimia en enjuto cogerás vino puro.

Ni viña en bajo, ni trigo en cascajo.

Por San Mateo vendimian cuerdos y sandios.

Agua por San Mateo puercas vendimias y gordos borregos.

Por San Urban vendimia tu nogal.

Por Setiembre las gallinas vende, y por Navidad vuélvelas á comprar.

En Octubre podarás, mas la encina dejarás.

Por San Vicente toda el agua es simiente.

Por San Vicente abra la mano la simiente.

Cávame en polvo y bíname en lodo, darte he vino hermoso.

Cávame que llore encavado, y bíname que cierna embinado.

Por San Lúcas azafran á pellucas.

Por San Lúcas mata tu puerco y tapa tus cubas.

REFRANES AGRÍCOLAS

Y

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS.

Saben bien los labradores los dias en que la Iglesia rinde especial culto á los santos, y de estos dias se valen para fijar las épocas en que se deben practicar las faenas del campo; ¡hasta agricultor es en España el catolicismo!

Un labrador en pié es más que un grande arrodillado.

Enero mojado, bueno para el tiempo y malo para el ganado.

Enero y Febrero comen más que Madrid y Toledo.

En Enero ni galgo liebrero ni halcon perdiguero.

De flor de Enero nadie hinche el granero.

Pollo de Enero, pluma ó dinero:
(ó se mueren, ó se venden caros.)

El mes de Enero es como buen caballero:
(como empieza acaba.)

Enero de muchos hielos, Febrero de muchas hebras,

Marzo de molinas (aguas menudas), Abril lluvioso y Mayo ventoso, hacen al año florido y hermoso.

En Febrero un rato al sol, y otro...

Cuando llueve por Febrero todo el año ha tempero.

Cuando no llueve en Febrero no hay buen prado ni buen centeno.

Febrerillo el loco no pasó de veintiocho; sacó su padre al sol y despues lo apaleó.

San Matías iguala la noche con los dias.

Año de heladas, año de parvas.

Año de neblinas, año de hacinas.

Año de brevas nunca lo veas.

Año de landres (bellotas), año de landres.

Año lluvioso échate de codos.

En año bueno el grano es heno, y en año malo la paja es grano.

En menguante de Enero corta tu madero.

Cuando por la Candelaria plora, frio fora.

En Febrero mete tu obrero; pan te comerá, más buena obra te hará.

Por San Pablo riqueza en campo.

Tardes de Marzo recoge tu ganado.

Boñiga de Marzo, tira manchas cuatro, y boñiga de Abril, tira manchas mil.

Paja y hierba para Marzo la siega.

Sol de Marzo hiere con mazo.

A quince de Marzo da el sol en la sombría y canta la golondrina.

Niebla de Marzo agua en la mano.

Nieblas en alto aguas en bajo.

En Marzo poda el ricacho y en Abril el ruin.

Cuando Mayo marsea, Mayo marsea.

Quien ara en Abril, su madre no lo habia de parir, y quien ara en Mayo, ni parirlo ni criarlo.

Abril y Mayo son la llave del año.

Entre Abril y Mayo has harina para todo el año.

Llueva para mí Abril y Mayo y para tí todo el año.

En Abril aguas mil, y en Mayo tres ó cuatro, y éstas con recaudo.

Abril frio, pan y vino.

En Abril cada gota vale por mil.

Altas ó bajas en Abril sean las Pascuas.

Enjambre de Abril para mí, el de Mayo para mi hermano.

Frio de Abríl á las peñas vaya á herir.

Al principio y al fin Abril suele ser ruin.

Del garbanzo te sé contar, que por Abril ni ha de estar nacido ni por sembrar.

Por San Márcos bogas á sacos.

Mayo hortelano, mucha paja y poco grano.

A lo tuyo, tú.

Aún no es vino, y ya es vinagre.

Grano de trigo no hace granero, pero ayuda á su compañero.

¿Dónde irá el buey que no are?

Hijos y pollos todos son pocos.

Quien en Mayo se moja en Mayo se seca.

Loca oveja la que al lobo se confiesa.

Cualesquier sementera tiene un dia de sarpa.

Huerta sin agua, casa sin tejado, mujer sin amor y marido descuidado, sòn cuatro cosas que lleva el Diablo.

No fies, ni porfies,
Ni tomes, ni prestes,
Y vivirás con sosiego entre las gentes.

LOCUCIONES POPULARES

ANDALUZAS.

¿Viejas las cosas de Dios? Dios nace cada hora.

Dios está siempre en el mismo lugar.

Dios ni come, ni bebe, pero juzga lo que ve.

Está más alto que el *Inri*.

Eso no lo arranca ni las tenazas de Nicodemo.

Solo en el corazon de María Santísima cupo mayor dolor.

¿Cómo se llama? El dulce nombre (María.)

Está mala, pero ántes de morir se la llevan los ángeles al cielo.

Eso es mucho papel y poco tabaco.

Así paga el diablo á quien le sirve.

Quien no tiene calentura no necesita médico.

Estaba boca arriba y sin resuello (muerto.)

Nada encuentra; se le mandó por agua á la mar, y se vino sin ella.

Maldiciones de becerro no llegan al cielo.

Esto va á acabar á estocadas. — Sí, á estocadas de cuadra.

A veces vale más *callar* por Dios, que *hablar* de Dios.

No quiero bufones; ya no los paga el Rey, porque no los quiere.

¡Toros! Solo el aliento de los toros levanta un chichon.

Los niños en tortilla (muchos reunidos), no hay quien los aguante.

Ese no le pide á Dios que le dé dinero, sino que le ponga junto do lo haya.

Son como los de Fuente Ovejuna, todos van á una.

A ese no se le puede echar agua caliente (porque el pedernal basto salta.)

A mí no me atan corto, que corto la soga.

La memoria juega conmigo al esconder.

Todos están ya sobredorados.

Se duerme sin temor de Dios (del que mal vive con cinismo.)

Sí, como la fuente de la rana, que cuando llueve mana.

Obra hecha, no espera.

Anda que no te picará ningun bicho muerto.

Se agarran de un encalado (muro muy terso.)

Confesion de tambor, absolucion de pito.

Dios no ayuda con nada ajeno.

Cuando asiento mis piés en tierra firme no me los hace menear ni un terremoto.

Llórame pobre, y no me llores solo.

Come más que el rio.

Más torpe que una mano sin dedos.

Fulana, sabe á su casa, y no sabe de juntos.

Dime de lo que blasonas, te diré de lo que careces.

La justicia va en carreta, pero alcanza á todo el mundo.

Eso será en la semana de los cuatro jueves.

El que alabe á fulano no pone más que la boca.

Ese no tiene carmin en las mejillas (vergüenza.)

Para merecer, es preciso padecer.

Un juez más derecho que el dedo de San Juan.

Vargas que tiene más gracia andando que el obispo confirmando.

Quien tal falsedad dice, dice que no hay Dios.

A lo *justo* no llega nada.

El de lo alto (Dios), la tierra de la verdad (el cielo.)

¡Qué delgado estás! ¿Estás estudiando para tabique?

¿Qué remozado está? Parece que lo han retocado.

Oficio no mancha linaje.

Hay quien callando habla, y hablando calla.

Aquello era un jardin de virtudes. — No dejaria de haber alguna cabra coja, porque en todas partes las hay.

Al que quiera saber, poquito y al revés.

A los preguntadores, cortapisas y callar.

Ese tiene escalera de plata (tiene suerte.)

Entre amigos, no hay manteles.

La verdad en Dios, y la justicia en el cielo.

A un juez de palo que fuese, le daria la razon.

Nadie sabe lo que vale un merecido aquí y allí.

¿Lo vió V.? ¿Pues no lo habia de ver? ¿Acaso tenía mis ojos en presidio?

El gazpacho del tio Sandoval mucho caldo y poco pan.

Quiero confesar este año, no me suceda lo que el pasado, que me quedé en barbecho.

Para pronunciar su nombre es preciso agarrarse á una columna.

Sus hijos son tan feos que quitan el hipo.

Un tonto echa una piedra en un pozo, y cien discretos no la pueden sacar.

Ese ha corrido sin piés.

Tan delgada, que cabe holgada en una paja de centeno.

Con un *¡Dios mio!* me acuesto, y con otro *¡Dios mio!* me levanto.

Venia hecha un toro de fuego.

No todos pueden vivir en la plaza.

Cuando le dan á uno las doce comiendo alcanza la bendicion del Papa.

Querer culpar á mi hijo es como querer arrancar los manteles á los altares.

Se debe dejar las cosas, velas en alto.

Cuando Dios estiende su mano alcanza á todas partes.

Más se lleva el diablo al cabo del año.

Quieres que sea como la medicina de Fernando que desde la botica venía obrando.

¡Qué vieja tan fea! Parece la que tuvo el candil la noche que se ahorcó Judas.

¿Qué hora es? Las todas (las doce.)

Gracias, gracias, y me quedo con las ganas de darle á V. más.

Lo digo, y lo dijera con cien bocas que tuviera.

Le voy á dar una guantada de cuello vuelto. — Mire V. que le podrá salir caro. — Cinco duros (la multa.)

Aceituna comida, hueso fuera.

El que no engorda comiendo, no engorda lamiendo.

La herramienta (la mano) es menester que coma.

Guárdate de fulano. — Su pellejo guarda al mio.

No sé que ha sido de él, ni hoja ni rama, no sé si lo tengo que honrar vivo, si lo tengo que honrar muerto.

El que no se siente de una mala razon no se siente de una puñalada.

Como la guitarra es mia toco por donde me parece.

Este año es borracho, y hemos de beber el agua sin bajarnos.

Las funciones de iglesia dan producto al alma y al cuerpo.

Eso es; ó cien varas de naríz ó cortarle de raíz.

Esos lagartos de oro veia correr á mi vera, y no los podia coger.

Parece que va al cementerio por sus piés.

El que tiene sesenta se sienta.

No es un caballero, es un rico. — Pues dígale V. al rico que en dando las doce cada uno come en su casa.

Eso es horroroso con cien erres.

El que no tiene padrino no se bautiza.

No hay libra de carne sin añadidura.

Tiene el resto en las uñas.

De buenos es honrar.

Éntrome con la tuya, sálgome con la mia.

Allí, la mitad parecen tontos, y la mitad lo son.

Yo sé bajarles los jornales.

No se me ocurrió nada, me se apagó el candil.

No seré yo quien le ponga la silla á ese potro.

No entra en misa la campana y á todos llama.

No puede ni con una alforja llena de humo.

El que quiera saber que compre un viejo.

Usted no me saca de allí; ¡pues sí un muerto es, y se necesitan cuatro!

Se murió, y se llevó la llave de la despensa.

Sirve, porque hace de D. Juan, Juan y Juanillo.

Que se muela el trigo entre dos piedras.

No tenía que comer más que las uñas.

Nunca se han reunido los perros á pedradas.

¡Qué gañán! Ese va á engordar con las letras que se come.

Es tan largo como pelo de huevo.

De esto no hable V. miéntras el cuerpo le haga sombra.

Está más perdido que un tapon.

Ahonda y sacarás agua.

D. Juan de Mena, ni palabra mala ni obra buena.

No hay cosa mas socorrida que un dia tras otro.

¡Jesús qué prisa! En diciendo melon la tajada en la boca.

Los pinículos dicen siempre á la corta ó á la larga que han comido con cuchara de palo.

Era entónces muy bruto, y ha continuado.

¡Qué mal año! Ni el Padre Santo podrá consagrar (no habrá trigo ni vino.)

Ese es otro moro con otro garrote.

Poco me cuesta ponerle los calzones al jaco.

¡Mire V. eso! Parece una mentira detras de una mata.

Guarda que comer y no que hacer.

Ese no cambia en ese pellejo.

Se lo diré con la boca de mi cara.

Verá V. como le mando un recadito que se mude, con tres luegos.

La madera que ha de servir para cruz no le entra polilla.

No abro aunque venga el lucero del alba con una torta en la mano.

¡Qué frio! Señor, sol y avispas aunque me piquen.

De la veinticuatro horas veinticinco estaba borracho.

En diciendo yo una cosa la firma el Rey.

Hijos criados, duelos doblados.

¿Cómo salistes con esta noche? No habia otra.

Pues si por mis bolsillos corren ratones.

¿Dónde vas oveja loca? A ver si topa.

Quien dice la verdad ni peca ni miente.

Tan hermosa que paraba al sol.

Si estás triste, cuélgate un cascabel en las narices.

Si el diablo no hubiese inventado la mentira la hubieras inventado tú.

Para esos dolores no hay sino polvos de Mayo y cáscaras de brevas.

La mentira anda barata.

Me eché las piernas al hombro y no quise ir.

Hasta que no briegue el tiempo no llueve.

El diablo está haciendo leña en el tajanal cuando tú no te estrenas.

¿Juan, qué te duele? Todo lo que se llama Juan.

Dios tiene que dar más de lo que ha dado.

Vecina-vocina.

Ni Jesus pasó de la Cruz, ni yo paso de aquí.

Ese fuego es como la risa del negro, se apaga en un instante.

Sea el santo que fuese, *ora pro nobis.*

Calla, calla, que no sabes por dónde le entra el coco á la haba.

Ese, bárbaro fué á Madrid, y bárbaro volvió á venir.

Ese no pasa de ocho cuartes, ni ha de llegar nunca á real.

No echo mangas largas, sino que cuento con lo que gano.

No tanto queso como pan.

Sin un ochavo no se hace un real.

Es como el cura de Trebujena, que se murió de sentir penas ajenas.

Se ha criado tan sujeta como un cerrojo.

No tiene más luces que las del dia.

Esa habla hasta debajo del agua.

Aquello va despeñado (atolondrado.)

Dios y su Madre no quitan carnes, sino el hijo al nacer y la madre al morir.

Ese no tiene más luces que las del dia.

Como no se tiene el tiempo en la mano.

¿Cómo te va con tu suegra? Cómo me ha de ir, una hubo de azúcar y amargó.

Se veia como unas huertas.

No puedo ver á las gentes *relojeras* para el trabajo, y que sea menester pincharles como á los bueyes.

A mí no me quema más que la candela y el aguarrás.

Al que no quiera habas, tres guisos al dia.

Yo tocarme la mantilla con una que tuviese nota, eso no. Con esas que una se junta que le dé y no le quite.

¡Ay! Que esto se me ha caido de la mano. ¿Quién me estará mentando? — *Mal cogido.*

Te he de querer miéntras tenga Jesús la Cruz acuestas.

¿Qué hago? Respirar por no ahogarte.

Eso no pega ni con cera ni con cerote.

Como moza de posada, mal comida, mal bebida y deshonrada.

Con esto se echó el ribete á la empanada.

El buey que me corneó, á buena parte me echó.

Es como la gente gañana, que lo que es hoy no es mañana.

Lo da de *don atrás* (se encumbra.)

Como no tengo *hayal* (dinero), me llamo callar.

Echar crudo para que haya cocido.

¡Máquinas, malditas! Los brazos de los pobres son su caudal; en parándose, ¿qué será de ellos?

El hijo de la vecina por madrugar se halló un costal. — Más madrugó el que lo perdió.

Dígame V. la verdad. — No señor, si la digo me quedo sin ella.

La aseada de Jurguillos, que lavaba los huevos para freirlos.

Esa es de las que echó Santa Ana del carro abajo (es decir, que es cuajona y pava.)

Es muy recatada; no es de las de puerta de calle y punto en calceta.

Está tan espesa la cebada que no se puede *regender* con una espada.

Yo no entiendo de grajos pelados.

Estás más desgraciado que el tiesto de Inés, que se secó lloviendo.

Eres como la hierba en primavera, que crece de noche y de dia.

En empezando á comer era preciso silbarle para que parase.

Más fornido que un canto.

Si el niño llora, dejarle llorar que la boca es nueva.

Harto ruin es quien por lo suyo no vuelve.

A costa de su pellejo Francisco Estéban fué guapo.

Miéntras hay catas hay embudos.

Eso ha de sonar más que las narices.

¡El demonio se pierda!

Era un pan de rosas; nunca se le oyó un malhaya.

Como V., señor Vicente, pero cuidado que no reviente.

Parece tu cabeza una *pavea* de albejones.

A tu casa no lleves quien ojos tenga.

Aquello le sonó á campana cascada.

El real que guarda ciento es buen real.

Como la ballena que todo le cabe y nada le llena.

Padre tengo, y lo tengo muerto.

He estado haciendo mi hacecillo de suya.

Lo que se calla se puede decir, lo que se dice no se puede callar.

La verdad no pierde por niña, ni la mentira gana por anciana.

Remienda tu sayo, y pasarás tu año.

Ya se vió; le pareció todo el monte orégano.

Al que cuece y amasa, no hay que venderle hogaza.

Hazme ciento y márrame una, y no me has hecho ninguna.

Tomo dos de luz y cuatro de traspon.

La gracia del peluquero es sacar rizos donde no hay pelo.

Es amigo de hacer honras de cuerpo presente.

¿Quieres retar á tu madre? Mira que *hija* eres y madre serás.

No grites; si fueses de alambre, habias de ser el mejor cencerro que hubiese en la campiña.

Ni á tí te luzca ni á mí me haga falta.

De lo contado come el lobo y anda gordo (por malas cuentas).

Tienes gañotes de calceta vieja.

Esos B., que son judíos, que es peor que ser negros, porque lo negro sale, pero lo judío se reverdece cada siete años.

Al pobre tio Juan se lo comen á cucharadas.

Dile que si eso dice le arrancaré la lengua y la campanilla.

Para hablar de mi hija es preciso que se enjuague la boca con agua de rosas.

¡Qué destruida está! No parece ni su prójimo.

Vestido de saya y el dinero en la caja.

¡Qué aseada es! Está su cocina que parece que no ha pecado.

Estamos en paz y jugando.

Éste está aquí y en el infierno.

Tiene más ojos que un camaleon viejo.

Tenia la boca desplegada de reirme.

La familia del Dios Baco, padre, hijo y el Demonio.

Se le caen los calzones de hombre de bien.

Más bueno que el pan, y más pasado que la masa.

Cuerno y cuerna que son macho y hembra.

Estás como el milano, las alitas quebradas y el pico sano.

Es capaz de comerse la omnipotencia de Dios hecho pan.

¿Pero qué hace? ¿En qué se emplea? — Tiene siete sesos, y los siete vacíos.

Tiene pestañitas de sombra.

No es tan muchacho, que ya ha rompido la casaca (cumplido el servicio militar).

Es buen hombre y mal sastre.

Yo seré tonta hasta donde me ha hecho Dios, pero no hasta donde me quieren hacer los hombres.

Es más feo que pegarle á Dios en Viernes Santo.

Tiene el oido en los piés.

El cielo se puso sus plumeros.

Señor, tanto pesa una libra de lona como una libra de oro.

Donde hay campanas hay de todo.

¡Dios mio! Este es el último escalon de la horca.

La gracia de Dios ha de salir (se sabrá la verdad).

Le vino tan bien como á un santo dos velas.

Padre me acuso que soy carpintero. — Tarugo tenemos.

Las penas me se empalman.

Si como mientes corres, el demonio que te alcance.

Tres cosas hacen al campesino salir de su casa, procesiones, toros y personas reales.

No he pegado los ojos en toda la noche. — ¡Cómo los habias de pegar, si están por medio las narices!

El papel aguanta mucho.

La santa rosa ama las espinas entre las que se cria.

¡Qué lenguas! Aquí pronto le quitan la capa á San Juan, la camisa á San Sebastian y el pellejo á San Bartolomé.

¡Señales de agua! Todas marran; no hay más señal cierta que cuando le sudan los cuernos á los bueyes.

El perro del herrero que no acudia á las martilladas y acudia á las mazadas.

Se casó con un desavío, pero fué porque si ella era negra las pesetas eran blancas.

¿Qué cenaba el pobre? — Pan y pan.

Quilindon, quilindon, zapato de vara no gasta liston.

Quiero que me miren á la cara y no á las manos.

Lo que ha de cantar el carro lo canta la carreta.

¡Tengo unas vísperas! (Presentimientos.)

Tener hijos es, nueve meses de enfermedad y toda la vida de convalecencia.

¡Razon! Esa la tiene todo el mundo; es lo más cuotidiano que hay, y anda tirada por el suelo.

El dinero se ha perdido.

Me dejó la cara llena de frente.

Más vivo y más ligero que un brinco.

Quien sangre nueva administra la suya la tiene frita.

Ya esas (cosas viejas), van echando las obligaciones atrás.

Eso es como el milagro de Mahoma, que lo pusieron al sol y se quedó á la sombra.

Ese si fuese sol no alumbraria á nadie.

Ese boton ¿es de casaca ó de casacon?

Tan mansa y tan loge que no es capaz de decirle zape al gato.

Ha quedado como barrido, desgastado y deslucido.

Estás como Juan Flor, que se curaba para estar mejor.

Conoce las letras, pero no las junta.

Ese entripado lo ha tenido cocido por dentro.

No pasé peine por cabeza que no se quedara calva.

¡Qué delgada está! Y está bien, y come, pero parece que come relámpagos.

¡Anda! Un mal marido te entre por las puertas.

Siempre está en el campo como una cepa.

Sobre la quemadura agua hirviendo.

Tiene la cabeza como rabadilla de gallo inglés.

Quiero ser tambor, pero ser el que toque mejor.

Al amigo se le acompaña hasta la puerta del infierno, y allí se le deja.

La carne para el diablo, los huesos para Dios.

Lo mismo es tu cuento que los perros pachones, que de feos hacen gracia.

Si el mar se casase se le quitaba la braveza.

Salí á la calle y avergoncéme, y entré en mi casa y consoléme.

Esas son señoras ingertadas.

D. Juan la moneda es un gran señor.

Tome V. este pan, aunque es duro, que más vale Duranda que no Miranda.

Señor Corrin, que corriendo va, que siempre corriendo y nunca hace *naa*.

Dios le ayude y á nosotros no nos olvide.

No era más que para el *arache* y el *cavache* (arar y cavar).

El que da un mal rato no lo espere bueno.

Viva la jaquita de Fosal que hacía polvo en un lodazal.

Cada uno sabe sus penas y Dios las de todos.

¡Qué chillones! Parecian huecos.

El que va por la ley, ¿quién le echa el arado atrás?

Ese si lo apalean echa bellotas.

Es fino como tafetan de albarda.

Si ahora le parece tarde, más tarde será mañana.

Parece andando un loro viejo.

Tenia la cama más dura que un arroyo.

Tan hermosa que la envidia el dia.

La cae la sombra de un coche.

Ahora hasta los escarabajos empinan la cola.

Haré... Hombre, que se vea y no se diga.

Todo te se vuelve cerner y no echar harina.

Cogí el pendil y la media manta y me mudé.

Miéntras hay Dios hay misericordia.

Hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

Estás como tia Mai Miguel que le daba vergüenza hasta de ser mujer de bien.

Sobre padre no hay compadre.

Pues si yo estoy como las ánimas benditas siempre deseando que le dén.

Mañana será de dia, y verá el tuerto los espárragos.

Cuando viene á pelo, aunque la burra se caiga en el suelo.

Dios sabe el que le sirve.

Para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones.

Conforme se murió se hizo el caudal tiras y gabanes.

Era cosa tan buena, que el Rey la llamó de tú.

ADIVINAS Y ACERTIJOS POPULARES.

ADIVINA.

Yo ví un toro bramar desde una nube,
Ví salir fuego de una cantimplora,
Ví salir agua, es cierto, de un arado,
Ví dos bueyes hablar á una señora,
Ví dos hombres comiéndose un caballo,
Ví unos perros jugando á la pelota,
Ví unos niños tragarse tres navíos,
Ví el alto mar de leche abastecido,
Ví una taza de cien codos,
Ví una torre que andaba por un prado,
Ví una vaca tocar la chirimía,
Ví un sacristan verdad por vida mia.

ACERTIJOS POPULARES.

1.

Un tercero en este mundo
á Dios limosna pidió,
Dios le dió lo que pedia,
mas de un cuarto no pasó;
y al regocijo del cuarto
se gastó más de un millon.

2.

De bronce el tallo,
las hojas de esmeralda,
de oro el fruto,
las flores de plata.

3.

Una estancia abovedada
donde el eco se recrea;
un batallon de soldados
repartido en dos hileras;
no son los más fuertes machos,
que son las más fuertes hembras;
está una mujer entre ellas
por parlanchinota presa.

4.

Cuando más chicos, más grandes,
cuando más grandes, más chicos.

5.

Soy alguacil de las damas
y ministro singular,
ando cargado de varas
sin prender ni castigar.

6.

Yo y mi hermana diligente
andamos por un compás,
con el pico por delante
y los ojos hácia atrás.

7.

En Francia fuí fabricado,
en España soy vendido,
y con afán por las damas
siempre he sido pretendido.
Si me prenden, prendo,
si me sueltan, soy perdido.

8.

Somos muchas compañeras
que unidas y de un color
gastamos de tres maneras,
aunque alguna tal cual vez
trastornamos la mollera.

9.

Es una red bien tejida
cuyos nudos no se ven,
y duran toda la vida.
En esta red de pescar,
unos claman por salir,
y otros claman por entrar.

10.

En el aire me crié
sin generacion de padre,
y soy de tal condicion
que muero y nace mi madre.

11.

Dí la muerte al concebir
al que me vino á buscar,
cuya muerte he de pagar
al tiempo de yo parir.

12.

La última soy en el cielo,
con Dios en tercer lugar,
me embarco siempre en navío,
y nunca estoy en la mar.

13.

Una, una y una,
una, dos y tres
contaban dos amantes,
contaban veintitres,
contaban dos amantes,
y no contaban cien.

14.

Me llaman pan, sin ser pan,
tengo voces de alegría,
y me sacan en los dias
de mayor celebridad;
de bofetadas me dan,
y yo puesto en un madero
pienso de que fuí cordero,
más ni soy Dios, ni soy pan.

15.

Preñado dicen que estoy
y jamás á parir vengo,
lomos y cabeza tengo,
y aunque vestido ne estoy
muy grandes vidas mantengo.

16.

Ayer era, hoy no soy,
ayer no era, hoy sí.

17.

¿Quién fué el que no nació
y su madre se lo comió?

18.

Mi ser por un punto empieza,
por un punto ha de acabar;
el que mi nombre acertare
sólo dirá la mitad.

19.

En el campo me crié
metida entre verdes lazos,

aquel que llora por mí,
ese me hace pedazos.

20.

Soy alto y hermoso,
ando á la ventura,
por do paso corto,
y coso sin costura.

21.

Justa me llaman, y do quier
soy alabada sin tasa;
á todos parezco bien,
nadie me quiere en su casa.

22.

Dime, si eres entendido,
esto cómo puede ser,
que ni tres son más que dos
ni dos son ménos que tres.

23.

El boticario y su hija,
el médico y su mujer,
se comieron nueve huevos
y les tocaron á tres.

24.

Dos son tres, si bien se advierte,
tres son cuatro, si se mira,
cuatro, seis, y de esta suerte,
seis son cuatro sin mentira.

25.

Un convento chiquitito,
las monjas son de marfil;
más arriba dos ventanas,
más arriba dos espejos,
y más arriba la plaza del pensamiento.

26.

El que la hace, la hace cantando,
el que la busca, la busca llorando,
el que la disfruta no la ve;
¿qué es?

27.

Al ver dos hombres que venian,
dos mujeres una á otra decian:
allí vienen nuestros padres,
maridos de nuestras madres,
padres de nuestros hijos
y nuestros propios maridos.

28.

Más de veinte vecinos
en una sala,
los que nunca se juntan,
y nunca se hablan.

29.

Encerrada siempre estoy
en invierno y en verano,
y sólo me dejo ver
de médico y cirujano.

30.

Limpio, claro, acrisolado
es mi sér, y aunque estoy muerto,
en toditas mis acciones
alma parece que tengo;
si se rien, yo me rio,
si lloran, hago lo *mesmo*,
sólo me falta el hablar,
en lo demás estoy diestro.

31.

En el cielo no lo hubo,
en la tierra se encontró,
Dios con ser Dios no lo tuvo,
y un hombre á Dios se lo dió.

32.

De arena un grano
puede pararme,
mas á quien sigo no hay quien lo ataje
ni en el cielo, ni en la tierra,
ni en el agua, ni en el aire.

33.

Quien la hace no la quiere,
quien la ve no la desea,
quien la goza no la ve.

34.

Sirvo al Rey y sirvo al Papa,
al con capa, al sin ella,
tengo una mella,
y no puedo pasar sin ella.

35.

¿Cuál es el hijo cruel
que á su madre despedaza,
y la madre con mil trazas
se lo va comiendo á él?

36.

Con mí nadie está contento,
me rechazan con enojo;
yo mismo visito al viejo,
y á mí me visita el mozo.

37.

Dos buenas piernas tenemos
y no podemos andar
sin el hombre, que sin nosotros
no se puede presentar.

38.

En una cumbre me ponen
para que el aire me dé,
sirvo de guía á los hombres,
y me sostengo en un pié.

39.

El enamorado esté advertido,
que queda dicho mi nombre
y el color de mi vestido.

40.

Yo los sesos me devano
y en pensar me vuelvo loca,

la suegra de mi cuñada
¿qué parentesco me toca?

41.

Una serpiente feroz y lijera,
que nunca se aparta de su madriguera,
y que metida en su rincon
á muchos le causa su perdicion.

42.

Soy chica, y soy lijera,
y á pesar de esto, es muy cierto
que no puede ningun vivo
tomarme un ratito en peso.

43.

Dime como podrá ser
que una planta de la tierra,
en dejándola crecer
de macho se vuelva hembra.

44.

Yo me crio en Berbería
y me compran los cristianos,
si quieres saber mi nombre
asido estoy á tus manos.

45.

Redonda como la bola
me mantengo por la cola,
tantos hijos como tengo,
á todos les doy corona
y á mi amo pesadumbre
cuando me caigo en el suelo.

46.

Príncipe fuí sin ser noble
de un estado muy pequeño,
me concedieron poder
de predicar sin ser clérigo;
mi nombre lleva una silla,
donde me senté el primero.

47.

¿Quién es el ser infeliz
que hasta la gloria llegó,
y por querer subir más
para siempre se perdió?

48.

¿Qué cosa tiene el molino
precisa y no necesaria,
que no molerá sin ella,
y no le sirve de nada.

49.

Más alta que Dios subí,
y en el cielo y en la tierra
nadie se encuentra sin mí.

50.

Soy clara y espero yema.

51.

Iba yo por un camino
y sin querer me la hallé,
me puse á buscarla

y no la encontré;
y como no la hallé,
me la llevé.

52.

Me hizo un hombre de arte,
por mí el caudal más crecido
á veces se desmorona,
yo de Reyes no he nacido
y tengo cuatro coronas.

53.

Yo tengo una tia que quiero, y se llama
con nombre que á hombre
yo nunca aplicára,
porque desde luégo
á mal lo tomára.

54.

Estoy de dia y de noche
en contínuo movimiento,
siempre acortando las horas;
mira que no soy el tiempo.

55.

En la ventana soy dama,
en el balcon soy señora,
en la mesa cortesana
y en el campo labradora.

56.

Siempre quietas,
siempre inquietas,

durmiendo de dia,
de noche despiertas.

57.

Hembra soy que por la posta
ando diversos caminos,
los hombres bastos y finos
se divierten á mi costa.
En una prision angosta
me meten sin compasion,
y todos estos tormentos
me los dan por diversion.

58.

Una salita entrelarga,
en medio una celosía;
cinco muertos le acompañan
y un vivo le da la vida.

59.

En medio del mar estoy,
no soy de Dios ni del mundo,
ni del infierno profundo,
y en todas partes estoy.

60.

Mi primera es madre
y nunca ha parido;
mi segunda selva
que á nadie dió abrigo;
nace mi todo y no sabe andar,
pero por do quier se pone á trepar.

61.

¿Qué cosa es la mas sútil
y penetra por do quier,
y se pone junto á mí
aunque está léjos de tí?

62.

Estudiantes que estudiásteis
el libro de teología,
decidme ¿cuál es el ave
que no tiene pecho y cria,
que á los vivos dá sustento
y á los muertos dá alegría?

63.

Volando nací, señores,
para cernirme en el viento,
y despues, andando el tiempo,
pobre me veo y desnudo.
Si alguna mano me ayuda,
lágrimas voy derramando,
las cuales quedan impresas
y hablando van, y aunque mudas,
se expresan como discretas.

64.

Vuelan sin que tengan alas,
dan sombra sin tener cuerpo,
son lijeras ó pesadas,
tímidas ó deseadas,
matan sin hierro ni espada
y resucitan al muerto.

65.

Una cosa angosta y larga,
como varon soy muy dulce,
como hembra soy amarga.

66.

Soy consultor de las damas
y por ellas muy querido;
nunca hablo la verdad
ni en mentira me han cogido.

67.

Cabra y leña me dió el ser
y sin ellas nada soy.
Sin pié caminando voy;
susténtome sin comer;
obedécenme temblando,
y muchos pierden la vida
por no hacer lo que yo mando;
mi amo no es caballero
y se llama como yo.

68.

En Granada hay un convento
con muchas monjitas dentro,
con un velo tan delgado
que ni es de lana ni es helado.

69.

Verde se nace,
negro se cria,
y entra en la plaza
con fantasía.

70.

¿Quién es una hembra triste
muy secreta y reposada,
de cuerpo y alma privada
que de negro siempre viste?

71.

En contínuo movimiento
estoy de noche y de dia,
siempre acortando la vida;
mira que no soy el tiempo.

72.

En medio del cielo estoy
sin ser lucero ni estrella,
sin ser sol ni luna bella;
aciérteme usted quién soy.

73.

En el campo me crié
entre matas y lentiscos,
nunca zapatos calcé,
hábito franciscano visto,
dos martirios pasaré
pero no será por Cristo
y así al cielo no iré.

74.

Un pastor vió en la montaña
lo que no vió el rey en Castilla
ni el Pontífice en su silla,
ni Dios con ser Dios lo vió.

75.

A la inquisicion llevaron
á una porcion de sujetos,
y muertos que fueron éstos
sus restos depositaron,
y á otro año ellos sacaron
al orígen de sus pleitos.

76.

Cinco compañeros juntos
por lo regular vivimos,
y cuando nos dividimos
es para varios asuntos;
sirvo al vivo y al difunto,
siempre en movimiento estoy,
de una parte á otra voy
por mandato de los hombres
á quién serví, no te asombres,
aún ántes de ser quién soy.

77.

Añade á la letra B
el romper de una limeta,
y sabrás cómo se nombra
la que á mí me desatienda.

78.

Una dama que anda siempre
por tejados y azoteas,
doce galanes rondan
á una toma, y á otra deja.

79.

M. V. G. E. R.

(ANAGRAMA).

La M muerte publica;
vicio la V bien formada;
la G guerra; la E espada,
y la R rayo indica.
De modo, que si me ensayo
á unirlas como se advierte,
dicen estas letras: *muerte*,
vicio, *espada*, *guerra* y *rayo*.

Qué ingénio torpe é inmundo
mujer así disfrazó
y de tal modo ultrajó
la mejor cosa del mundo?
¿No fuera más cierto y fijo
que dejara descifrado
mujer, *maravilla*, *vida*,
gloria, *estrella* y *regocijo*?

80.

Es nada mi segunda,
y de tal modo,
que mi primera
viene á ser mi todo.

81.

Agua bebo
porque agua no tengo;
si agua tuviera
vino bebiera.

82.

Yo he visto un cuerpo sin alma
dando voces sin cesar,
puesto al viento y al sereno
en ademan de bailar.

83.

Salí de tierra
sin yo quererlo,
y maté á un hombre
sin yo saberlo.

84.

No soy cruz, ni voy al hombro;
no soy Espíritu-Santo,
y hablo con lengua de fuego.

85.

Ya me llevan, ya me traen,
y es darme mayor tormento,
porque el fuego en que me abraso
arde con el movimiento.

86.

De lejas tierras me traen
á servir á un gran señor,
y sus ministros me queman
sin la menor compasion.

87.

De la Iglesia mayor vengo
de ver el mundo al revés,

el penitente sentado
y el confesor á sus piés.

88.

Soy huésped aborrecible
y nadie quiere tenerme,
mas no se acuerdan de mí
sino cuando ya me tienen.

89.

Delgada, gruesa ó mediana,
y con los ojos de un tuerto,
con las mujeres estoy
en la ciudad y en el huerto.

90.

Palmo, palo y plomo soy,
y soy cosa tan lijera,
que cuando quiero me marcho
sin tocar los piés en tierra.

91.

Un hombre murió sin culpa
cuya madre no nació,
la abuela quedó doncella
hasta que el nieto murió.

92.

Soy redonda como el mundo;
clara que eso no se diga,
y me hacen de por fuerza
que mi propio nombre *escriba*.

93.

¿Cuál será la muy mentada
que se halla al fin de la vida,
no halla en el mundo cabida
ni en el cielo tiene entrada,
que no se encuentra en los meses
y en la semana dos veces?

94.

En mí trabajan
mujeres y hombres:
ellos me muelen,
ellas me escogen;
allí donde entro
gran contento doy,
y hay gran descontento
en donde no estoy.

95.

Hermanas somos iguales,
en alto resplandecemos,
y con nombre de animales
ni bebemos ni comemos.

96.

Soy águila sin ser ave,
sin ser rey tengo corona,
y capa sin ser persona.
Me cuidan, porque no acabe,
mi vida es frágil y poca;
por donde quiera me voy,
diciendo á voces quién soy
sin decirlo con la boca.

97.

Tiene albarda, y no es borrico,
tiene tinta, y no es tintero,
tiene patas y no corre,
y se vende por dinero.

98.

Digo que cuatro son seis,
y que seis con cuatro advierto,
esto lo vereis tan cierto
como dos y dos son seis;
y si bien no lo entendeis,
miradlo por varios modos,
y vereis son cinco todos
como dos y dos son seis.

99.

Hembra fué mi nacimiento,
y macho mi mocedad,
y por mi buena fortuna
hombre me volví á quedar.

100.

Juntos dos en un borrico,
los dos andan á la par,
uno anda doce leguas,
y el otro una no más.

101.

Dulce, blanca y amarilla,
á todito el mundo agrado;
¿deseas saber quién soy?
Espera; ¿estás enterado?

102.

De remiendos voy vestida,
aunque mujer de importancia;
con hombres pasó mi vida;
con altivez y arrogancia
he andado medio mundo,
nunca favor conocí,
y me llaman *lavandera*
para burlarse de mí.*)

103.

Una bella perla engarzada,
cuyo engarce no vale nada,
y la perla se disculpa
con que el engarce tuvo la culpa.

104.

Yo soy de fuerte calibre,
aunque de hembra es mi nombre;
yo doy valor á los hombres,
aunque sean necios y ruines,
yo guardo del rey los fueros,
y guardo todas sus leyes,
y traigo diez y seis reyes
en mi cuerpo prisioneros.

105.

Dice de que puede ser,
y es cosa que á mí me extraña,

* Este juego de palabras defectuoso en la ortografía, es á la par de una falta, una auténtica prueba del origen popular del acertijo, compuesto probablemente por un soldado.

comer un conejo hoy
y que se mate mañana.

106.

Sale de su sepultura
con la santa cruz acuestas,
unas veces salva al hombre,
y otras la vida le cuesta.

107.

Yo tengo calor y frio,
y no frio sin calor.

108.

Apellídanme Rey, y no tengo reino,
dicen que soy rubio, y no tengo pelo,
afirman que ando, y no me meneo,
relojes arreglo, sin ser relojero.

109.

Cualesquiera que me viera
entre cadenas metido
creerá que contra la Iglesia
algun mal he cometido.
Pues jamás cometí daño,
ni en obra, ni en pensamiento
y estoy por decreto humano
condenado á fuego eterno.
Suélenme sacar al aire,
y es para mí más tormento,
pues el fuego en que me abraso
crece con el movimiento.

110.

Es santa, y no es bautizada,
y trae consigo el dia,
gorda es y colorada
y tiene la sangre fria.

111.

Yo tengo nombre de santa,
y en mi hermosura y olor
merezco ser comparada
con la que es Madre de Dios.

112.

Un árbol con doce ramas
cada una tiene un nido,
cada nido siete pájaros
y cada cual su apellido.

113.

En medio del mar estoy y no me mojo,
en brasas me colocan y no me abraso,
en el aire me hallo, y no me caigo,
sin que puedas echarme me tienes en tus brazos.

114.

¿Cuál es aquel armastrote,
ídolo de la mujer,
por cuyos costados entran
dos á dos, y tres á tres?
Dos cosas tiene de nave,
y de Fortuna una y tres,
dos del juego de ajedrez,

tiene una de hombre armado,
y otra qué si le falta
ya no se puede mover.

115.

Mil veces doy alegría,
y otras mil causo dolor,
y aunque saben que yo engaño
todos me tienen amor.

116.

Una dama muy delgada
y de palidez mortal
que se alegra y reanima
cuando la van á quemar.

117.

¿Cuál es el bicho feroz
que anda sin tener piés,
con las alas arrastrando
y el espinazo al revés?

118.

Un cercado bien arado, bien binado,
y reja en él no ha entrado.

119.

Verde me crié en el campo,
negra fué mi mocedad,
y ahora me visten de blanco
para llevarme á quemar.

120.

Vino cierto anciano un dia,
y ufano con su valía,
me aseguró que en su nombre
un gran misterio hallaria;
en confusion me habeis puesto,
diga hermano la verdad;
diré que en el primer verso
la vereis con claridad.

121.

En tres meses ha parido
una casada tres veces,
y cada preñado ha sido
de cabales nueve meses.

122.

Muerdo al fuego, y el bocado
es daño y bien del mordido,
no vierte sangre el herido
aunque se ve acuchillado;
mas si es profunda la herida
y por mano que no acierte,
causa al herido la muerte
y en la muerte está su vida.

123.

¿Cuál es la dama pulida,
aseada y bien compuesta,
temerosa ó atrevida,
pudorosa ó descompuesta,
y gustosa ó desabrida?
Si son muchos porque asombre

muda de mujer el nombre
en varon, y hay cierta ley
que habla por ella al rey
y la lleva cualquier hombre.

124.

De colores muy galano,
soy bruto y no lo parezco;
perpétua prision padezco,
uso de lenguaje humano
si bien de razon carezco.

125.

Un árbol que Dios crió
de los cielos á la tierra,
si no lo cortan de chico,
de macho se vuelve hembra.

126.

Al volver por una esquina
me encontré con un convento;
las monjas vestian de blanco,
la abadesa de pellejo;
más arriba, dos ventanas;
más arriba, dos espejos;
más arriba, una plazuela
donde pasean los polluelos.

127.

Fuí al campo,
me encontré un hombre sin brazos;
por sacarle el corazon,
le hice el cuerpo pedazos.

128.

Blanca como la leche,
negra como la pez,
habla sin tener lengua,
anda sin tener piés.

129.

Una dama de linda lindeza,
con doce galanes se sienta á la mesa;
uno la toma, otro la deja,
con todos se casa y queda doncella.

130.

Alicol que no tiene col,
ni alas, ni piés, ni pico,
y su hijo alicantico
tiene alas, piés y pico.

131.

Yo ví venir un hombre,
y un estudiante juró
que venia de comer
lo quo Dios nunca crió.

132.

Algun dia fuí hija,
ahora soy madre,
el príncipe que mis pechos crie
es marido de mi madre;
acertarla, caballeros,
si no dadme á mi padre.

133.

Fuí al campo,
corté un baston,
cortarlo pude,
rajarlo no.

134.

Vestido de fraile vengo,
á ver al padre prior,
traigo los hábitos blancos,
y amarillo el corazon.

135.

En el campo me crié
metido entre verdes ramas,
y ahora me veo aqui
al servicio de estas damas,
ellas me dan de comer
y yo no les pido nada.

136.

Por inútil y por viejo,
me apartó el rey de su tropa,
y sin darme prés ni ropa
total me quitó el manejo,
dejándome boca abajo,
en pago de buen servicio.

137.

Tan grande soy como el mundo,
y con todo, no me ves;
tiénenme por vagamundo,
cércote de ancho y profundo,
todo de cabeza á piés.

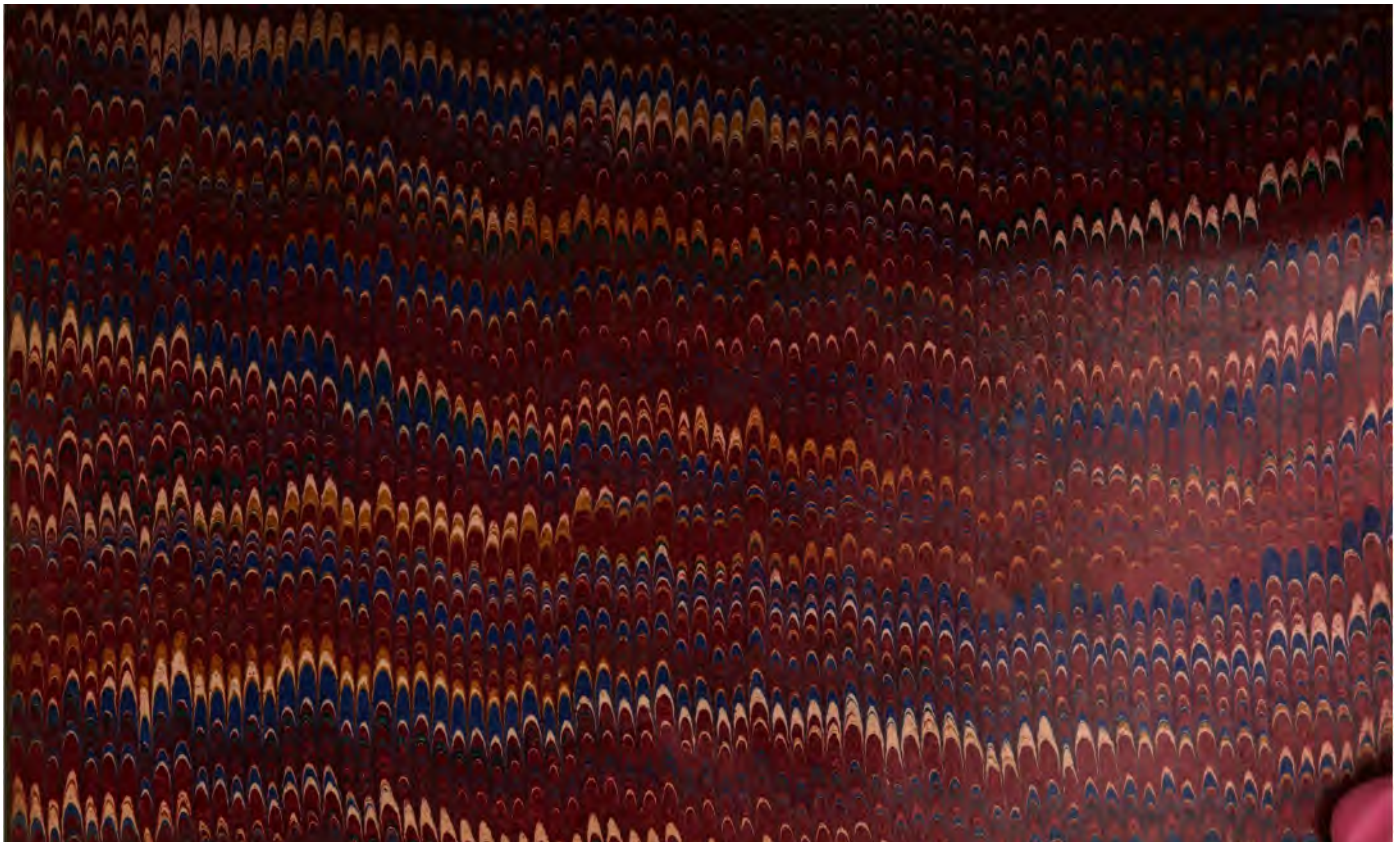
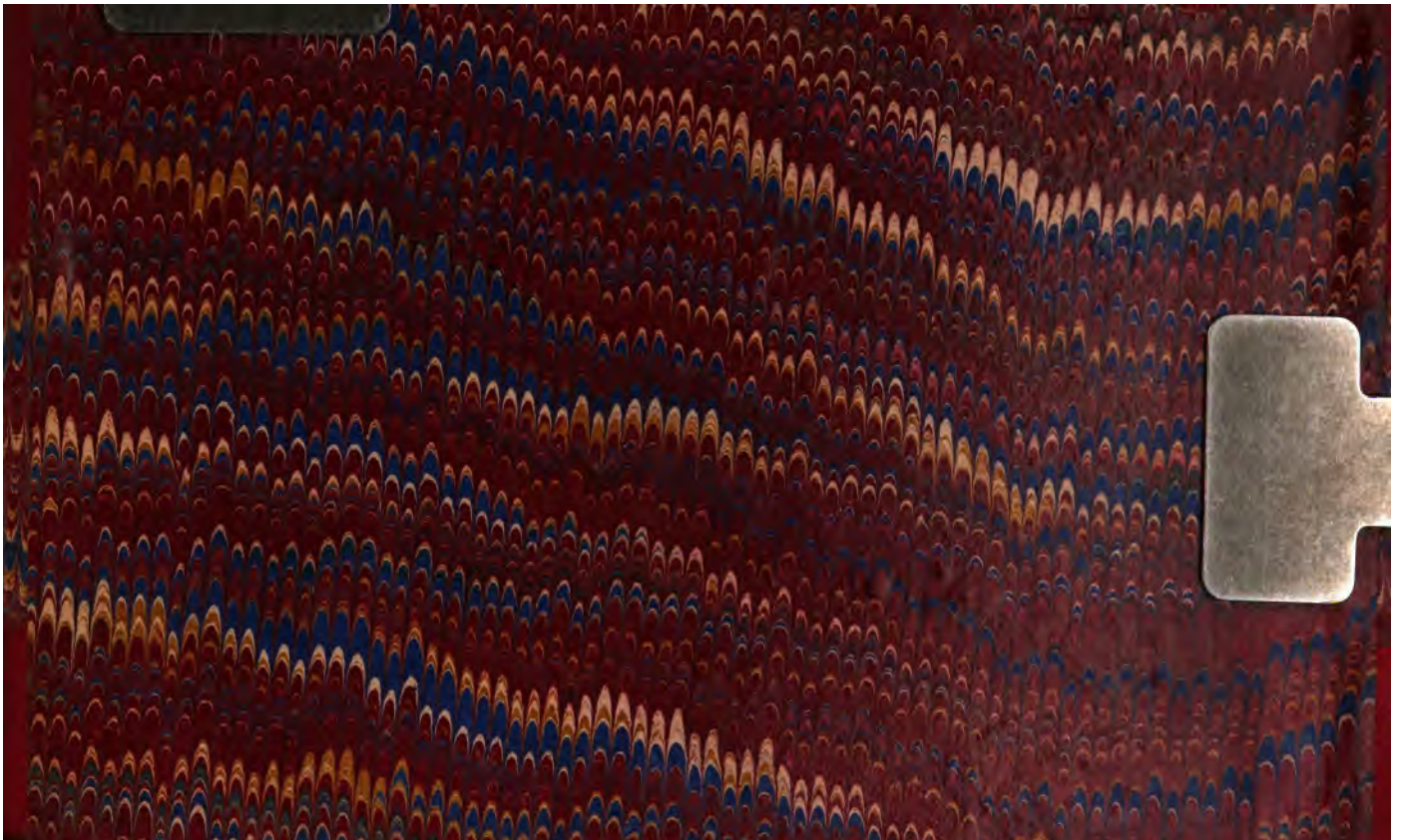
138.

Una dama está en faldetas,
un galan está bailando,
y al son de las castañuelas
las tripas le va sacando.

SOLUCIONES.

1. Cárlos tercero y Cárlos cuarto.
2. Naranjo.
3. Boca y lengua.
4. Chica borrachera y chico es medida de vino.
5. Abanico.
6. Tijeras.
7. Alfiler.
8. Uvas.
9. Matrimonio.
10. La nieve.
11. La víbora.
12. La letra O.
13. Las palabras que son 22.
14. La pandereta.
15. El monte.
16. Las deudas y las pagas.
17. Adan.
18. La media.
19. La cebolla.
20. El navío.
21. La justicia.
22. Porque el *dos* tiene tres letras.
23. El médico estaba casado con la hija del boticario.
24. Las letras.
25. La boca, ojos y frente.
26. La caja.
27. Dos que enviudaron y se casaron con sus respectivas hijas.
28. Las letras de imprenta.
29. La cañería.
30. El espejo.
31. El bautismo.
32. El reloj y el tiempo.
33. Las cejas.
34. La vasija de afeitar.
35. Arados.
36. La enfermedad.
37. Los pantalones.
38. Veleta.
39. Elena-morado.
40. Madre.

41. Las lenguas.
42. El áscua.
43. Espárrago y esparraguera.
44. La palma.
45. La granada.
46. San Pedro.
47. Lucifer.
48. El ruido.
49. La cruz.
50. Agua bendita.
51. Una espina que se hincó.
52. Naipes y baraja.
53. Barbero.
54. Reloj.
55. El agua.
56. Las estrellas.
57. Las bolas de billar.
58. La guitarra.
59. La letra A.
60. La madre-selva.
61. Pensamiento.
62. La abeja.
63. La pluma.
64. Las nubes.
65. Rio y ria.
66. Espejo.
67. Tambor.
68. Granada.
69. Baston de alcalde.
70. La noche.
71. Reloj.
72. La letra E.
73. El conejo.
74. Su semejante.
75. Uvas, vino.
76. Papel, cuadernillo.
77. Beatriz.
78. La luna,
79. La mujer.
80. Aguacero.
81. Molinero.
82. La campana.
83. La bala.
84. La escopeta.
85. El incensario.
86. Incensario.
87. El lavatorio.
88. El hombre.
89. La aguja.
90. Las palomas.
91. Abel.
92. La criba.
93. La letra A.
94. El pan.
95. Cabrillas.
96. Grillo.
97. Choco ó gibia (penado).
98. Notando las letras de que se componen las palabras.
99. Bellota, chaparro, encina.
100. El reloj.
101. La pera.
102. La bandera.
103. El cuerpo y el alma.
104. La onza de oro.
105. El conejo comia hoy, y lo mataron el dia siguiente.

106. Espada.
107. La sarten.
108. Sol.
109. El incensario.
110. Sandía.
111. Rosa.
112. El año.
113. La letra A.
114. Coche.
115. Sueño.
116. Vela.
117. El vapor.
118. El tejado.
119. El cigarro de papel.
120. Vino.
121. En el pueblo *tres meses*.
122. La espaviladera.
123. Las cartas y pliegos.
124. El papagayo.
125. El espárrago.
126. La cara.
127. El palmito.
128. La carta.
129. La botella de vino.
130. El coco de las habas.
131. Las hostias.
132. La caridad romana.
133. El pelo que se corta de la cabeza.
134. El huevo.
135. El torno de las habas.
136. El cañon.
137. El aire.
138. La rueca.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.